160

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE ECONOMIA

MEXICO: UN CAMINO VIABLE HACIA LA MODERNIDAD

UN ENFOQUE ECONOMICO 1959 - 2002

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADO EN ECONOMIA

P R E S E N T A :

JOSE LUIS VIVEROS AÑORVE

ASESOR: LIC. RUBEN VALBUENA ALVAREZ

MEXICO, D. F. NOVIEMBRE, 2002

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM
Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Viveros Arotur José Luis

FECHA: 04-11-2002

FIRMA:

México: un camino viable hacía la modernidad

Un Enfoque Económico 1959-2002

JOSÉ LUIS VIVEROS AÑORVE

Dedico esta experiencia a:

A la Patria, al pueblo de México.

Por haber financiado mi educación, y con ello, permitirme ser un mejor hombre.

A mis hermanas:

Dra. Lucy Viveros Añorve
y
Dra. Adela Viveros Añorve

A ellas, por ser un gran ejemplo de lucha, esfuerzo, dedicación y profesionalismo. Con todo mi amor y admiración.

A mi tío Alfredo Peña Librado, con gran cariño y profunda admiración.

A mi Madre y a mi Padre:

Yolanda Añorve
y
José Luis Viveros

Por haberme dado la oportunidad de ser y persistir. Por entregarme sus vidas, su amor, tiempo y dedicación. Por haber hecho de mi un hombre incorruptible, por enseñarme a transitar por el sendero de la rectitud. A ambos por igual, con todo el amor de mi corazón.

A Brenda, mi novia.

Por estar siempre a mi lado, en los momentos de felicidad y de nostalgia. Por impulsarme a ser mejor día con día. Para ella, con mucho amor.

"El Maestro verdadero es un sembrador de eternidad. Es la encarnación del impulso vital de todos los tiempos. Es Sócrates destruyendo las reminiscencias paganas y mostrando a la juventud el ejemplo de su austeridad. Es Copérnico arrebatando al infinito sus secretos y reduciéndolos a reglas simples sujetas al control de las ciencias."

A mis Maestros:

Lic. Rubén Valbuena Álvarez.
Por enseñarme el camino del conocimiento y orientarme para ser un buen economista y más, para ser un mejor hombre.

Dr. Arturo Huerta G.
Por su aportación al pensamiento económico nacional.

Dr. Eduardo Garza Treviño.
Por haberme hecho, a través de sus enseñanzas, una huella imborrable para el resto de mi vida. Con gran cariño y admiración.

A mis amigos de la Generación
1997 - 2001

Dr. Ricardo Carrillo Arronte
Por ser pieza fundamental en mi formación profesional y ayudarme a ser un mejor economista. Con gran admiración.

Lic. Ramón Plaza Mancera.
Por ser un hombre ejemplar y un gran economista. Con profunda admiración.

A todos aquellos que colaboraron en mi formación profesional.

A mi *Alma Mater*:
La Universidad Nacional Autónoma de México
Y muy en especial a la:
Facultad de Economía

INDICE

México: Un camino viable hacia la modernidad
Un Enfoque Económico
1959 - 2002

Introducción..... 8

Capítulo I

1. Etapa del Modelo Mexicano de Desarrollo Estabilizador, 1959-1969.....14

1.1. Epítome de las Condiciones Previas que Impulsaron al Desarrollo Estabilizador.....14
1.1.1. El Contexto Internacional y su Impacto en el Crecimiento Económico de México.....22
1.2. Esquema Conceptual del Desarrollo Estabilizador.....28
1.3. Factores Internos.....32
1.4. Condiciones Externas.....33
1.5. El Proceso de Industrialización.....38
1.6. El Papel del Sector Público.....50
1.7. Agotamiento de la Etapa Proteccionista del Modelo.....53

Capítulo II

2. La Transición del Modelo Mexicano de Desarrollo, 1970-1982.....59

2.1. Etapa del Desarrollo Compartido, 1970-1976.....59
2.2. Etapa de la Abundancia, 1976-1982.....66
2.3. El Colapso de la Transición Populista.....72
2.4. Los Problemas en Balanza de Pagos.....78
2.5. Elementos que Conducen a la Reestructuración de la Economía Mexicana.....82

Capítulo III

3. El Modelo Neoliberal Mexicano de Desarrollo, 1982-2002.....86

3.1. Causas de la Liberalización Comercial y Financiera.....86
3.2. Características de la Liberalización Comercial y Financiera.....87
3.3. Consecuencias de la Liberalización Comercial y Financiera.....89

3.4. Políticas Neoliberales Pro-cíclicas de Estancamiento.....107
3.5. Situación Económica al Inicio del Siglo XXI.....111

Capítulo IV

4. Más allá del Mercado y la Globalización.....119

4.1. Hacia una Estrategia Alternativa.....119
4.1.1. Desarrollo Sistémico: Una Estrategia para Encarar el Subdesarrollo en México.....121
4.1.2. Nivel Micro: Empresas y Redes Eficientes.....125
4.1.3. Nivel Meso: Políticas Selectivas, Estado e Instituciones.....127
4.1.4. Nivel Macro: Crecimiento Sostenido, Baja Inflación y Justicia Social.....129
4.1.4.1. Política Fiscal.....131
4.1.4.2. Política Monetaria y Financiera.....134
4.1.4.3. Política Cambiaria.....137
4.1.4.4. Política Comercial y de Competencia.....138
4.1.4.5. Políticas de Empleos y de Ingresos.....140
4.1.5. Nivel Meta: Estado y Patrones de Organización.....143

4.2. Estado Emprendedor y con Calidad.....145

4.3. Financiamiento para el Desarrollo.....150
4.3.1. Generación de Ahorro Interno.....150
4.3.2. Atracción de Inversión Extranjera Directa.....152
4.3.3. Superávit Comercial.....154
4.3.4. Finanzas Públicas para el Desarrollo.....156

4.4. Crecimiento Económico Sostenido con Baja Inflación, ¿Mito o Realidad?.....159

5. Conclusiones.....167

Anexo Estadístico.....171

Bibliografía.....200

INTRODUCCIÓN

Al inicio del siglo XXI México enfrenta grandes rezagos sociales y económicos. En lo social destacan: la existencia de 54 millones 700 mil pobres, alto nivel de desempleo, bajos niveles de educación, nutrición y salud, polarización de la riqueza, marginación, subempleo, sobrepoblación. Y en lo económico sobresalen: déficit comercial, deuda externa, un aparato productivo estancado y desarticulado, un sector agrícola atrasado y olvidado, tipo de cambio sobrevaluado, escasez crediticia, bajos niveles de inversión, desarrollo regional heterogéneo, baja competitividad, etc.

Todas estas deficiencias corresponden a la descripción de la radiografía de nuestro país bajo la experiencia neoliberal, muchos de estos problemas deben su origen a tal modelo y otros tantos se han profundizado con su implantación.

Es evidente que resulta impostergable el estudio y análisis que conduzcan a la construcción de un nuevo modelo de desarrollo, innovador y justo que logre resolver las grandes carencias de nuestra nación. No se trata de adoptar políticas pasadas ya muertas, ni de construir utopías, sino de voltear a las políticas exitosas de nuestra historia, conocer, analizar y aceptar los aciertos y errores del libre mercado para edificar un modelo auténticamente nacional, defensor de los intereses sociales y moderno.

México, por sus riquezas naturales y sociales, está llamado a ser un país moderno, con una sociedad más igualitaria, pero para la consolidación de tal escenario es imprescindible modificar la política económica actual.

La modernidad es entendida desde la perspectiva de éste estudio como un nivel alto de desarrollo, basado en una infraestructura de gran calidad y eficiencia acorde con el

desarrollo tecnológico y científico de nuestra época, altos niveles de ingreso per cápita, desarrollo productivo, tecnológico, sectorial y regional.

Mientras el promedio del PIB per cápita de los países con niveles de ingreso más altos es de 31 285.7143 dólares, nuestra nación presenta un PIB per cápita raquítico de 6000 dólares (ver cuadro 38), por tanto, el paso a la modernidad implica la construcción de estadios superiores de vida a través del impulso al crecimiento del PIB per cápita hasta que éste alcance niveles dignamente comparables con los países desarrollados.

El éxito del desarrollo estabilizador, los vicios y crisis de la década de los 70 y el modelo neoliberal, nos deben servir como experiencias históricas irrepetibles que sientan las bases para la creación de una política económica distinta y acorde con las necesidades de nuestro pueblo.

Como toda política económica, el nuevo proyecto debe partir de un análisis y diagnostico de la realidad y, a su vez, debe representar los intereses de la clase más vulnerable y desprotegida, así se podrá disminuir la gran brecha social.

"México: Un camino viable hacia la modernidad" es una propuesta que intenta aportar algo en la búsqueda vertiginosa de un sendero transitable para la República y que tiene como meta, o punto final, la modernidad a través de la sana relación entre los distintos agentes económicos, donde el Estado posmoderno adopte una postura mediadora, conciliadora, ayudar a hacer, es decir, que sea el promotor del crecimiento en una economía mixta donde el sector privado se involucre vitalmente en la carrera por el desarrollo. Un Estado mexicano emprendedor y con calidad que vincule y armonice el accionar de los distintos agentes económicos, que fortalezca la autentica emancipación social en un contexto dinámico, innovador y justo.

El objetivo general de la presente investigación es analizar el pasado y el presente para hacer el planteamiento de una política económica viable para México, que permita avanzar en la búsqueda de la modernidad.

Por su parte, los objetivos específicos son:

1) Analizar y criticar el modelo económico de desarrollo estabilizador, 1959-1970, así como determinar las causas del crecimiento y los obstáculos que impidieron que éste fuera sostenido.
2) Estudiar, criticar y establecer las causas que llevaron al transito del modelo de sustitución de importaciones al neoliberal.
3) Analizar y criticar la situación económica a partir del libre mercado, 1980-2002.
4) Proponer una visión renovada del Estado mexicano y su función en la economía.
5) Plantear y proponer una política económica distinta, alternativa y viable, con base en el estudio del pasado, del presente y de experiencias internacionales exitosas que responda a las grandes necesidades de la nación.

Adicionalmente, se plantean las siguientes hipótesis:

1) El modelo de sustitución de importaciones propició el desarrollo temporal de las fuerzas productivas internas y condujo a un desarrollo industrial trunco.
2) La política de estabilización neoliberal no ha generado condiciones endógenas para el crecimiento sostenido.
3) La participación en la economía de un Estado mexicano posmoderno, emprendedor y con calidad es vital para el desarrollo justo de México.
4) La propuesta de política económica y la nueva concepción del Estado mexicano y su función en la economía, responden a las necesidades de nuestro tiempo.

En el capitulo I se analiza la etapa del modelo de desarrollo estabilizador con el afán de estudiar las causas que dieron origen al llamado "milagro mexicano", así como para identificar las fallas que impidieron la prolongación del ciclo de crecimiento.

Por su parte, en el capitulo II se explora el comportamiento de la economía mexicana a partir de la década de los 70 y hasta 1982, cuando nuestra nación se colapsó cayendo en una profunda crisis financiera. Identificar y analizar los errores y aciertos de la estrategia económica desplegada en aquella época, es un objetivo que se persigue a lo largo de este apartado.

El capitulo III muestra un análisis de la política económica neoliberal instrumentada desde 1982 y hasta el año 2002. A través de éste se pretende estudiar la dinámica de dicha estrategia, reconocer las virtudes, si es que las hay, del libre mercado, así como las grandes contradicciones que han impedido el pleno desarrollo de nuestro país.

Nuestra nación se debate entre lo que es y lo que quiere ser. Para dar, de una vez y para siempre, el paso al desarrollo (con altos niveles de ingreso per cápita) México necesita instrumentar una política económica sistémica, que incentive la cooperación para el progreso, consensos, debates en pro de la nación y, como decía Mariano Otero, acuerdos en lo fundamental para el entendimiento que impulse la igualdad integral.

El objetivo fundamental del capitulo IV es, precisamente, el de proponer una estrategia económica alternativa que responda a las grandes necesidades de la sociedad, acorde con la realidad del país. El modelo de desarrollo sistémico es analizado en tal capitulo y representa una propuesta alternativa para el caso de la economía mexicana, con ello se pretende colaborar en la discusión que lleve a la construcción de un México justo y desarrollado, es decir, aportar algo en torno al dilema del desarrollo en México.

"Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos."

John Maynard Keynes [1936]

"Hay en medio de nuestra sociedad una clase desvalida, pobre y abandonada a sí misma. Esta clase está en la entraña de nuestra sociedad. Se compone de todos aquellos infelices que no habiendo tenido la suerte de heredar un patrimonio, ni la fortuna de adquirir educación, se encuentran sumergidos en la ignorancia y la miseria, se ven desnudos y hambrientos, por todas partes vejados y escarnecidos, en todas partes oprimidos. Sobre esta clase recaen por lo común no sólo el peso y rigor de las leyes, sino también, y esto es lo más terrible, la arbitrariedad e injusticia de muchas autoridades y de muchos de los agentes públicos... No se olvide que la clase de que hablo es la clase de los muchos, y que por más que se quiera sostener principios absurdos y falsas máximas de una política destructora y pérfida, un gobierno sea el que fuere, no podrá ser bueno sino cuando hace la felicidad proporcional del mayor número de los ciudadanos que le obedecen..."

Ponciano Arriaga [1847]

CAPÍTULO I

1. Etapa del Modelo Mexicano de Desarrollo Estabilizador, 1959 – 1969

1.1. Epítome de las Condiciones Previas que Impulsaron al Desarrollo Estabilizador

El período de 1940 – 1958 marca el inicio de la política de sustitución de importaciones y de un modelo de crecimiento orientado hacia el mercado interno, bajo una estrategia proteccionista. El gobierno proponía el desarrollo industrial por medio del fortalecimiento del Estado en la economía, mismo que basaba su fuerza en los sectores populares.

Los principales objetivos de la política económica se centraron en el fortalecimiento de la industrialización a través de la sustitución de importaciones, protegiendo la producción interna por medio del incremento arancelario que condujo a una mayor producción de bienes de consumo.

El escenario previo al desarrollo estabilizador, 1940 – 1959, se caracterizó por presentar un fuerte crecimiento económico, con una tasa promedio anual del PIB real del 5.73%, y un importante proceso inflacionario cuya tasa promedio anual fue del 10.6%.

La tendencia del PIB, de 1940 a 1955, muestra constantes oscilaciones. De 1940 a 1946 se observa un comportamiento inestable con claras fluctuaciones; de 1947 a 1950 se presenta una expansión del crecimiento; y de 1951 a 1955 ocurrió un proceso inverso con una caída del producto, (ver cuadro 1).

Por su parte, el comportamiento de la inflación mostró una tendencia creciente con una clara aceleración de la tasa de crecimiento de los precios, (ver cuadro 2).

A su vez, se presentaron problemas recurrentes en la cuenta corriente de la balanza de pagos, principalmente en 1946 – 1948 y 1951 –1954, que concluyeron en la realización de dos devaluaciones (1948 y 1954).

En ésta época el crecimiento fue fuertemente estimulado por el gobierno federal a través de una política fiscal expansiva, concentrada, primordialmente, en la formación de capital para el desarrollo de obras públicas.

Dicha expansión del gasto fue financiada por medio de la emisión de moneda. Un indicador de éste fenómeno es el comportamiento de la masa monetaria, la cual aumentó a una tasa promedio anual de 17.7% entre 1940 y 1955, (ver cuadro 3).

Crecimiento, inflación, desequilibrio externo y devaluación fueron los hechos característicos de ésta etapa de la historia económica de México. El comportamiento del sector externo fue el que presentó mayor grado de inestabilidad, desembocando en dos devaluaciones. La primera de ellas fue entre 1948 – 1949, donde el peso pasó de 5.74 a 8.01 y, la segunda, en 1954, en la cual el peso se incrementó de 8.65 a 12.50.

A lo largo del período 1940 – 1955, el componente más inestable de la balanza de pagos fue la cuenta corriente, la cual contribuyó acrecentar la vulnerabilidad nacional y a colapsar en dos ocasiones el valor de nuestra moneda.

Dicha inestabilidad del sector externo se puede atribuir esencialmente a los problemas gestados en la balanza comercial, siendo ésta incapaz de generar excedentes que pudieran equilibrar el desempeño general de tal sector.

Resulta conveniente recordar los componentes de la balanza de pagos con el objetivo de esclarecer las causas de las crisis recurrentes que han impedido la continuidad del crecimiento.

$$BP = \underbrace{[\underbrace{(X - M)}_{\text{Balanza Comercial}} + \text{intereses netos}]}_{\text{Cuenta Corriente}} + \underbrace{\text{entrada neta de capital}}_{\text{Cuenta de Capitales}}$$

Donde X = exportaciones y M = importaciones.

Siendo la balanza comercial un factor desestabilizador de la cuenta corriente, ésta explica el por qué de los desequilibrios en el sector externo que generan el ciclo recurrente devaluación – inflación.

En este sentido Juan F. Noyola[1] sostiene que "en México la presión fundamental proviene de la incapacidad de las exportaciones para aumentar a la misma velocidad que la economía interna." El hecho de que las importaciones excedieran a las exportaciones se debió a la sobrevaluación de la moneda, conduciendo a una caída de las exportaciones ante la atractiva posibilidad de importar.

La aceleración de las importaciones por encima de las exportaciones propició déficit en la balanza comercial, a pesar de que la participación del sector agrícola era importante en ese entonces. Tal déficit se intensificó a finales de la segunda guerra mundial, ya que nuestro país dejó de ser el proveedor principal de los Estados Unidos.

Para Noyola, en este aspecto, al iniciar un proceso de crecimiento se tiene que importar una gran cantidad de bienes de capital ya que éstos no se pueden producir en el país por razones tecnológicas, principalmente. Además, señala que "una economía

en crecimiento tiene una tendencia a tener un déficit crónico en la cuenta corriente de la balanza de pagos."[2] Por tal motivo, un país que se encuentra en vías de crecimiento y desarrollo no es financieramente autosuficiente y es, a su vez, tecnológicamente dependiente.

Éstas dos características llevan a la frecuente y recurrente inestabilidad de la balanza de pagos, obstaculizando el crecimiento sostenido.

Dicha sensibilidad del sector externo de la economía mexicana se recrudece ante los desequilibrios productivos internos, es decir, nuestra nación presentó entre 1940 y 1955, como lo señalé previamente, una inestabilidad constante del PIB, con períodos cortos de crecimiento y espontáneas caídas que paralizaban el ciclo de crecimiento, por tanto, al no experimentar una tasa acelerada de crecimiento, o al menos constante, las fluctuaciones productivas se acentuaron y junto con ellas la dinámica exportadora.

Éste comportamiento impidió que el sector exportador alimentara de recursos al interior para solventar las necesidades permanentes de importaciones, presionando, por tal motivo, desequilibrios en la cuenta corriente de la balanza de pagos que concluyeron en devaluaciones del peso (1948 – 1949 y 1954).

Otro factor que facilitó la creación del déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos fue el comportamiento del tipo de cambio de la moneda nacional. De 1941 a 1947 el peso mexicano mantuvo una estabilidad en su valor de 4.85 pesos por dólar, es decir, una sobrevaluación evidente ante la tasa creciente del índice de precios.

El valor estable de nuestra moneda, en ese lapso, implicó una mayor tendencia hacia las importaciones al ser más atractivas éstas, por contar con una moneda fuerte, que las exportaciones. De ésta manera, la sobrevaluación del peso actuó en detrimento de las

exportaciones nacionales e impulsó el deterioro externo, conduciendo, a la postre, a la devaluación de 1948 y acentuada en 1949, (ver cuadro 4).

Un proceso semejante se desarrolló entre 1950 y 1953, en el cual el valor del tipo de cambio del peso se mantuvo estable con un grado, también evidente, de sobrevaluación que profundizó las disparidades entre exportaciones e importaciones, acentuando la fragilidad externa y desembocando ésta en el colapso de 1954, reforzado en 1955 cuando el peso llegó al nivel de 12.50 pesos por dólar, tasa de cambio que se sostuvo desde ese año hasta 1976.

La sobrevaluación del peso puede explicarse a partir de los acontecimientos a nivel internacional. Debemos recordar que en la década de los años 40 estalló la segunda conflagración mundial lo cual generó una movilidad global del capital. El asentamiento del capital tendió a ubicarse en los países de mayor seguridad, así, México se convirtió en un punto de atracción y concentración del capital internacional.

Por tal motivo, la entrada masiva de recursos foráneos impactó al mercado cambiario para apreciar el peso a partir de 1942. El monto de las reservas internacionales fue en aumento, en 1940 éstas eran de alrededor de 342 millones de pesos y para 1946 alcanzaron los 1327 millones de pesos, evidenciando un espectacular boom en el stock de divisas, (ver cuadro 5). El ritmo de crecimiento anual de fondos del exterior fue del 37.8% entre 1939 y 1942, y del 51% entre 1942 y 1945, para pasar a derrumbarse en el período 1945 – 1949 con una tasa negativa de –15.6%, (ver cuadro 6). En suma, las reservas internacionales como porcentaje del PIB pasaron de 3.2% a 8.8% durante la guerra.

Para 1947 se empieza a presentar una salida intempestiva de recursos del país, llegando las reservas, en dicho año, a 790 millones de pesos. Ésta fuga de capitales condujo a la precipitación de la devaluación de 1948 - 1949.

Por lo tanto, el efecto de un tipo de cambio fuerte, con un valor irreal e insostenible, configuró un déficit comercial creciente. La estabilidad del peso entre 1941 y 1947, debido a la entrada de recursos externos, aceleró el comportamiento de las importaciones muy por encima de las exportaciones.

Sin embargo, el déficit creado en la balanza comercial pudo ser solventado temporalmente gracias a las cuantiosas reservas internacionales. En el momento en que éstas empezaron a flaquear, ante la inminente fuga de recursos por el fin de la segunda guerra mundial y el saldo negativo en crecimiento de la cuenta corriente de la balanza de pagos y su eventual riesgo para el capital, el país no tuvo recursos para enfrentar el desequilibrio externo y, consecuentemente, estalló la devaluación.

La misma dinámica se volvería a presentar, años más tarde, desembocando en una nueva devaluación en 1955, para dar paso, posteriormente, a una etapa de estabilidad cambiaria y monetaria con alto crecimiento económico.

Al precipitarse el déficit externo en devaluaciones se generaba una cadena inflacionaria que mermaba el poder adquisitivo de la sociedad y obstaculizaba, por tanto, un desarrollo social homogéneo.

En un lapso de 10 años, de 1946 a 1955, se gestaron dos ciclos déficit exterior – devaluación – inflación que impulsaron el crecimiento del índice de precios internos, como señalé anteriormente, ésta etapa del desarrollo mexicano se caracterizó por una inflación al alza.

El efecto de la entrada de capitales a nuestro país tuvo un impacto considerable en el incremento de la inflación. En este ámbito, Luis Medina[3] señala que "el impacto de las entradas de divisas en la oferta monetaria fue inmediato, pues ésta tuvo un crecimiento nominal del 301% durante los años de la guerra, mientras que los precios aumentaron 96% durante el mismo período", por tal motivo, la oferta monetaria se vio altamente influenciada por el flujo de recursos provenientes del exterior que ingresaban al país.

Éste mecanismo fue el responsable real del crecimiento de la inflación, y no así la política fiscal expansionista aplicada por el gobierno durante este período. Con el afán de reforzar dicho argumento es oportuno recordar dos ecuaciones fundamentales de la programación financiera, la relacionada a la base monetaria y, la segunda, relativa al medio circulante.

En primer lugar, la base monetaria representa el monto total de recursos monetarios que tiene el Banco Central; el medio circulante, por su parte, (oferta monetaria) es el dinero que se encuentra en circulación.

La ecuación de la base monetaria por sus fuentes[4], está determinada por:

$$BM = AI + CG + CB + (OA - K)$$

Donde, AI = reservas internacionales; CG = crédito del Banco Central al gobierno; CB = crédito del Banco Central a los bancos comerciales; (OA – K) = otros activos netos del Banco Central.

De ésta ecuación se desprende que un aumento en las reservas internacionales, *ceteris paribus*, conducirá a un incremento de la base monetaria.

Por otro lado, el medio circulante u oferta monetaria está dado por[5]:

$$MC = AI + CEP + CG - PNM + (OA - K)$$

Donde, AI = reservas internacionales; CEP = crédito a empresas y particulares; CG = crédito al gobierno; PNM = pasivos no monetarios de los bancos; y (OA – K) = otros activos netos.

Así, ante un aumento de las reservas internacionales, también y a su vez, *ceteris paribus*, se genera un incremento de la oferta monetaria. Adicionalmente, debemos señalar que la emisión de billetes depende del valor de las reservas internacionales. La emisión primaria, por tanto, está determinada por las reservas internacionales, y éstas a su vez dependen del saldo de la balanza de pagos.

Ahora podemos determinar que existe una relación directa entre las reservas internacionales y la oferta monetaria, es decir, a medida que aumentan las reservas se observará un incremento en la oferta monetaria.

Al cabo de éste planteamiento podemos formalizar que el desarrollo de la inflación, en nuestro país y en el período en estudio, se debió, principalmente, a la masiva entrada de capitales, a causa de la segunda guerra mundial, que desencadenó un aumento muy importante de la oferta monetaria. Dicho aumento en la oferta monetaria llevó a un incremento de la demanda por encima de la oferta de bienes y servicios, conduciendo a una espiral creciente de inflación.

Es oportuno destacar que a nivel internacional, por el conflicto bélico, se presentaron problemas de inflación, esto también repercutió al interior del país.

Podemos concluir que los principales detonantes de la inflación en México de 1940 a 1958 fueron:

1. La expansión de las reservas internacionales que se tradujo en un incremento de la oferta monetaria.
2. La alta inflación externa ocasionada por la segunda guerra mundial.

No es, por lo tanto, la política fiscal la responsable de dicho fenómeno económico a lo largo de éste período.

1.1.1. El Contexto Internacional y su Impacto en el Crecimiento Económico de México

La etapa que va de 1940 a 1958 estuvo caracterizada y marcada por el desarrollo de la segunda conflagración mundial. Ésta influyó decisivamente en el incremento de la demanda externa. Estados Unidos se convirtió en el principal importador, ante sus grandes necesidades por el conflicto, de nuestros productos, adquiriendo textiles y bienes agropecuarios, esencialmente.

El estallido de la guerra propició un mayor número de refugiados que impactaron positivamente al desarrollo interno, ya que la gran mayoría traía consigo capital lo cual impulsó la acumulación de éste y su consecuente inversión.

Se dio, adicionalmente, el incremento de la clase empresarial nacional debido a que la guerra creó el terreno propicio para una ampliación y diversificación industrial, apoyando el crecimiento y surgimiento de pequeñas, medianas y grandes empresas.

En el ámbito industrial, el sector manufacturero recibió el más grande impulso, ya que el exterior, destacando E.U., demandó cuantiosamente sus productos, dando como resultado una expansión del mercado interno a través del acelerado crecimiento de la inversión, demanda, empleo, ingreso, etc.

Dentro de éste período se firmó el primer acuerdo bilateral entre México y E.U., en éste se estableció un préstamo a nuestro país de alrededor de 30 millones de dólares, para invertir en infraestructura; se llevó a cabo la firma del primer tratado comercial entre ambas naciones; y la firma del acuerdo que comprometió a México a pagar a E.U. 40 millones de dólares para liquidar reclamaciones agrarias, por medio de pagos anuales de 2.5 millones de dólares.

Se puede afirmar que la segunda guerra mundial favoreció al sector industrial, sin embargo, la falta de una adecuada planeación ocasionó que los beneficios de su crecimiento no se distribuyeran uniformemente en todos los sectores y actividades del país, configurando, con ello, un desequilibrio social. Un resultado evidente de la inequidad fue la caída de los salarios de los trabajadores. En éste sentido Martha Rivero[6] señala que "el incremento de la producción se realizó con base en la utilización máxima de la capacidad industrial instalada y en una explotación intensiva del trabajo que se manifestó en parte por el mayor número de obreros que absorbió y por el descenso absoluto de los sueldos y salarios en la participación del valor de la producción." Por tal motivo, podemos establecer que la expansión industrial estuvo altamente ligada a un incremento de la oferta de trabajo lo que llevó a un importante descenso de los salarios.

En contraste con el desenvolvimiento del sector industrial, el sector agrícola empezó a presentar una caída que con el paso del tiempo se profundizó y actuó en detrimento del crecimiento económico nacional. Dicho abandono se puede explicar a través de los

objetivos centrales del gobierno en aquel entonces, ya que con el afán de aprovechar la coyuntura se estableció como objetivo fundamental el desarrollo industrial. Es contradictorio que se privilegiara a la industria por encima del campo cuando ambos tienen y requieren de un estrecho lazo para el fortalecimiento mutuo, no se puede entender y mucho menos concebir un crecimiento industrial sin un sector agrícola fuerte y dinámico.

Por tanto, es indudable que la situación internacional que predominó a lo largo de éste período en estudio, 1940 – 1958, actuó como fuerza motriz externa que posibilitó un crecimiento industrial importante.

A pesar de la inestabilidad externa y la aceleración creciente del índice de precio, características presentes a lo largo de ésta época de la historia económica de México, nuestro país experimentó tasas de crecimiento del PIB, que si bien fluctuantes fueron generalmente altas.

El importante crecimiento económico de nuestra nación se debió, principalmente, a la política fiscal expansiva implementada en dicha época, la cual se concentró en obras de infraestructura. Así, la dinámica interna estuvo impulsada por la inversión productiva con sus consecuentes efectos multiplicadores, ya que un aumento de la inversión lleva a un incremento del ingreso, demanda, consumo, producción, ganancias, empleos, (ver esquema 1).

Esquema 1

$\Delta I \rightarrow \Delta Y \rightarrow \Delta D \rightarrow \Delta C \rightarrow \Delta PIB \rightarrow \Delta g \rightarrow \Delta S \rightarrow \nabla\, t.i \rightarrow \Delta I \rightarrow \ldots$
recreándose el círculo virtuoso del crecimiento.

Donde I = inversión; Y = ingreso; D = demanda; C = consumo; g = ganancias; S = ahorro; t.i = tasa de interés.

La participación del Estado dentro de la economía adoptó un papel preponderante ya que éste se convirtió en el eje principal para impulsar el desarrollo nacional. En este ámbito José Luis Calva[7] establece que "el gran activismo del Estado desde mediados de los años 30 expresaba no sólo una búsqueda de mayor crecimiento económico, sino también una voluntad de integración del mercado nacional tanto desde el punto de vista territorial como social." Lo anterior nos permite definir como toral el accionar del Estado mexicano emanado de la constitución política de 1917, en la conformación de un proceso endógeno de desarrollo industrial acelerado.

A partir de 1940, cerca del 30% de toda la inversión pública se encauzó hacia el sector industrial. En éste aspecto cabe destacar la importante participación de las instituciones de fomento como Nacional Financiera, quien dedicó la mayoría de su financiamiento a largo plazo para las industrias básicas destinadas a la sustitución de importaciones.

De manera adicional al apoyo que recibió el sector industrial, éste se vio favorecido por el dinamismo que aún presentaba el sector agrícola. A lo largo de una década, de 1940 a 1950, la producción agrícola mantuvo una muy buena participación dentro del Producto Nacional Bruto (PNB), dotando, por tal motivo, de bienes y materias primas a la planta industrial, (ver cuadro 7).

En el período de estudio de este capítulo, existió una destacada relación industria – campo, proporcionando, la segunda, productos tanto para el mercado interno como para las diversas ramas de la industria, destacando el sector manufacturero.

La producción industrial presentó a partir de 1940 y hasta finales de la década de los 70 un crecimiento considerable, pasando de un 31% en 1940 a un 36.7% en 1967, (ver cuadro 7).

Dentro del sector industrial, la rama más productiva fue la manufacturera con altas tasas de crecimiento, pasando en 1940 de 17.8% a un 21.1% en 1955.

Este crecimiento en la actividad industrial, fue posible gracias a la inversión productiva y a la disponibilidad y canalización eficiente del crédito.

El crecimiento promedio anual de la producción manufacturera fue superior al PNB, entre 1940 y 1960 la minería creció a un nivel del 7.7% promedio anual y el PNB, por su parte, a un 6.2% promedio anual, superando ambas a la tasa de crecimiento de la población que fue alrededor del 3% anual, (ver cuadro 8).

Por otro lado, dicho crecimiento también fue posible gracias a las grandes obras de infraestructura, principalmente de caminos, que facilitaron la transportación y la caída en los costos.

En suma, la etapa previa al modelo de desarrollo estabilizador mostró un crecimiento acelerado del PIB y de la producción manufacturera sentando, así, las bases del crecimiento económico posterior. La tarea que habría de plantearse el gobierno mexicano sería la de aumentar, o al menos sostener, el ritmo de crecimiento pero ahora acompañado de estabilidad de precios.

Cabe señalar que los hacedores de la política económica de nuestro país, entre 1940 y 1958, flaquearon en sus intentos por generar estabilidad de precios y erraron al propiciar el aislamiento del sector agrícola, el cual empezó a presentar signos de

debilidad a lo largo de este período en estudio, (Dussel Petters, 1997). Tal abandono del sector primario se precipitó en los años posteriores, contribuyendo en la formación del déficit externo.

En éste aspecto Julio López[8] señala que "el desajuste de un sector de la economía conduce a desequilibrios en la balanza de pagos." Por tanto, esto resalta la importancia de impulsar un sector agrícola dinámico, autosuficiente y generador de divisas, cosa que no ocurrió en la economía mexicana en los años previos al desarrollo estabilizador y dentro de la época del "milagro mexicano".

De manera adicional, el proceso de sustitución de importaciones que se inició no avanzó conforme a las necesidades del país, centralmente, de la planta productiva interna, ya que sólo se implementó en su primera fase, es decir, se concentró en la sustitución de importaciones de bienes de consumo.

No hubo la capacidad para avanzar y desarrollar encadenamientos productivos hacía adelante, y de consolidar la segunda etapa del modelo de sustitución de importaciones (producción interna de maquinaria y equipo).

El sector productivo se especializó primordialmente en bienes de consumo e intermedios, mientras que los bienes de capital continuaron ajustándose a las importaciones. Dentro de éste rubro, es importante señalar que las importaciones de maquinaria y equipo se incrementaron de 45% del total de la producción en 1940 al 66% en 1950 y comenzaron a decrecer a lo largo de los años 50 para ascender al 56% y al 46% en 1960 y 1970, respectivamente. Sin embargo, su participación en el total de las importaciones entre 1955 y 1970 fue siempre superior al 40% (Dussel Petters, 1997).

La sustitución de importaciones al situarse únicamente en la primera fase del proceso, esto es, en la generación interna de bienes de consumo e intermedios, no atendió la producción de maquinaria y equipo. Cuando los bienes de capital deben importarse, lo que el país pierde no son sólo divisas, pierde también la autonomía tecnológica así como los mecanismos de estímulos para orientar su propio desarrollo tecnológico.

Ante éstas circunstancias, la economía nacional no pudo sentar las bases para el establecimiento de una dinámica productiva integral y, en cierta parte, desembocó en la desaceleración del sector agrícola y tecnológico, impidiendo por estos motivos, diversificar y vincular eficientemente al sector primario y secundario, gestando una desarticulación interna que colaboró en la edificación del desequilibrio en la balanza de pagos.

En este período debieron aplicarse políticas correctivas que contrarrestaran el desplome paulatino de la agricultura y la importación excesiva de maquinaria y equipo. Estos dos factores de desajuste obstaculizaron, adicionalmente a las condiciones externas de alta inflación producto del conflicto bélico, la estabilización de los precios internos y del sector externo de nuestro país.

1.2. Esquema Conceptual del Desarrollo Estabilizador

Basadas en las características predominantes de la economía de nuestro país hasta ese entonces, las autoridades, encabezadas por Antonio Ortiz Mena, al frente de la Secretaria de Hacienda y Crédito Público (SHCP), plantearon la necesidad de estructurar una estrategia que diera continuidad al alto crecimiento económico adicionándole estabilidad de precios.

Antonio Ortiz Mena estableció como objetivos prioritarios reducir la inflación, aumentar los coeficientes de ahorro voluntario que llevaran, desde su óptica, a estimular la inversión e impulsar el desarrollo industrial de la nación. En éste aspecto citó "la estrategia consistió en actuar sobre los factores económicos que determinan el ahorro y acoplar las medidas de política para apresurar el proceso y reubicar el ahorro de donde se genera a donde se utiliza, con el fin de lograr una asignación eficiente de los recursos. Debía procederse de manera coherente sobre las propensiones marginales a ahorrar de las empresas, de los individuos y del gobierno. Para elevar al máximo la nueva inversión se decidió aprovechar también la capacidad de endeudamiento exterior, es decir, la transferencia de ahorro del exterior."[9]

En persecución de los objetivos se instrumentó una política fiscal expansiva dirigida al estimulo industrial a través de obras en infraestructura, y una política monetaria conservadora concentrada esencialmente en el combate a la inflación.

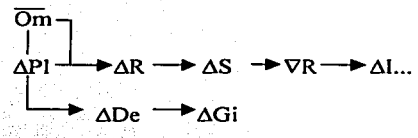
Adicionalmente, se continuó con la sustitución de importaciones por medio de la protección arancelaria.

Por otra parte, es importante destacar que el desarrollo económico nacional se concebía como el aumento sostenido de la productividad de la fuerza de trabajo, del ingreso real de los trabajadores y de los márgenes de utilidad de las empresas, (Antonio Ortiz Mena, 1969). Enfundado en ésta preconcepción ideológica el gobierno se dio a la tarea de estimular el nivel de ahorro interno a través del manejo estratégico de la tasa de interés, es decir, de una política monetaria austera que pretendió mantener cierta estabilidad en aras de una reducción acelerada de los precios.

Los hacedores de política económica de aquel entonces veían como objetivo trascendental el incremento del ahorro, ya que por medio de este mecanismo pretendían acelerar la inversión y sus respectivos efectos multiplicadores.

Basados en el principio ideológico que indica que el ahorro es igual a la inversión (S = I), ejercieron el siguiente esquema en busca del crecimiento:

Esquema 2



Donde, Om = oferta monetaria constante; Pl = preferencia por la liquidez; R = tasa de interés; S = ahorro; I = inversión; De = deuda; Gi = gasto en inversión. Así, la combinación de una oferta monetaria constante con un aumento de la preferencia por la liquidez induce un incremento en la tasa de interés, lo cual aumenta el ahorro y presiona, consecuentemente, desde éste perspectiva teórica (teoría convencional), una reducción de la tasa de interés y un crecimiento de la inversión con sus respectivos efectos multiplicadores sobre el ingreso, ahorro, empleo, entre otras cosas, (ver esquema 2).

Con el objetivo de soportar éste argumento es oportuno señalar lo que el ex secretario de Hacienda estableció en aquel entonces: "Para captar el volumen de ahorro existente y el nuevo por medios institucionales y poder posteriormente transferirlo a las

actividades más convenientes, era necesario que la tasa de interés real fuera atractiva."[10]

Por lo tanto, a través de una política monetaria conservadora, en aras de contrarrestar la alta inflación, y una política de gasto, expansiva basada en el endeudamiento, se presionó al alza la tasa de interés, lo cual bajo la concepción del gobierno (corriente ortodoxa) estimulaba el ahorro interno y la inversión.

Tal planteamiento presenta ciertas contradicciones que generaron un circulo vicioso que desembocó en crisis subsecuentes, impidiendo la gestación de un ciclo largo de expansión económica. Adicionalmente, el modelo de desarrollo concebido en esa época no atacó y resolvió las contradicciones y rezagos precedentes, al contrario, se profundizaron y colaboraron en la configuración de crisis posteriores.

En el apartado 1.5 de éste capítulo analizaré detalladamente las diversas contradicciones que se presentaron y que actuaron, a la postre, como barreras al crecimiento sostenido de la economía mexicana.

Así, el desarrollo nacional a lo largo de la etapa del desarrollo estabilizador se entendía como el aumento secuencial y progresivo de la productividad por hombre empleado, de los ingresos per cápita de los trabajadores, la aceleración de la tasa de utilidad, crecimiento económico y baja inflación, es decir, estabilidad macroeconómica, ya que ésta era considerada no como un fin en si misma, sino como una condición indispensable para lograr un desarrollo económico y social sostenido.[11] Todo esto, según dicho enfoque, se traduciría en mejores niveles de bienestar que conducirían a nuestra nación a estadios superiores de vida.

1.3. Factores Internos

El crecimiento económico y la baja inflación que presentó nuestro país de 1959 a 1969, fueron el resultado de la combinación de factores internos y de las condiciones económicas externas. Los elementos nacionales que favorecieron al ritmo de crecimiento fueron:

- La concepción ideológica (sustitución de importaciones) que señalaba al sector industrial como la mejor opción para lograr un crecimiento más integrado y autosostenido, que priorizara el mercado interno.[12]
- Medidas de protección a la industria frente a la competencia externa. Sobresalía el premiso previo de importaciones, aranceles. Éstas medidas fueron esenciales para la expansión manufacturera.
- Creación de fondos de fomento para impulsar el desarrollo industrial. Sobresale el surgimiento de Nacional Financiera, el cual jugaría un papel vital para el apoyo a las micros, pequeñas, medianas y grandes empresas, tanto para crearlas como para facilitar su expansión.
- Establecimiento de empresas públicas. Sobresalen: Constructora de Carros de Ferrocarril, Diesel Nacional, Siderúrgica Nacional, Industrias del Hierro, Consejo de Recursos Minerales no Renovables, ZINCAMEX, Consorcio Minero Benito Juárez – Peña Colorada, Aeropuertos y Servicios Auxiliares, Radioaeronáutica y el Sistema de Transporte Colectivo en el Distrito Federal. Adicionalmente, se reestructuraron: Ferrocarriles del Sureste, Ferrocarriles de Chihuahua, Astilleros de Veracruz y CONASUPO pasó a desempeñar las actividades antes asignadas a CEIMSA.[13] A su vez, se impulsó el crecimiento de empresas públicas en sectores estratégicos y en aquellas industrias cuyos altos requerimientos de capital y bajas condiciones de rentabilidad desestimulaban la inversión privada.

- La política de precios de garantía de los productos agrícolas. Dirigida a configurar bajos costos de materias primas y de fuerza de trabajo.
- Políticas de subsidios y exenciones fiscales. Se decidió eximir a los rendimientos de valores de renta fija hasta un cierto límite, inicialmente 7%, y gravar con tasas ligeramente progresivas, hasta un 10%, los rendimientos derivados de intereses más altos al mínimo.
- Política fiscal expansiva. El Estado incrementó su gasto, el cual se orientó a la mayor creación de obras en infraestructura económica y social y al desarrollo de sectores estratégicos.
- El Estado se constituía en factor clave del desarrollo económico del país.
- Capacidad de endeudamiento externo.
- Captación de recursos externos, vía tasa de interés.
- En 1959 la agricultura era todavía el sector más importante. Se contó en ese entonces con un sector agrícola fuerte y dinámico, sin embargo, empieza a mostrar signos de agotamiento, el proceso dinámico se revirtió y a partir de 1965 entra en plena desaceleración dicho sector.
- El sector manufacturero era el más dinámico. La interacción conjunta de estos factores posibilitaron el favorable desenvolvimiento de la actividad económica, impulsando un importante crecimiento promedio del PIB de 1959 a 1969 del 6.7%, (ver cuadro 9).

1.4. Condiciones Externas

Sumado a los factores internos anteriormente señalados, las condiciones externas que prevalecieron a lo largo de la etapa en estudio desempeñaron un papel complementario para incentivar la dinámica productiva que generó altas tasas de crecimiento

económico.

Es importante resaltar la clara y marcada influencia que desde entonces tenía el comportamiento de la economía norteamericana sobre nuestra actividad económica.

La segunda guerra mundial creó condiciones para el fomento industrial en la medida en que las necesidades de reconversión hacia la producción bélica en los países desarrollados desatendía el abastecimiento de productos hacia las economías subdesarrolladas. Por lo tanto, nuestro país se vio favorecido con éste proceso, el cual aceleró la expansión industrial que se sostuvo desde el conflicto bélico hasta principios de la década de los 70.

Al término de la guerra la constante expansión económica de los Estados Unidos trastocó el proceso de fomento industrial que había beneficiado a las naciones proveedoras de productos de consumo, por lo tanto nuestro país se vio afectado al ver reducirse la demanda externa. Esto desestimuló el crecimiento industrial y originó presiones en el sector externo.

Posteriormente, la economía de Estados Unidos comenzó a experimentar un acelerado crecimiento. Así, el desenvolvimiento de las actividades productivas contribuyó al incremento de la demanda externa.

De 1959 a 1969 el PIB norteamericano presentó una tasa promedio del 7.02% (ver cuadro 10), lo cual incentivó la demanda por nuestros productos, impulsando el accionar de nuestro mercado interno, las exportaciones y los flujos de divisas que ingresaban a México.

Ante un incremento de la demanda externa se generó un estímulo en la dinámica productiva, (ver esquema 3).

Esquema 3

$\Delta Dx \rightarrow \Delta X \rightarrow \Delta Y \rightarrow \Delta t.g \rightarrow \Delta S \rightarrow \Delta I \rightarrow$ ... con sus efectos multiplicadores

Donde Dx = demanda externa; X = exportaciones; Y = ingreso; t.g = tasa de ganancia; S = ahorro; I = inversión. Dicho proceso describe los beneficios de una expansión de la demanda proveniente del exterior ya que esto estimula la producción interna, el crecimiento de las exportaciones, conduciendo a un incremento del ingreso, la tasa de ganancia, el ahorro y, a la postre, un aumento de la inversión con sus diversos efectos favorables, colaborando, así, en el crecimiento económico nacional.

Tal dinámica se derivó a partir de un cambio de actitud del vecino del norte con los países latinoamericanos a través de la creación de un programa de desarrollo económico y social divulgado por toda la región, cuyo fondo político se basaba en la proliferación de la doctrina Monroe ("América para los americanos") con el afán de obstaculizar el movimiento comunista de la época que intentaba expanderse alrededor del mundo, encabezado por la U.R.S.S.

El programa fue dado a conocer en una reunión cumbre en Punta del Este, Uruguay, en Agosto de 1961. Éste fue llamado "Alianza para el progreso", el cual implicó una importante reconversión de las relaciones entre E.U. y América Latina.[14]

La Alianza para el progreso tenía los siguientes objetivos:[15]

1. Lograr un crecimiento económico en los países de la región que representara un crecimiento del PIB per cápita de al menos 2.5% anual.
2. Realizar una reforma social con acento especial en la estructura de tenencia y uso de la tierra.
3. Diversificar y aumentar exportaciones.
4. Promover la industrialización y el empleo.
5. Impulsar la educación con la meta de eliminar el analfabetismo en 1970.
6. Lograr la estabilidad de precios para evitar inflación y deflación.
7. Reformar la estructura de impuestos para favorecer a los grupos de menores ingresos.
8. Elaborar planes integrales de planeación del desarrollo.

Como resultado de la creación y divulgación de éste programa, las relaciones entre el vecino del norte y América Latina se intensificaron, lo que favoreció de manera relevante el desempeño económico de la región, y especialmente de México.

Debido al gran vínculo existente entre Estados Unidos y México, nuestro país se vio beneficiado por el auge que experimentó dicha potencia. A lo largo del decenio que corre de 1959 a 1969, nuestro vecino presentó altas tasas de crecimiento económico (ver cuadro 11), en 1959 el PIB norteamericano fue del 8.4% hasta alcanzar, en 1966, el crecimiento más alto equivalente a 9.6%. Como reflejo de ésta favorable dinámica, nuestra nación se contagio del acelerado ritmo de expansión y generó, en la misma década, altas tasas de crecimiento.

Por tanto, la reconversión que se dio en las relaciones económicas y políticas entre América Latina y los norteamericanos influyó positivamente en el desempeño de las variables económicas, principalmente en nuestro país a través de la demanda externa y su influencia en las exportaciones y producción interna. En el cuadro 11 podemos

contrastar las tasas de crecimiento que tuvieron Estados Unidos y México, lo cual nos permite observar un proceso de expansión en ambos países.

El crecimiento de los Estados Unidos y su impacto en nuestra economía puede entenderse como el resultado, en la posguerra, de una expansión acelerada de las fuerzas productivas que impulsó el crecimiento de las economías desarrolladas, tanto por la modernización de los procesos productivos y el arrastre favorable que ello origina sobre la productividad y competitividad, así como por la diversificación de la producción.

Ésta dinámica conduce a sobrepasar los límites nacionales lo que lleva a la globalización del capital a través de:

1. La movilización de los flujos de capital.
2. Exportaciones.
3. Empresas transnacionales.

Dicho proceso que se suscitó al término de la segunda guerra mundial actuó, en primera instancia, en detrimento de las fuerzas productivas internas, sin embargo, posteriormente, con el viraje de las relaciones subcontinentales, éste apoyó la expansión industrial de nuestro país por medio de la importación de maquinaria y equipo, la absorción de capitales y empresas extranjeras. En éste sentido Arturo Huerta[16] es claro al señalar que "el proceso de industrialización en México está asociado a crecientes niveles de penetración del capital transnacional, lo cual ocurre paralelamente al impulso que se da al desarrollo industrial internamente."

Por lo tanto, el ritmo acelerado de crecimiento que experimentó Estados Unidos sí influyó en el comportamiento de la actividad económica interna durante el período del desarrollo estabilizador.

1.5. El Proceso de Industrialización

En nuestro país las autoridades hacendarias de la época decidieron implementar un modelo de desarrollo económico conocido como el "modelo de desarrollo estabilizador" (1959 – 1969), el cual pretendió estimular el desarrollo nacional a través de un fuerte impulso a la actividad industrial, procurando estabilidad cambiaria y monetaria. Así, dentro de los objetivos más relevantes de la época destacan la estabilidad de precios, del tipo de cambio y alto crecimiento económico.

Con el afán de estimular e impulsar el crecimiento económico nacional, el Estado desempeñó un papel vital en la promoción de las actividades industriales.

A partir de 1959 el sector manufacturero se convierte en la rama estratégica por excelencia, desplazando al sector agrícola el cual había sido pilar en las estrategias económicas previas. Ésta fue una de las características más notadas de dicho período y que a la postre se convertiría en uno de los obstáculos del desarrollo sostenido.

Para fortalecer el aparato productivo interno se consolidó la estrategia de sustitución de importaciones, instaurando los permisos previos de importación, aranceles, etc. Éste modelo permitió la aceleración de la producción de bines de consumo al interior del país, sin embargo, no se logró dar el salto a la segunda etapa de la sustitución de importaciones relativa a la producción de bienes de capital.

Por lo tanto, el ritmo acelerado de crecimiento que experimentó Estados Unidos sí influyó en el comportamiento de la actividad económica interna durante el período del desarrollo estabilizador.

1.5. El Proceso de Industrialización

En nuestro país las autoridades hacendarias de la época decidieron implementar un modelo de desarrollo económico conocido como el "modelo de desarrollo estabilizador" (1959 – 1969), el cual pretendió estimular el desarrollo nacional a través de un fuerte impulso a la actividad industrial, procurando estabilidad cambiaria y monetaria. Así, dentro de los objetivos más relevantes de la época destacan la estabilidad de precios, del tipo de cambio y alto crecimiento económico.

Con el afán de estimular e impulsar el crecimiento económico nacional, el Estado desempeñó un papel vital en la promoción de las actividades industriales.

A partir de 1959 el sector manufacturero se convierte en la rama estratégica por excelencia, desplazando al sector agrícola el cual había sido pilar en las estrategias económicas previas. Ésta fue una de las características más notadas de dicho período y que a la postre se convertiría en uno de los obstáculos del desarrollo sostenido.

Para fortalecer el aparato productivo interno se consolidó la estrategia de sustitución de importaciones, instaurando los permisos previos de importación, aranceles, etc. Éste modelo permitió la aceleración de la producción de bines de consumo al interior del país, sin embargo, no se logró dar el salto a la segunda etapa de la sustitución de importaciones relativa a la producción de bienes de capital.

La conjugación de los factores (internos y externos) presentados en los apartados previos, permitieron generar altas tasas de crecimiento económico y estabilidad de precios, sin embargo, la dinámica interna que prevaleció en tal década tuvo contradicciones que profundizaron los desequilibrios que se venían arrastrando desde la etapa anterior al desarrollo estabilizador.

Entre 1959 y 1969, México alcanzó una tasa de crecimiento promedio del 6.77% y una tasa promedio del índice de precios del 3.59%. El PIB, a lo largo del período, sostuvo un ritmo fuerte de expansión, iniciando en el primer año (1959) con un 3% hasta alcanzar la tasa más elevada en 1964 del 11.7%, (ver cuadro 9 y gráfica 1). Por su parte la inflación mostró una tendencia a la baja, empezando en 1959 con un 7% hasta descender al nivel más bajo en 1965 con un 2.3%, (ver cuadro 12 y gráfica 2).

Por su parte, el sector manufacturero presentó un ritmo promedio de crecimiento del 8.9% (entre 1960 – 1970), cifra superior al promedio mostrado por el conjunto de la actividad económica. En contraste, la agricultura experimentó una decadencia en su fuerza gracias a la marginación que sufrió por parte de las autoridades encargadas de conducir la economía de la nación. Así, ésta actividad logró una tasa de crecimiento promedio entre 1960 y 1970 del 3.6%, y peor aun ésta continuó descendiendo en el quinquenio siguiente para constituirse en un elemento crucial de la crisis presentada en 1976.

Otro sector que obtuvo un gran dinamismo fue el eléctrico, el cual presentó las tasas de crecimiento más altas de la época. El promedio de crecimiento logrado por éste sector entre 1960 y 1970 fue del 13.5%, lo cual evidencia la gran participación de éste en el PIB del sector industrial, (ver cuadro 13).

Resulta inevitable y vital contrastar los ritmos de crecimiento entre el sector primario y el secundario, ya que esto muestra un crecimiento sectorial heterogéneo que, por fuerza, condujo a posteriores desequilibrios.

Adicionalmente, el sector terciario tuvo una destacada actuación durante el período del desarrollo estabilizador, a través, básicamente, del turismo gracias a la creación de infraestructura por parte del Estado y a la participación de la inversión privada. Sin embargo, la captación de recursos vía turismo no fue suficiente para contrarrestar el desequilibrio en la balanza de pagos, lo cual forzaba una excesiva dependencia financiera con el exterior.

Al cabo de contrastar el desenvolvimiento del sector primario, secundario y terciario de la economía, emerge un diagnóstico inmediato que confirma la escasa vinculación productiva interna y la marcada centralización del apoyo gubernamental (en materia de gasto en inversión) hacia un determinado campo de actividad. En éste sentido, es importante destacar que cualquier desequilibrio intersectorial tendrá, por fuerza, efectos macroeconómicos negativos. Dichos efectos se pueden tornar en desequilibrio externo, por tanto, cualquier desajuste entre los sectores de la actividad económica conduce a la inestabilidad de la balanza de pagos.

El avance industrial que experimentó nuestro país en éste período fue el resultado de un círculo virtuoso generado por un proceso de gasto e inversión encabezado por el Estado. La inversión bruta fija creció por encima del PIB, entre 1951 y 1958 se expandió a un ritmo promedio del 6.4% mientras que el producto lo hizo en un 5.6%; entre 1959 y 1967 la inversión creció al 9.1% mientras el PIB lo hizo en un 6.5%, (ver cuadro 15 – A y gráfica 5). Sin embargo, éste proceso no se pudo perpetuar debido a la profundización de los problemas que se venían arrastrando desde la etapa precedente, y por otros tantos desajustes que se generaron por tal modelo de desarrollo.

La estrategia económica impulsada se caracterizó por una política fiscal expansiva, una política monetaria conservadora que procuró la estabilidad de precios, una política cambiaria que condujo a la apreciación de la moneda nacional por medio de la entrada cuantiosa de recursos foráneos vía tasa de interés. Éstos instrumentos posibilitaron la configuración de altas tasas de crecimiento económico, estabilidad de precios y del tipo de cambio insostenible gracias al importante diferencial de precios entre México y E.U. que refleja las grandes diferencias de productividad ente una y otra nación.

Entre 1959 y 1970 México creció sin mayores contratiempos basado en una concepción que bien podríamos calificar de Keynesiana Ortodoxa, al combinar un gasto creciente y una oferta monetaria conservadora. Así, el modelo de desarrollo estuvo sustentado de la siguiente manera:

Esquema 4

$$\begin{array}{l} Om \\ \Delta Pq \rightarrow \Delta R \rightarrow \Delta Ek \rightarrow Sv \rightarrow \nabla P \\ \rightarrow \Delta Dd \rightarrow \Delta Gi \rightarrow \Delta S \rightarrow \Delta I \rightarrow \ldots \text{ con sus efectos multiplicadores} \end{array}$$

Donde, Om = oferta monetaria constante; Pq = preferencia por la liquidez; R = tasa de interés; Gi = gasto en inversión; S = ahorro; I = inversión; Dd = deuda; Ek = entrada de capitales; Sv = sobrevaluación cambiaria; P = precios. La combinación de una oferta monetaria constante y un incremento de la preferencia por la liquidez lleva a un incremento de la tasa de interés, por un lado, y ésta, a su vez, estimula el aumento del ahorro y consecuentemente una mayor inversión. Por otro lado, el incremento de la preferencia por la liquidez conduce a una mayor deuda y a una expansión del gasto en

inversión, estimulando el ingreso, el ahorro y la inversión con sus efectos multiplicadores sobre el resto de las variables económicas, (ver esquema 4).

Éste enfoque muestra una serie de contradicciones relevantes al analizarlo desde una perspectiva keynesiana pura, evidenciando una clara influencia de la teoría ortodoxa. Uno de los objetivos que se planteó la autoridad de aquel entonces fue estimular el ahorro voluntario, para alcanzar esto se decidió actuar sobre los impuestos, reduciéndolos para, así, aumentar indirectamente la tasa de interés real.

Por tal motivo, la tasa de interés se convirtió en un instrumento estratégico para la captación tanto de ahorro interno como externo. En relación a esto, el entonces Secretario de Hacienda planteó la necesidad de actuar sobre la tasa de interés real para que ésta fuera atractiva.[17]

En el esquema planteado anteriormente, la tasa de interés juega un papel importante, su incremento se dio por la combinación de una oferta monetaria relativamente constante y una preferencia por la liquidez en crecimiento ante el afán de incrementar el gasto público.

La oferta monetaria se decidió mantener constante con el objetivo de contener las presiones inflacionarias, y el gasto público se incrementó para invertir en infraestructura, ésta relación generó el aumentó de la tasa de interés la cual, a su vez, desde la perspectiva ortodoxa, incrementa el ahorro y consecuentemente la inversión con sus respectivos efectos multiplicadores sobre la actividad económica.

Por otro lado, la mayor tasa de interés estimula la entrada de capitales, llevando a una apreciación de la moneda nacional.

Ésta dinámica descrita actuó, en principio, a favor del crecimiento económico, estimulándolo e impulsándolo, gracias a los efectos que sobre las actividades productivas tiene el aumento del gasto público.

Sin embargo, dicha dinámica obstaculizó el crecimiento sostenido, ya que en su seno llevaba la semilla de la inestabilidad.

Por tanto, la expansión que experimentó nuestra nación a lo largo de la década comprendida entre 1959 y 1969, fue generada esencialmente por los efectos favorables que el gasto en inversión del sector público tuvo sobre la actividad económica, concentrándose, primordialmente en el sector manufacturero. También el sector agrícola, hasta 1965, propició condiciones de expansión para la industria al proveerla de insumos provenientes del campo; por la tendencia creciente de los Estados Unidos, principalmente.

Lamentablemente, el modelo impuesto no contrarrestó las deficiencias precedentes y creo contradicciones en su interior. El crecimiento mostrado no se pudo extender debido a la configuración de problemas externos.

El esquema expuesto previamente, que se aplicó a lo largo del período, presenta diversas imprecisiones e interpretaciones de la teoría económica. El ahorro voluntario interno se encuentra muy lejos de ser estimulado a través de la tasa de interés, por el contrario, éste debe ser apoyado por medio de estímulos al ingreso, es decir, ejerciendo una política de ingresos expansiva. A mayor tasa de interés no hay mayor ahorro e inversión, de forma contraria, éste incremento impacta negativamente a la inversión, al ingreso y consecuentemente al ahorro, modificando y revirtiendo los efectos multiplicadores de la inversión.

Adicionalmente, una mayor tasa de interés, cuando está por encima del promedio internacional, como se presentó en México a lo largo del desarrollo estabilizador,[18] estimula el ingreso de recursos foráneos a la nación, es decir, se atrae capital financiero internacional. Como efecto inmediato se da, debido a la gran demanda de pesos por encima de dólares, una apreciación del peso.

México alcanzó la estabilidad cambiaria (con un valor del peso de 12.50) gracias al mecanismo de la tasa de interés que al estar arriba del promedio internacional atrajo un flujo importante de capitales que sobrevaluó al peso, además, la inflación a la baja fue posible por la misma dinámica, anclando los precios al valor del peso.

La apreciación del peso llevó, por su parte, a la configuración de un déficit en la balanza comercial, al hacer a las importaciones más atractivas que las exportaciones por abaratar las primeras y encarecer las segundas. Si a esto le agregamos la paulatina profundización de la desaceleración del sector primario, se recrudecen los problemas en la cuenta de comercio con el exterior.

Nuestra nación enfrentó después de 1970 una severa crisis en la balanza comercial y en la balanza de pagos a nivel general, gracias a la apreciación del peso y a la elevada tasa de interés.

Al ser mayor la preferencia por la liquidez que la oferta monetaria se presiona al alza la tasa de interés, ésta, por otro lado, también impacta adversamente al costo financiero de la deuda contraída con el exterior. Así, si aumenta la tasa de interés se incrementaran los intereses de los compromisos contraídos, afectando a la cuenta corriente de la balanza de pagos ya que ésta incrementa su déficit.

Un déficit creciente de la balanza de pagos aumenta la vulnerabilidad financiera interna, perpetúa la dependencia financiera y obstaculiza el crecimiento. Resulta trascendental comentar que no fue la expansión del gasto público lo que ocasionó la aceleración del déficit externo, sino la política de aumento de tasas de interés producto de una política monetaria conservadora.

Por lo tanto, a mayor déficit externo mayor requerimiento de divisas para financiarlo, gestando, así, un círculo vicioso que termina desembocando en una crisis de grandes proporciones.

Ésta dinámica descrita se presentó en nuestra nación a lo largo de la época del desarrollo estabilizador, conduciendo al colapso financiero de 1976.

Si bien es cierto que la dinámica generada en el desarrollo estabilizador (ver esquema 4) creó condiciones para el crecimiento, éstas fueron temporales, y desembocó en la gestación de una gran crisis financiera en 1976 y, ante el círculo vicioso generado, extendida, ante la dependencia de recursos externos para financiar el déficit, hasta 1982 con la moratoria del pago de la deuda externa.

La expansión de la planta productiva estuvo en función de la expansión del gasto público productivo, favoreciendo al sector manufacturero y a la electricidad, (ver esquema 5).

Esquema 5

$\Delta G \rightarrow \Delta Y \rightarrow \Delta S \rightarrow \Delta I$ ... con sus efectos multiplicadores

Donde G = gasto público; Y = ingreso; S = ahorro; I = inversión. En el esquema 5 mostramos las bondades de la expansión del gasto público productivo, éste genera un incremento del ingreso, ahorro e inversión y, ésta última actúa sobre la actividad económica a través de sus efectos multiplicadores.

El proceso de industrialización se inició en nuestra nación a partir de 1940 con la introducción del modelo de sustitución de importaciones y con la decidida participación del Estado como promotor del desarrollo. Como ya apunté en apartados previos, en la etapa precedente al desarrollo estabilizador, se gestó un favorable desempeño de la actividad económica pero con altas tasas de inflación; ya en el desarrollo estabilizador se continuó con el patrón de la sustitución de importaciones (en menor medida por el incremento de las importaciones a consecuencia de la sobrevaluación cambiaria) combinado con la estrategia descrita en el esquema 4 con el objetivo de apoyar fehacientemente el crecimiento ahora con baja inflación.

Para el cumplimiento de tal cometido se colocó en el centro de la lupa al sector manufacturero, desplazando al sector primario el cual había sido durante muchos años el motor del crecimiento.

En la búsqueda de avanzar en el proceso de industrialización el gobierno decidió canalizar el gasto e inversión a las actividades secundarias, sobresaliendo de ellas, como ya señalé, el sector manufacturero y la electricidad.

El desplazamiento del sector primario por las industrias se evidencia al comparar los ritmos de crecimiento de uno y de otro, mientras entre 1950 – 1960 el PIB del sector primario creció al 4.5%, las industrias lo hicieron al 6.5%; en el decenio que va de 1960 a 1970, el sector primario presentó un PIB del 3.7% y el sector industrial del 8.8%, (ver cuadro 14). Mientras el sector industrial experimentó una tendencia de

crecimiento entre 1950 y 1970, el sector primario tuvo un proceso inverso cayendo notoriamente a lo largo del citado período, (ver gráfica 3).

De manera opuesta a lo sucedido con las actividades agropecuarias, las manufacturas tuvieron un crecimiento sin precedente. El PIB del sector manufacturero presentó una gran expansión muy superior a la mostrada por el PIB total, así, en 1959 el PIB manufacturero fue del 18.4%, entre tanto el PIB total en el mismo año fue del 5.3%. En 1967 el sector de las manufacturas continuó con la expansión logrando un PIB del 20.7%, en contraste con el PIB total que en el mismo año fue del 6.3%, (ver cuadro 15).

A lo largo del modelo de desarrollo estabilizador la industria manufacturera gozó de un fuerte crecimiento apoyado en el favorable contexto internacional y en la retroalimentación de dicho sector y las instituciones financieras. En este sentido Arturo Huerta establece que "un contexto internacional de crecimiento, tenía efectos positivos sobre la dinámica interna, ya que permitió aumentar las exportaciones..."[19] Por lo tanto, el ambiente de crecimiento presentado por nuestro principal socio comercial, Estados Unidos, como lo apunté en apartados anteriores, tuvo un impacto favorable para estimular las exportaciones nacionales y el aparato productivo.

Las instituciones financieras, al presentar el país un escenario estable y en crecimiento, canalizaron recursos tanto al gobierno como a la iniciativa privada, beneficiando más al primero por su gran ímpetu para expander el gasto. Los recursos otorgados por el sistema bancario presentaron un crecimiento importante de 1960 a 1970, alcanzando un 13.2% promedio anual.

En este sentido es oportuno señalar que el gasto productivo, independientemente de donde provenga, generará condiciones endógenas favorables para el reembolso y, así,

hacer frente a los compromisos contraídos. Por este motivo se generó un circulo de retroalimentación entre esfera productiva y sistema bancario en el tiempo del desarrollo estabilizador, que facilitó y estimuló el crecimiento económico.

El financiamiento otorgado al sector público creció 19.5% promedio anual, y el respectivo al sector privado lo hizo en 11.8%.[20]

También puede explicarse el proceso de expansión del sector manufacturero a partir del crecimiento en la importación de maquinaria y equipo, es importante comentar que nuestra nación no logró completar el proceso de sustitución de importaciones, ya que sólo lo hizo en su primera fase, es decir, en la producción de bienes de consumo. La segunda fase, dedicada a la producción interna de maquinaria y equipo, no se logró realizar a profundidad y, por tanto, no se concluyó.

Ésta peculiar característica del proceso de industrialización mexicano condujo a incrementar y perpetuar la dependencia tecnológica de la nación, a frustrar un desarrollo industrial integral, a generar presiones crecientes en la balanza comercial apoyado por el tipo de cambio sobrevaluado y a gestar un proceso de industrialización trunco.

Al revisar hacía el interior del sector manufacturero se encuentra que las ramas que alcanzaron un mayor crecimiento fueron la metalmecánica, la química y la petroquímica. La primera de ellas tuvo una tasa de crecimiento promedio anual entre 1960 y 1970 del 15%, la segunda rama logró un promedio de crecimiento anual del 10.9% y la última creció al 9.9%.%, (ver cuadro 16). El gran crecimiento de éstas ramas se debió a que son intensivas en capital, lo cual, ante un proceso de crecimiento acelerado, importación de maquinaria y equipo, disponibilidad de recursos financieros y altas tasas de ganancia, posibilitó una rápida expansión de éstas con relación al resto

de la industria. En este aspecto el Dr. Huerta señala que "crecen más las ramas industriales que, por sus características tecnológicas y el origen de propiedad, comandan la expansión..."[21]

Esto confirma el argumento que señala que los sectores o ramas intensivos en capital experimentan una evolución productiva acelerada que genera ritmos importantes de crecimiento, muy superiores a los que pudieran presentar el resto de las actividades económicas.

Es, por tanto, el componente de capital de cada rama o sector lo que determina el grado y las diferencias de productividad y crecimiento.

El crecimiento desigual que presentaron las diversas ramas de la industria manufacturera y las disparidades íntersectoriales, propiciaron un desarrollo heterogéneo y déficit creciente en la balanza de pagos. Julio López[22] establece que "ante una situación tal se crea una desproporción o desarticulación de la estructura productiva que dificultará su capacidad para garantizar un crecimiento de largo plazo a ritmos elevados y estables."

Esto confirma y fortalece el argumento planteado, el cual señala que un desajuste al interior de un sector o un crecimiento desigual intersectorial ocasiona trastornos caóticos. Dicho accionar se presentó en nuestro país a lo largo del desarrollo estabilizador, profundizando las disparidades y generando otras.

El extraordinario crecimiento mostrado por las tres específicas ramas manufactureras mencionadas anteriormente, expandió la producción de bienes durables más no la producción de bienes de consumo a nivel general. Esto se debió precisamente a la

heterogeneidad gestada en la estructura productiva, al componente tecnológico de cada rama y sector y al destino de la inversión pública, principalmente.

Como consecuencia no se crearon condiciones óptimas para el crecimiento sostenido, se debilitó el proceso de industrialización hasta el punto de truncarlo y se precipitó una crisis de grandes proporciones que estallaría en 1976.

1.6. El Papel del Sector Público

A lo largo del desarrollo estabilizador el sector público ejerció una política fiscal activa, que conforme transcurrieron los años fue en notorio crecimiento.
Ésta conducta se debió al decidido papel mostrado por el Estado para estimular el proyecto de desarrollo industrial. En gran medida, ante la recaudación fiscal insuficiente, el gobierno financió su gasto por medio del endeudamiento, tanto con el exterior como con el sistema bancario interno.

No se recurrió a la expansión de la oferta de dinero, es decir, a la creación y emisión de dinero, ello se explica porque uno de los objetivos centrales era contener la inflación, reducirla a niveles mínimos. El emitir moneda hubiera ocasionado, desde la perspectiva gubernamental, un aumento de la demanda que hubiera generado presiones en precios.

Así, el endeudamiento total pasó de 10.2% del PIB en 1958 al 20.9% en 1967, por su parte el endeudamiento interno pasó del 4.0% en 1958 al 11.9% en 1967, y el endeudamiento externo pasó del 6.2% en 1958 al 9.0% en 1967, (ver cuadro 17).

El financiamiento interno estuvo en manos del sistema bancario, encabezado por el Banco de México (BM). Por el otro lado, el financiamiento externo se realizó a través de la captación de ahorro externo haciendo uso de la tasa de interés, siendo ésta superior al promedio internacional. Los valores de renta fija nacionales oscilaron entre el 8% y 10%, muy por encima de los mostrados por los Estados Unidos los cuales estaban entre 4.7% y 5.4%.[23]

La participación del gasto público fue en aumento con el transcurrir del tiempo, en 1959 la participación del gasto público en el PIB fue del 10.06% mientras que para finales del período en estudio (1969) éste fue del 24.64%, (ver cuadro 18). Por otro lado, el componente del gasto público más activo fue la inversión, ésta tuvo una participación en el PIB en 1959 del 4.64% y para 1969 alcanzó el 6.62%, (ver cuadro 19). Estos indicadores muestran un comportamiento ascendente propio del afán expansionista de la política fiscal de la época, en aras, como señalé previamente, de estimular las actividades económicas.

El destino de la inversión pública se concentró mayoritariamente en el sector industrial, producto de las intenciones de industrializar al país. De está manera, la inversión para el fomento industrial entre 1956 y 1964 fue del 37%, la inversión para el fomento agrícola fue del 11%, para el beneficio social del 22.8% y para comunicaciones y transportes del 26.6%. En ese entonces ya destacaban las aportaciones hechas sobre el sector secundario muy por encima del resto de las actividades económicas, pero destacándose muy en especial el desplazamiento del sector primario el cual pasaba a último lugar.

Para el quinquenio comprendido entre 1965 y 1970 se profundizó la misma pauta. La inversión para el fomento industrial pasó al 40%, al fomento agrícola cayó más hasta

tocar un 10.9%, para el beneficio social pasó al 25% y para las comunicaciones y transportes menos recursos al lograr un 22%, (ver cuadro 20).

Los datos mostrados confirman la prioridad gubernamental por apoyar fundamentalmente a la industria nacional, a pesar de desplazar al sector históricamente tradicional en nuestro país: el agropecuario.

Este accionar por parte de las autoridades explica el rezago generado en otros sectores de la economía, que a la postre llevaría a conformar una estructura productiva desarticulada ínter e íntrasectorialmente.

Los privilegios se hicieron presentes en el destino de los recursos entre los sectores, lo cual actuó en pro del desajuste productivo que redituó en una creciente inequidad social, con claras divergencias en la distribución del ingreso.

Uno de los pilares de la aceleración del crecimiento fue la participación de la inversión pública dentro del gasto público, ya que la primera tuvo una alta participación dentro de los egresos del sector público.

En 1959, el gasto tenía un gran componente de inversión que llegó al 46.14%, sin embargo, la participación de la inversión en el gasto público fue descendiendo paulatinamente a medida que transcurría la etapa del desarrollo estabilizador, hasta caer en 1969 en un 26.88%, (ver cuadro 21).

El hecho de que cayera fuertemente la inversión dentro del gasto del gobierno explica la reversión del proceso de crecimiento, la caída en la tasa de ganancia, la dependencia financiera para solventar el déficit creciente de la balanza de pagos, inestabilidad financiera y la debacle sufrida en 1976 y alargada hasta 1982.

La caída de la inversión dentro del gasto gubernamental se debió a las contradicciones propias creadas por el modelo de desarrollo.

El haber hecho uso de la tasa de interés como instrumento para captar recursos externos y no para motivar las decisiones de inversión y flexibilizar la canalización del crédito, ocasionó un proceso contrario al que se perseguía: el derrumbe de la inversión. Es oportuno resaltar que la inestabilidad de una economía está en función de la inestabilidad de la inversión, así, ante una contracción de la inversión se sobrevendrá también una contracción de la tasa de ganancia, del ingreso y aumentará la desocupación.

En la medida que se fue desplomando la tasa de inversión las condiciones de ganancia y reembolso disminuyeron, conduciendo a una mayor necesidad de recursos foráneos, para poder enfrentar el déficit externo y los compromisos contraídos, ante la caída de los ingresos internos y la progresiva paralización del sistema financiero.

Sin embargo, es importante resaltar que las autoridades de la época veían en la política fiscal expansiva a una fuerza motriz propulsora del crecimiento, la cual actuó en beneficio de éste hasta que se profundizaron y expresaron las contradicciones endógenas que se volvieron incontrolables.

1.7. Agotamiento de la Etapa Proteccionista del Modelo

Para el año de 1969 se percibía en el ambiente nacional una sensación de inestabilidad que empezaba a tomar fuerza. En primer lugar, el crecimiento empezaba a dar señales de desaceleración, el PIB pasó de 8.1% en 1968 a 6.3% para 1969. Por su parte la inflación incrementó, en 1968 fue del 2.4% y en 1969 alcanzó 3.9%. Si a esto

adicionamos las presiones en aumento de la balanza de pagos, se visualiza un entorno complicado que ameritaba serías correcciones con el afán de evitar a toda costa una gran calamidad, sin embargo, por desgracia nacional, éstas no llegaron y el circulo vicioso se prolongó.

Como resultado de la desarticulación productiva ínter e íntrasectorial se creó una gran distribución desigual del ingreso, que a medida que las divergencias se profundizaron tendió a acentuarse.

Para 1970 los pobres se hicieron más pobres y los ricos más ricos. Como se observa en el cuadro 22, con excepción del VI decil, todos los demás estratos de ingreso perdieron posición relativa a favor del 10% de las familias de más altos ingresos, en particular, el 20% de las familias más pobres vieron deteriorada su participación en una proporción mayor que el resto de los estratos con ingresos superiores. Por el otro lado, es el 3% de las familias con ingresos más altos el que con mucho absorbió la mayor proporción del ingreso relativo perdido por el resto de los estratos perceptores de ingreso.

Es importante destacar que la concentración del ingreso y la paralización social se agudizó en las zonas rurales más que en las urbanas, a partir de 1970. Dicho comportamiento fue producto de la drástica caída sufrida por el sector primario el cual se vio desplazado por el sector industrial al recibir éste último la gran mayoría de los recursos públicos, generando las tasas de crecimiento más bajas en comparación con el resto de las actividades productivas. Por lo tanto, los ricos incrementaron su poder económico a costa del recrudecimiento de las condiciones de vida de los más pobres.

Ya en la década de los 70 los efectos de los distintos desajustes de la economía empiezan a repercutir negativamente a la sociedad, repartiendo injustamente los beneficios del crecimiento e impactando, por esto, a la tasa de inversión.

La desaceleración de la expansión industrial se debió al desequilibrio de la balanza de pagos, a la alta tasa de interés que paralizó la canalización del crédito y de la inversión, a la caída de la inversión pública dentro del gasto público, a la sobrevaluación cambiaria, a la desarticulación ínter e íntrasectorial, la contracción de la inversión privada, principalmente.

Ésta última, la inversión privada, después de aumentar a un ritmo de 11.3% a lo largo de 1962 – 1970, cayó hasta la tasa estancada de 0.3% en los años 1971 – 1977. El descenso en la inversión privada se debió al efecto que sobre la actividad económica y la tasa de ganancia tuvo el accionar de la tasa de interés, la cual se mantuvo por encima del promedio internacional, desestimulando el crédito y la inversión, la injusta distribución del ingreso que concentró en pocas manos la riqueza generada por el auge industrial. Así, ésta también ejerció una destacada influencia sobre el comportamiento general de la economía, cooperando a la postre, en la desaceleración industrial y en la crisis de la nación.

Las autoridades de la época se negaron a modificar la dinámica pro cíclica que predominaba y que estaba derrumbando al país, todo ello para alcanzar la meta inflacionaria.

Dentro de las medidas que se pudieron optar para frenar los problemas del sector externo destaca el deslizamiento paulatino y moderado del peso, para ajustarlo con el diferencial de precios de nuestro principal socio comercial y así aumentar nuestra

competitividad, incentivar las exportaciones y solventar los requerimientos de divisas para enfrentar el desajuste externo.

Sin embargo dicha medida no se llevó a cabo por las presiones que sobre el nivel de precios hubieran acarreado, anteponiendo la meta inflacionaria a la estabilidad interna. En este sentido, el artífice del desarrollo estabilizador Don Antonio Ortíz Mena señaló "el marco del sector externo en el periodo del desarrollo estabilizador se puede resumir en dos características principales:

a) La decisión de no devaluar; y,
b) El uso del crédito externo a largo plazo..."[24]

Lo anterior corrobora la idea de no realizar ninguna devaluación, aún a costa del deterioro real sufrido por la balanza de pagos.

Por otro lado, también pudo ejercerse una política monetaria activa racional que permitiera reducir el nivel de la tasa de interés interna con el afán de incentivar la canalización del crédito y las decisiones de inversión. A su vez, hubiera reducido en alguna medida las presiones en la cuenta corriente de la balanza de pagos, ya que el costo financiero de la deuda hubiera sido menor.

Adicionalmente se hubiera contrarrestado el proceso de sobrevaluación cambiaria experimentado a lo largo de dicha etapa, favoreciendo al sector exportador para la expansión productiva y la captación de divisas.

Otra medida adecuada hubiera sido la canalización del gasto e inversión productiva de manera proporcional a los distintos sectores de actividad económica, con el objetivo de

fortalecer los lazos ínter e íntrasectoriales y estructurar un esquema productivo más homogéneo, con una justa distribución de los beneficios del crecimiento.

Faltó la implementación de una política de ingresos que enfrentara la distribución desigual de la riqueza, para canalizar eficientemente recursos de donde se generan y abundan a donde se necesitan y escasean.

En fin, se tuvo la posibilidad al inicio de la década de los 70 de implementar políticas alternativas con el objetivo de revertir el circulo vicioso gestado, y tratar de frenar la crisis que se avecinaba.

La negativa a actuar de manera contracíclica aceleró la pauta de agotamiento del modelo implementado, hasta desembocar en la crisis de 1976 que puso fin a un período de alto crecimiento económico nacional.

CAPÍTULO II

2. La transición del Modelo Mexicano de Desarrollo, 1970 – 1982

2.1. Etapa del Desarrollo Compartido, 1970 – 1976

Es a partir de 1970 cuando se concreta la desaceleración industrial y el proceso de decaimiento de la economía mexicana. De 1970 a 1976 se implementó un modelo de desarrollo denominado "Modelo de Desarrollo Compartido", el cual buscaba combatir la injusta distribución del ingreso e impulsar la dinámica de crecimiento.

En los años 70 la tendencia al desequilibrio externo se agudizó, (ver cuadro 23); la inversión, tanto pública como privada, cayó, la sobrevaluación cambiaria persistió y la esfera productiva no generaba condiciones de reembolso para enfrentar los compromisos contraídos con el exterior.

Los problemas en el sector externo se intensificaron drásticamente. En 1962 el endeudamiento externo representó 283.8 millones de dólares, en 1970 llegó hasta 1281.6 millones de dólares y sucumbió en 1976 con una altísima cifra de 4203.5 millones de dólares, (ver cuadro 24). Por su parte, el servicio de la deuda representó en 1962 306.9 millones de dólares, en 1970 fue de 544.9 millones de dólares, para pasar en 1976 a 2421.4 millones de dólares.

Éste abrupto endeudamiento se debió a la política fiscal expansiva ejercida entre 1959 y 1969 al hacer uso de la capacidad de endeudamiento, para impulsar el crecimiento económico, para solventar el déficit creciente en la balanza de pagos.

Así, se cayó en un circulo vicioso que el propio modelo económico generó. Como se planteó en el esquema 4, la tasa de interés se utilizó para tratar de incentivar el ahorro

y aumentar, consecuentemente, la inversión, sin embargo, el funcionamiento de esa dinámica actuó de manera contraria y acabó por desalentar el ahorro y la inversión.

En tal modelo, como ya ha sido señalado, la tasa de interés desempeña un papel vital para captar ahorro y canalizarlo a la inversión, sin embargo, éste enfoque presenta serías deficiencias que terminan por degenerar el ambiente económico.

La mayor tasa de interés no conduce a un aumento del ahorro ni de la inversión, por el contrario, ésta desestimula tanto a la inversión como al ahorro.

Aquí es oportuno recordar que el ahorro ésta en función del ingreso y no en función de la tasa de interés como lo señala la teoría convencional. Por tanto, el esquema planteado que fue el que prevaleció a lo largo del desarrollo estabilizador presenta una errónea interpretación de la teoría económica que si bien es cierto que generó crecimiento económico, esto se debió más a la política fiscal expansiva que, en si, al funcionamiento conjunto del modelo.

Si lo que se pretendía era incrementar el ahorro, se debió actuar sobre el ingreso y no sobre la tasa de interés. La dinámica generada se ubicó lejos de perpetuar el crecimiento y sentar los cimientos para construir un desarrollo sostenido, así, la combinación de una política fiscal activa y una política monetaria conservadora produjo la siguiente reacción (ver esquema 6):

Esquema 6

$\overline{Om}$ → → ΔEk → Sv → ΔM → desajuste externo

ΔPl → ΔR → ∇ Cr → ∇I → ∇Y → ∇S → ∇I → ∇D → ∇C → ∇Y ...

→ ΔDd → ΔGi → ΔY → se revierte el proceso ...

Donde, Om = oferta monetaria constante; Pl = preferencia por la liquidez; R = tasa de interés; Cr = crédito; I = inversión; Y = ingreso; S = ahorro; D = demanda; C = consumo; Dd = deuda; Gi = gasto en inversión; Ek = entrada de capitales; Sv = sobrevaluación cambiaria; M = importaciones. Una oferta monetaria relativamente constante combinada con una política fiscal expansiva llevan a un incremento de la tasa de interés, y ésta, a su vez, produce, por un lado, un efecto de atracción de capital externo que induce una sobrevaluación cambiaria y una reducción en los precios. Por el otro lado, se reduce el crédito, la inversión, el ingreso, el ahorro, el consumo, la demanda, y se crea un círculo vicioso en el que el ingreso vuelve a caer arrastrado por el derrumbe de la inversión.

Ésta fue la auténtica dinámica gestada a lo largo del desarrollo estabilizador y que desencadenaría y profundizaría el colapso posterior.

No fue, por lo tanto, la expansión del gasto lo que condujo a un aumento de la tasa de interés, sino la política monetaria conservadora. Tampoco fue el gasto público el responsable del crecimiento del déficit de la balanza de pagos si no la tasa de interés alta, la sobrevaluación del peso y el desajuste de la balanza comercial.

El efecto de la alta tasa de interés se presentó a partir de 1965 cuando la inversión pública desplomó su participación dentro del gasto, pasando del 61.64% en 1965 al 25.46% en 1965. Si agregamos que los movimientos cíclicos del crecimiento económico dependen del movimiento cíclico de la inversión, entendemos el decaimiento de la producción industrial.

Por otro lado, la caída de la inversión privada no se debió al desplazamiento sufrido por ésta en manos del sector público (*crowding out*), al contrario, la alta tasa de interés desgastó mucho la canalización del crédito, afectando a la inversión de ambos sectores, público y privado.

La balanza comercial aportó en el crecimiento del déficit externo, esto se derivó del proceso de sobrevaluación del peso. Al estar la tasa de interés por encima de la media internacional, se volvió un mecanismo para captar recursos del exterior, así, la entrada de capitales generó un exceso de demanda de pesos por encima de dólares, conduciendo a una sobrevaluación de la moneda nacional.

Dicha sobrevaluación impactó adversamente a la balanza comercial ya que abarató las importaciones y encareció las exportaciones, esto actuó en contra del proceso de sustitución de importaciones ya que en la segunda fase de producción de bienes de capital, se optó por una importación creciente de estos.

El mayor déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos aumentó el requerimiento de divisas para enfrentar el desequilibrio externo, ante ésta situación, el gobierno necesitaba captar recursos del exterior y la única manera de lograrlo fue vía tasa de interés haciéndola atractiva y cubriendo el riesgo-país

A medida que se incrementaba la tasa de interés para captar los recursos que permitieran solventar los desequilibrios existentes, se profundizaba el circulo vicioso que sobrevaluaba el peso, y aumentaba la dependencia financiera de México.

Como reacción a las condiciones prevalecientes en la economía, el gobierno optó por reducir el gasto público entre 1971 y 1972 con el objetivo de mermar las presiones existentes sobre la balanza de pagos. Sin embargo, a partir de 1972 se tomó la decisión de aumentar los gastos públicos con el afán de aumentar el empleo, el cual había caído a raíz de a contracción del gasto experimentada entre 1971 y 1972, para expandir la producción y mejorar la distribución del ingreso.

La implementación de ésta medida no redituó en un mayor dinamismo productivo ante el desestímulo imperante por la tasa de interés alta, afectando la expansión del crédito tanto para el sector privado como para el público. Adicionalmente, la desaceleración del aparato productivo impidió aumentar los ingresos públicos a través de la recaudación.

Una fase de estancamiento e inflación se gestó a lo largo de éste período (1970 – 1976), ésta última se incrementó gracias a la expansión excesiva del gasto público ya que excedió el nivel de la demanda y de la capacidad instalada, ocasionando presiones en el índice de precios.

A la par del acontecer nacional, nuestro vecino del norte, Estados Unidos, empezó a presentar sería fluctuaciones en su ritmo de crecimiento. Al analizar el comportamiento de su PIB de 1970 a 1980 se pueden observar varias fluctuaciones, entre 1970 y 1973 alcanzó un ritmo importante de crecimiento pasando del 5.5% al 11.7%, sin embargo, este proceso se revirtió ya que para 1974 el producto descendió fuertemente hasta un 8.3%. Un proceso semejante se repitió entre 1975 y 1978,

pasando de 8.9% a un 13% de crecimiento, sin embargo, al cabo de la década el PIB norteamericano descendió hasta un 8.9%, (ver cuadro 25). La inestabilidad mostrada en el crecimiento económico de los Estados Unidos impactó a nuestra nación a través de la demanda externa, ante un descenso del ingreso norteamericano se produce una contracción de la demanda exterior, originando, con ello, una reducción de nuestras exportaciones y una contracción en el aparato productivo interno.

En este sentido Jaime Ros[25]señala que "los efectos de la contracción del mercado mundial son por mucho el principal factor explicativo de la caída de las exportaciones mexicanas en el período 1975 – 1977." Por lo tanto, la desaceleración mundial arrastrada por el desempeño económico de los E.U. fue pieza importante para explicar la contracción del crecimiento económico de México.

Ante tal circunstancia, la captación de divisas del país se redujo lo cual forzó un mayor endeudamiento. El déficit aumentó, en relación con el PIB, de un promedio de 2.02% en el período 1965 – 1970 a otro de 3.36% entre 1971 y 1976.

Para el año de 1976 las condiciones del país habían propiciado una alta tensión ante la falta de recursos para solventar las grandes necesidades internas. El modelo de desarrollo compartido, si bien es cierto que había heredado un número importante de problemas, no logró resolver los desequilibrios que venía arrastrando la economía e incluso se magnificaron otros, como el sobreendeudamiento. No se implementó ningún ajuste paulatino y moderado del tipo de cambio con el afán de ajustar el nivel de precios con el de E.U. y apoyar la competitividad de las empresas internas, por el contrario, se procuró evitar hasta el último minuto la posible devaluación. Sin embargo, los problemas se habían magnificado a tal grado que ésta fue inminente e impostergable.

El tipo de cambio se mantuvo fijo y se incrementaron los controles de las importaciones. Ante el choque petrolero de 1973 se incrementó considerablemente el acceso del país al financiamiento internacional, lo que aumentó las afluencias de capital privado vía prestamos de bancos comerciales. Este proceso llevó a un incremento de las reservas internacionales que presionaron la sobrevaluación del peso, así, la apreciación de la moneda actuó en detrimento del sector exportador, aún con el control de las importaciones.

De ésta manera se intensificaron las presiones sobre la cuenta corriente de la balanza de pagos, vía déficit comercial, y aumentaron las necesidades de endeudamiento. Si a esto agregamos que a partir de la década de los 70 empieza a predominar la corriente monetarista que apoyaba la contracción monetaria y el alza en las tasas de interés, encontramos una razón más del voluminoso déficit del sector externo.

Al tiempo que la economía mundial se debatía entre fluctuaciones, encabezadas por el vecino del norte, se crearon, como resultado, presiones sobre los precios a nivel internacional. Esto más un tipo de cambio fijo, redituó en una mayor sobrevaluación del peso por no ser ajustado éste en relación con los precios del exterior, en especial de Estados Unidos.

La progresiva sobrevaluación del tipo de cambio real y el creciente endeudamiento externo eran indicios claros de que no podría sostenerse la política económica aplicada, ya que ésta no creaba condiciones para una expansión sostenida.

Así, se generó un clima de incertidumbre e inestabilidad que desencadenó una abrupta salida de capitales, dejando sin reservas al país y devaluando la moneda nacional.

El proceso culminó el 1 de septiembre de 1976, cuando el tipo de cambio, que había estado nominalmente fijo desde 1954, se devaluó 59%. Sin tener opción alguna, con las reservas agotadas, con una inflación de 22%, una deuda externa de 29500 millones de dólares, la administración de Echeverría terminó por celebrar un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) con el afán de encarar la crisis y estabilizar a la nación.

La gran cadena de endeudamiento y la apreciación cambiaria finalmente llevaron a la devaluación del 1 de septiembre de 1976, poniendo fin al período de estabilidad cambiaria más amplio en la historia económica de México.

2.2. Etapa de la Abundancia, 1976 – 1982

A partir de 1977 empezó a predominar la corriente ortodoxa encabezada por los monetaristas. Con el objetivo de contrarrestar los grandes desequilibrios del sector externo y del aparato productivo interno, el nuevo gobierno comandado por López Portillo implementó una estrategia macroeconómica contraccionista (tanto fiscal como monetaria) al inició de su período.

En el primer año de la nueva administración, se obtuvo la tasa de crecimiento más baja de las últimas décadas, del orden del 3.4%, y una tasa de crecimiento per cápita del 0.5%, (ver cuadro 26).

La contracción de la actividad económica se realizó a través del gasto público y de la oferta monetaria, los cuales bajaron 4% y 2% respectivamente. La cuenta corriente mejoró en más de 2 millones de dólares, gracias a una drástica reducción de las importaciones y una recuperación moderada de las exportaciones.

El repunte de las exportaciones se debió al efecto que trajo la devaluación de 1976 la cual abarató las exportaciones y encareció las importaciones, al haberse ajustado el nivel del peso con el dólar.

Es oportuno y muy relevante destacar que la estrategia económica llevada a cabo a partir de 1977 operó con auspicios del FMI, ya que nuestro país había firmado una carta de intenciones en 1976 con el fin de conseguir ayuda financiera para encarar la crisis predominante. Es a partir de la mitad de la década de los 70 cuando el FMI empieza a tener una importante injerencia en la conducción de la vida económica y política del país.

Empezó, en 1977, un proceso paulatino de liberalización del comercio, las importaciones, que en el año precedente estaban sujetas en su totalidad a la expedición de permisos, fueron liberadas.

Por otro lado, la nueva política económica se vio respaldada por el auge petrolero mundial que benefició especialmente a nuestro país por contar con grandes yacimientos, era un recurso exportable que ofrecía grandes dividendos al gobierno mexicano.

Durante los dos primeros años del auge petrolero (1978 – 1979) la política macroeconómica se caracterizó por una gran expansión de la demanda agregada producto de los ingresos crecientes vía exportación de petróleo, expansión monetaria y del gasto público. Éste último creció 13.7%, en términos reales, en 1978, y 14.1% en 1979 (y continuó creciendo a tasas elevadas hasta 1981). Todo ello con la ventaja pasajera de que la inflación, que en esos dos años fluctuaba alrededor del 18%, no se aceleraba.

El estimulo de la demanda se vio favorecido por el desempeño del sector primario, el cual daba muestras de crecimiento al cabo de varios años de caída. Entre 1978 y 1981, la tasa de crecimiento anual del sector agropecuario fue del 4.1%, una notoria mejoría con respecto al período 1971 – 1977 en el cual creció un 3.3%, (ver cuadro 27).

Por otro lado, un factor de repunte que incentivó el comportamiento de la demanda y gasto público fue la inversión privada, ésta respondió positivamente ante la expansión de la demanda agregada promovida por el gobierno: creció 5.1% en 1978 y 22.7% en 1979.[26] Éste comportamiento se debió a la rentabilidad que ofrecía un aparato interno que crecía cerca del 8% anual y ante las escasas posibilidades de la devaluación por el fuerte monto de ingreso, captado a través de la exportación de petróleo.

Adicionalmente, con el afán de contener y disminuir la inflación, se aplicó una política salarial contraccionista y un estricto control monetario.

En 1979 se volvió a presentar un auge petrolero asociado con la inestabilidad en Medio Oriente, fue derrocado el Sha de Irán, la incertidumbre consiguiente provocó una elevación temporal del precio mundial del petróleo. Como resultado de ello, el presidente en turno de nuestro país expresó la opinión de que el problema económico del país era "administrar la abundancia".

El efecto inmediato de este nuevo incremento en los precios internacionales del petróleo se reflejó en un aumento de los ingresos públicos, vía exportación de dicho valioso recurso. Así, se aceleró la expansión del gasto público, acrecentando el déficit fiscal. Cabe destacar la postura del gobierno federal ya que éste realizó un análisis superficial del acontecer internacional, no previendo que el comportamiento de los precios del petróleo eran insostenibles, es decir, con el ajuste de estos los ingresos

públicos petroleros habrían de bajar y dejarían al país con escasos recursos para encarar le déficit generado en el lapso de la abundancia.

Así, el gasto en inversión pública pasó del 7.8% en 1977 al 12.1% en 1981, esto desembocó en un impulsó al crecimiento, alcanzando una tasa importante del 8.2% en 1978 y una del 8.8% en 1981. También el crecimiento fue vigoroso por la expansión de la inversión privada, la cual pasó del 11.8% en 1977 al 14.3% en 1981, (ver cuadro 28). Dicho crecimiento en la inversión del sector privado fue posible gracias a la accesibilidad internacional del crédito ante la aparente capacidad de reembolso por el gran flujo interno de ingresos provenientes de la exportación petrolera.

Sin embargo, el entorno de crecimiento llevaba un grado latente de vulnerabilidad ya que se dependía en extremo de los recursos captados por la exportación de crudo, en el momento en que los ingresos bajaran a consecuencia de una reducción en los precios internacionales del petróleo no se podrían encarar los problemas crecientes en la cuenta corriente de la balanza de pagos y el déficit público. Así, se construyó un esquema altamente dependiente y vulnerable a los movimientos del petróleo.

El déficit creciente de las finanzas públicas se originó en la aplicación de una política fiscal excesivamente expansiva y desmedida; por otro lado, el déficit presentado en la cuenta corriente de la balanza de pagos se debió a la sobrevaluación del peso gestada a partir del diferencial de precios entre nuestra nación y el principal socio comercial, es decir, Estados Unidos. Al ser el ajuste cambiario inferior a la elevación de la tasa inflacionaria y ante la entrada de capitales, producto de la volatilidad internacional por los conflictos en Medio Oriente y el movimiento cíclico del crecimiento a escala mundial, el peso se vendía a un nivel incompatible con la productividad y precios que tenían México y Estados Unidos.

Otro factor que contribuyó al crecimiento de la cuenta corriente fueron las tasas de interés, éstas se ubicaron muy por encima de la media internacional, producto, por una parte, de la política monetaria restrictiva, y, por otro lado, de la incertidumbre y vulnerabilidad que incrementaron el riesgo – país a medida que se fueron acrecentando los requerimientos de divisas para solventar los desequilibrios internos y externos.

La tasa de interés se mantuvo al alza entre 1977 y 1982, en 1977 ésta fue del 16.62% para pasar posteriormente a un nivel mucho mayor de 46.43%. En contraste podemos observar que la tasa de interés en Estados Unidos fue, a lo largo del mismo período, baja, en 1977 fue del 6.45% y para 1982 fue del 12.13%, (ver cuadro 29). El gran diferencial entre la tasa ofrecida en nuestro país y el norteamericano actuó como un mecanismo de atracción de capital internacional, motivando, así, una entrada importante de recursos foráneos que terminaron por impulsar la sobrevaluación cambiaria, y por otro lado, propició un crecimiento en el servicio de la deuda externa, ampliando ésta e incrementando la fragilidad financiera de la nación.

Así, el déficit de la cuenta corriente subió de 2700 millones de dólares en 1978 a 16 mil millones de dólares, es decir, se multiplicó por seis. Tal crecimiento explosivo del déficit en la cuenta corriente se enfrentó con endeudamiento externo, en consecuencia, la deuda externa aumentó de 36400 millones de dólares en 1978 a 74400 millones de dólares en 1981.

El crecimiento exponencial de la deuda externa más la profunda dependencia de los ingresos petroleros para poder pagar los intereses de la deuda con el exterior y dosificar las presiones existentes en los diversos desequilibrios, generaron una gran vulnerabilidad debido al comportamiento volátil de los precios internacionales del crudo. Era evidente, en el momento en que los precios del petróleo bajaron para

ubicarse en un nivel real se desató una crisis financiera de grandes proporciones que imposibilitó al país pagar las obligaciones contraídas con el exterior.

No existió una fuente alterna para solventar los rezagos, el déficit en la cuenta corriente y el aumento de la deuda externa.

A pesar de que el sector primario había repuntado su crecimiento no fue lo suficientemente vigoroso para generar las divisas requeridas, en gran parte debido al grado de apreciación de la moneda que abarataba las importaciones y encarecía las exportaciones. Otra posible fuente de financiamiento fue la captación de ahorro externo, sin embargo, las condiciones inherentes del capital financiero internacional lo hacen ser por naturaleza volátil, y ante un escenario adverso con alta fragilidad y gran riesgo – país los flujos de capital tienden a emigrar o, en el mejor de los casos, postergan su ingreso a la nación receptora o demandante. En este caso, cuando se presenta un altísimo riesgo de colapso endógeno la tasa de interés se vuelve neutra, es decir, no ejerce influencia alguna para captar recursos, creando un momento de abstención absoluta en el capital foráneo para invertir ya sea de manera directa o indirectamente.

Y lo que se veía como algo previsible sucedió. A mediados de 1981 se debilitó el mercado petrolero, sin embargo, para desgracia del país, no se intentó instaurar un plan emergente. La inminente caída del precio internacional del petróleo más el fervor y especulación creciente ante el cambio de administración, ubicó a México en un punto que incrementaba las deudas sobre la capacidad de la estructura financiera para dar respuesta a las múltiples necesidades y deficiencias existentes a lo largo y ancho de la República.

Envuelto el país en un alto grado de tensión e incertidumbre se inició la fuga de capitales en cantidades considerables. A principios de 1982, el gobierno se quedó sin reservas y ya no pudo sostener el tipo de cambio; se generó una devaluación nominal de 470%.[27]

Todas las importaciones quedaron nuevamente, y de manera temporal, sujetas a controles, y la tasa de crecimiento de los gastos públicos se redujo de 25% en 1981 a 3.7% en 1982. A su vez, se elevaron las tasas salariales nominales. Luego se anunció un sistema doble de tipos de cambio, y más tarde, el presidente en turno introdujo los controles de cambio y expropió la banca nacional.

Con las reservas agotadas, una inflación de casi el 100%, una caída del PIB real del 0.5%, un déficit público de alrededor del 18% del PIB y una deuda externa de 92400 millones de pesos, concluyó, el período de la abundancia, el sexenio de López Portillo con la firma de un nuevo programa de estabilización con el FMI que cambiaría la pauta del crecimiento basado en preconcepciones ideológicas opuestas a las experimentadas en México desde 1934 hasta la década de los 80.

2.3. El Colapso de la Transición Populista

La gran crisis de 1982 puede explicarse a través de la teoría de H. Minsky sobre la hipótesis de la inestabilidad financiera[28].

El momento caótico llegó cuando se produjo un agotamiento, en nuestra nación, en la elasticidad del sistema financiero, en este sentido H. Minsky sostiene que en el período de auge la tasa de endeudamiento tiende a aumentar.[29] Ello ocurre porque aumenta la propensión al riesgo tanto de los empresarios como de las instituciones financieras.

El aumento de la tasa de endeudamiento conlleva un aumento de la tasa de inversión, lo que "empuja" un incremento de la masa de ganancias a través del efecto multiplicador. Sin embargo, este aumento de la tasa de endeudamiento establece una estructura financiera en las empresas que Minsky llama "frágil". Esto es, aumentan los compromisos de pago sobre los ingresos corrientes recibidos por las empresas, y se reducen sus fondos líquidos disponibles como proporción de dichos compromisos.

Las empresas pasan entonces a depender en mayor medida de la marcha de la economía, y en particular de la posibilidad de acceder en buenos términos a los recursos financieros externos.

En el momento en que se produce el agotamiento del sistema financiero, no se puede hacer frente a la demanda de fondos prestables sino mediante aumentos relativamente significativos de la tasa de interés. Por otra parte, al entrar en tensión la economía en el auge, se producen presiones inflacionarias.

En ésta situación, la tasa de interés tiende a aumentar por dos razones. En primer lugar, porque la demanda de fondos supera en forma creciente a la oferta. En segundo lugar, debido a las intervenciones del Banco Central, quien restringe la liquidez monetaria con el propósito de limitar la inflación.

Esto coloca a los agentes económicos en una situación difícil debido al incremento de la tasa de endeudamiento y al aumento del costo financiero (ligado a la mayor tasa de interés). Ello los lleva ahora a tratar de reducir su tasa de endeudamiento, para lo cual tratan de reducir su inversión. Esto último provoca un proceso recesivo brusco, en que la masa de ganancia cae.

Cuando la tasa de ganancia cae no se puede hacer frente a los compromisos contraídos, por lo cual los agentes económicos (ya sean empresas, gobierno o familias) se declaran en cartera vencida propiciando la insolvencia bancaria y, por tanto, un colapso financiero de grandes proporciones.

El descenso en las utilidades hace que las empresas tengan que recurrir al refinanciamiento o a las ventas de activos para apoyar sus deudas. El refinanciamiento, sin embargo, ofrece mayores dificultades. En primer lugar, su costo ha aumentado con el alza de la tasa de interés y en segundo lugar, el valor de mercado de las empresas – que los banqueros consideran como garantía para otorgar créditos – ha disminuido a consecuencia de la baja en las utilidades y del alza en la tasa de interés; y en tercer lugar, la caída de las utilidades y las primeras suspensiones de pagos, al contraer los ingresos de los bancos obligan a estos a reducir el crédito.

Ante los obstáculos para obtener refinanciamiento, es probable que las empresas prefieran vender parte de sus activos para pagar sus deudas. Esto genera una presión a la baja en las cotizaciones de los valores, a la cual también contribuyen las ventas de títulos que tiene que hacer los bancos para asegurar su liquidez tras las primeras moratorias de sus clientes.

La baja en las cotizaciones de los títulos, por las ventas masivas que se ven forzadas a hacer los bancos y las empresas no financieras, aumenta los problemas de liquidez, pues es posible que ni vendiendo sus activos los agentes económicos puedan cubrir sus deudas con la deflación de los títulos, las suspensiones de pagos son inevitables; esto reduce aún más la inversión, y junto con ella el ingreso, las utilidades, el crédito bancario y la inversión en un proceso que conduce al peor de los escenarios posibles.

En 1982 nuestro país experimentó la dinámica descrita anteriormente, es decir, sobreendeudamiento, fragilidad y dependencia financiera, cartera vencida, insolvencia bancaria, incapacidad de pago, moratoria, desequilibrio externo, abrupta devaluación y crack financiero endógeno.

A lo largo del período 1976 – 1982 nuestro país padecía severos problemas recurrentes que impedían la estabilidad y un crecimiento sostenido con baja inflación y altos niveles de empleo. Si bien es cierto que a la administración en turno le fue heredado un cuantioso número de irregularidades económicas, también es innegable que no se implementaron las medidas propias para encarar la situación interna y los efectos de un contexto externo inestable.

Internamente se cayó en la euforia ocasionada por el incremento del precio internacional del petróleo que motivó la expansión del gasto público de manera desproporcionada con relación a las fuentes de financiamiento para respaldarlo, así se creó una dependencia con los ingresos petroleros que se convertiría a la postre en un detonador de la crisis de 1982. El gobierno debió actuar de una manera moderada y cautelosa, esperando el ajuste previsible del precio del crudo en el mercado internacional, sin embargo, se actuó con miopía y de manera desbordada.

Por otro lado, se debió ajustar el tipo de cambio conforme se suscitaban los movimientos internacionales de precios, pero los deslizamientos cambiarios siempre estuvieron por debajo de lo necesario para mantener un tipo de cambio que apoyara a la planta productiva nacional a través de una mayor competitividad.

Adicionalmente, acorde con el predominio de la corriente monetarista a escala internacional y con los objetivos macroeconómicos internos, se mantuvo una política monetaria conservadora con el afán de reducir la inflación interna y los efectos de

contagio de la inflación internacional creciente. Por un lado, ésta estrategia favoreció el incremento de la tasa de interés obteniendo, por consecuencia, un tipo de cambio sobrevaluado por la entrada de capitales y un mayor déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos. Cabría la posibilidad de entrar en el debate sobre la conveniencia de haber flexibilizado la política monetaria para relajar la tasa de interés, e impulsar el crédito y la inversión y reducir las presiones sobre el déficit de la balanza de pagos, ¿ Qué hubiese sido preferible? ¿ Alta inflación o un magno colapso, como el que se suscitó en 1982? ¿ Qué hubiese preferido el pueblo de México?

Sin lugar a dudas, los fervientes creyentes en la teoría monetarista, encabezados por Milton Friedman, dirán que contraer la inflación, al considerarla el peor de los impuestos para la sociedad. Sin embargo, considero que hubiese arrojado mejores resultados haber adoptado una postura cautelosa ante el desenvolvimiento internacional, tanto de la economía norteamericana como del mercado petrolero, un gasto público racional, una política cambiaria a favor de la planta productiva interna, una política sectorial equilibrada con repartición homogénea de recursos en aras de un fortalecimiento ínter e íntrasectorial garantizando la asignación de recursos y su correcto manejo, entre otras cosas.

Cabe mencionar que a partir de 1978 Estados Unidos empezó a presentar un importante descenso en su PIB, pasando de un 13% en 1978 a un 8.9% en 1980. En este sentido es importante resaltar la gran dependencia económica y política de nuestro país con el vecino del norte, lo cual repercute en el crecimiento interno ya que ante una desaceleración de los Estados Unidos, México ve reducida su demanda externa, sus exportaciones y, junto con ellas, un monto importante de ingreso.

Esto en un escenario con acelerado requerimiento de divisas se magnifica y contribuye a profundizar la dependencia financiera.

También, en dicho período, se recrudecieron los problemas de endeudamiento, el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos presentó un crecimiento exponencial. Increíblemente, la deuda externa del país aumentó en sólo un año, 1981, de 49 mil a 75 mil millones de dólares, ocurriendo la mayor parte del incremento durante los últimos seis meses del año.

Este ámbito es el que desencadenó el colapso final que derrumbó al país profundizando su condición de subdesarrollo, y ampliando la deuda externa a un nivel desde entonces impagable.

El colapso de la economía se suscitó en el momento en que el país se vio encerrado en un circulo vicioso de endeudamiento, a medida que se incrementaba el déficit en la cuenta corriente la balanza de pagos aumentaba, por su parte, el requerimiento de divisas para encarar dicho desequilibrio externo. Ante ello fue necesario elevar la tasa de interés para atraer capital internacional y poder solventar las necesidades crecientes de recursos, sin embargo, el incremento de la tasa de interés actuó en detrimento del saldo de la balanza de pagos.

Como resultado, se incrementó el costo del servicio de la deuda externa y el monto total de ésta.

Por tanto, se gestó una dinámica pro cíclica que profundizó la fragilidad y dependencia financiera.

En este sentido Julio López señala que "un sistema financiero será frágil cuando cambios modestos en los flujos de caja, en las tasas de interés y en los compromisos de pago, afecten de manera importante la capacidad de las empresas privadas para hacer frente a sus compromisos financieros"[30], a esto yo sumaria las familias y al gobierno

ya que ellos también pueden resentir, en algunos casos, los movimientos de la tasa de interés.

Dicha fragilidad llegó a su límite cuando a partir de mediados de 1981 se desintegró el espejismo creado por el auge exportador, dejando a la nación sin los recursos necesarios para encarar el desequilibrio externo y precipitando la fuga de capitales y la gran devaluación de 1982.

La escasa sensibilidad de las autoridades para administrar eficazmente los recursos captados vía petróleo, y para percibir el espejismo creado por el auge pasajero en el mercado internacional de crédito, configuró un ambiente, entre 1978 y 1981, de euforia en las instituciones financieras las cuales canalizaron crédito aún estando inmersas en la dinámica altamente explosiva descrita anteriormente. Dicha percepción se revirtió cuando escasearon los recursos para enfrentar la deuda, propiciando un clima de tensión que finalmente desató el gran colapso.

2.4. Los Problemas en la Balanza de Pagos

Han sido los desequilibrios recurrentes en la balanza de pagos, desde finales del modelo de desarrollo estabilizador hasta nuestros días, los causantes de las dolorosísimas calamidades sufridas en la República. Todas las crisis financieras han estado precedidas por procesos de sobrevaluación cambiaria que han generado crecientes desequilibrios comerciales y de cuenta corriente, con el consiguiente incremento de los requerimientos de ahorro externo para financiarlos.

La crisis de 1982 no fue la excepción. La aceleración interna y externa de los precios no fue aparejada por un deslizamiento del peso acorde con las necesidades para

mantener un tipo de cambio competitivo. Como resultado se mantuvo una sobrevaluación de la moneda nacional que perjudicó a la balanza comercial y a la cuenta corriente de la balanza de pagos. Simplemente en 1977 el saldo de la cuenta corriente arrojó un saldo negativo de – 1.90% del PIB, por su parte, la balanza comercial presentó un déficit de –1.06% del PIB. Para 1982 los desajustes se profundizaron, la cuenta corriente tuvo un déficit equivalente al –3.44% del PIB, mientras que la balanza comercial alcanzó un superávit del 3.61% del PIB, (ver cuadro 30). Estos desequilibrios se originaron de la siguiente manera:

Al encontrarse el peso sobrevaluado se encarecen las exportaciones y se abaratan las importaciones, por lo tanto se empieza a importar en forma cuantiosa. Cuando las importaciones superan a las exportaciones se produce un déficit en la balanza comercial, para poder encararlo el gobierno requiere de recursos provenientes de otras fuentes, éstas bien pueden ser deuda, excedentes de algún sector en expansión, emisión de dinero o capital extranjero. El gobierno mexicano ha optado en múltiples ocasiones por echar mano de éste último ya que desde la perspectiva de algunos hacedores de política económica el capital extranjero no es inflacionario, así, con el afán de atraer dicho capital las autoridades han hecho uso de la tasa de interés, la cual debe cubrir el riesgo – país y estar por encima de la media internacional para que la nación sea un puerto atractivo.

Aquí se crea y fortalece el circulo vicioso, al tener una tasa de interés superior a la internacional se capta capital financiero foráneo el cual puede traducirse en inversión directa o de cartera. En el caso de los países en desarrollo, como el nuestro, tiende a predominar la segunda ya que la inversión directa busca y reclama condiciones óptimas de rentabilidad, aparato productivo dinámico y competitivo, mano de obra calificada, régimen fiscal atractivo, etc. Los países en desarrollo al ser propicios a movimientos cíclicos bruscos y relativamente frecuentes padecen más para ser

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

receptores de inversión extranjera productiva, por el contrario, son el ambiente perfecto para absorber capital especulativo.

Retomando el análisis, al atraer capital internacional se presiona una sobrevaluación mayor del peso al demandarse una cantidad importante de éste. Tal apreciación cambiaria profundiza el déficit en la balanza comercial e impulsa el circulo vicioso de dependencia financiera.

Ya lo decía H. Minsky[31] "el desarrollo de un país está en función de su capacidad de financiamiento", es en este aspecto en el que México no ha logrado resolver la encrucijada que conduce al desarrollo. Mucho tienen que ver en esto las disparidades interregionales y sectoriales que generan un desarrollo desigual, polarizan la riqueza e impiden el paso hacia la modernidad.

Por lo tanto, a mayor requerimiento de divisas mayor tasa de interés. Ésta, por otro lado, desalienta la canalización del crédito al encarecerlo, disminuye la inversión junto con sus efectos multiplicadores, reduce el ingreso, el ahorro, el consumo, la tasa de ganancia, los salarios, el empleo, la producción y nuevamente la inversión... Adicionalmente, la alta tasa de interés repercute negativamente en el saldo de la cuenta corriente ya que se encarece el costo financiero de la deuda con el exterior, más el saldo negativo de la balanza de pagos, se configura, así, un gran déficit en la cuenta corriente que de la mano de la dinámica pro cíclica tiende a perpetuarse.

Cuando la tasa de interés llega al punto de neutralidad, es decir, cuando el capital internacional se abstiene de ingresar al país la vía alterna para financiar los desajustes es el endeudamiento.

Nuestro país al haber estado inmerso en el espejismo del auge petrolero de finales de la década de los 70 logró expander su endeudamiento y con él encaró el déficit de la balanza de pagos, sin embargo, al no detenerse el circulo vicioso la nación se vio obligada a incrementar la deuda para poder hacer frente, en primera instancia, al desequilibrio externo, y posteriormente a los compromisos contraídos con el exterior.

En suma, ante el desvanecimiento del auge petrolero y de la euforia que prevaleció hasta ese entonces, los requerimientos de divisas aumentaron y los ingresos para encarar los desequilibrios cayeron, por el efecto petrolero, generando un clima de tensión creciente, alta incertidumbre y volatilidad, nulas expectativas de rentabilidad. Consecuentemente, se desencadenó una fuga masiva de capitales que devaluó severamente la moneda nacional. Con la salida de capitales del país, las arcas quedaron vacías y no se pudo cumplir con los compromisos contraídos tanto al interior como al exterior, gestando así una grave crisis financiera caracterizada por la incapacidad de pago, carteras vencidas, insolvencia bancaria para cerrar con una declaración de moratoria. En este sentido José Luis Calva[32] establece que "cuando se interrumpen o reducen drásticamente los flujos positivos de divisas, sobreviene el colapso: el déficit corriente no puede ya ser financiado, por lo que se impone un fuerte ajuste cambiario para reducir bruscamente las importaciones y/o aumentar fuertemente las exportaciones", ésta afirmación fortalece el argumento que señala que la dependencia financiera lleva en su seno la semilla de la inestabilidad.

Nuevamente los desequilibrios ínter e íntrasectoriales se volvieron a presentar, lo cual favoreció la configuración de déficits crecientes que ante la escasez de recursos tendieron a desembocar en una severa crisis financiera.

2.5. Elementos que Conducen a la Reestructuración de la Economía Mexicana

En 1982 estalló la devaluación del peso en un clima de incertidumbre e inestabilidad ocasionado por los grandes desajustes del sector externo.

A partir del colapso financiero endógeno sufrido en nuestro país se empieza a estructurar un nuevo modelo de desarrollo a raíz de la firma de un programa de estabilización con el FMI.

Los hacedores de la política económica que arribaron al poder con la nueva administración encabezada por el entonces presidente Miguel de la Madrid, plateaban que la caótica situación económica y social del pueblo mexicano se debía a la aplicación de políticas populistas con clara influencia keynesiana. Así, responsabilizaban al gasto público expansionista de los desequilibrios generados en el sector externo, de la alta inflación y de la abrupta devaluación del peso.

Es oportuno hacer un paréntesis para señalar que si bien es cierto que el gasto público fue muy excesivo, también es innegable que no se puede responsabilizar a éste por los desequilibrios de dicha época. Cuando el gasto público tiene un alto componente de inversión pública y es empleado de manera racional, actúa como palanca del desarrollo, impulsando al ingreso, ahorro, demanda, consumo, tasa de ganancias e inversión... con sus efectos multiplicadores.

La grave crisis de 1982 se originó a raíz de la profundización de desequilibrios que se arrastraban de años anteriores y a la gestación de otros, sin embargo, es indiscutible que el excesivo gasto (no racional) del gobierno colaboró en el crecimiento de las importaciones, aunque el desequilibrio comercial y en cuanta corriente fue

configurando y profundizado por la sobrevaluación del tipo de cambio, la alta tasa de interés, la dependencia financiera, la caída de las exportaciones, la baja productividad del sector primario y el alto endeudamiento producto del déficit creciente en el sector externo, principalmente.

Retomando el planteamiento y análisis inicial de éste apartado, los responsables de la estrategia económica impulsada, y hasta cierto punto presionados, por el FMI decidieron dar un giro radical al modelo político – económico que había prevalecido durante décadas. La justificación se basó en que el modelo, que había fungido hasta 1982, no generaba crecimiento sostenido y que por el contrario era propicio a desbalancear las principales variables económicas.

En los primero tiempos de la crisis del endeudamiento, entre el verano de 1982 y mediados de 1984, se trataba de recurrir a medidas de estabilización a corto plazo con el afán de corregir las cuentas externas. Después de los dos o tres primeros años, un hecho fue evidente: las crisis de pagos exteriores de la mayor parte de las economías endeudadas eran recurrentes, más profundas y prolongadas de lo que se había previsto.

Entonces, el principio de estabilización cedió su lugar al ajuste estructural, guiado por el Banco Mundial (BM) y el FMI. El centro del análisis se desplazó del endeudamiento exterior al de las estructuras económicas internas de las economía endeudadas y su inserción en la economía mundial.

Inspirado en principios ortodoxos neoliberales, se propuso, y orilló, a los países endeudados de la época la aplicación de un programa de cambio estructural y estabilización denominado "El Consenso de Washington", llamado así por John Williamson.[33] Posteriormente se dispuso que todas las naciones que aplicaran

programas de ajuste "sagaces" apegados al "Consenso de Washington", podrían beneficiarse de facilidades concertadas para disminuir su deuda y el servicio de ésta.

El consenso abarca los siguientes elementos: disciplina fiscal, prioridades en los gastos públicos, reforma fiscal, liberalización financiera y comercial, tipo de cambio, inversión extranjera directa, privatización, desregulación y derechos de propiedad.

Así, desde finales de 1982, el gobierno mexicano se alineó firmemente al "Consenso de Washington", aplicando unos de los programas de reforma económica más radicales a lo largo de la historia de nuestro país. El objetivo, a través de éste nuevo modelo, sería financiar los desequilibrios macroeconómicos, estabilizar la moneda y propiciar mejores condiciones de crecimiento.[34]

En suma, los profundos problemas del sector externo así como las concepciones ideológicas predominantes de la época, que veían en la reforma estructural a la única solución viable para retomar el crecimiento, se constituyeron en los elementos vitales que llevaron a la reestructuración de la economía mexicana a partir de la década de los 80.

CAPÍTULO III

3. El Modelo Neoliberal Mexicano de Desarrollo, 1982 – 2002

3.1. Causas de la Liberalización Comercial y Financiera

Dentro del programa de ajuste denominado *El Consenso de Washington* se estipula la necesidad de realizar medidas específicas encaminadas a mejorar el desempeño económico, de éstas destacan la disciplina fiscal, la desregulación, liberalización comercial y financiera, inversión extranjera y privatización; todas ellas han sido implementadas en nuestro país de manera vigorosa y acelerada.

Los problemas de deuda interna y externa, alta inflación, vulnerabilidad financiera y desigualdad creciente a nivel nacional más la concepción ideológica ortodoxa neoliberal, guiaron a que los hacedores de política económica de tal momento dieran un viraje radical de estrategia e impulsaran la liberalización comercial y financiera, al considerarlas medios idóneos para incrementar la competitividad, productividad y estimular la autosuficiencia financiera del país que le permitiera encaminarse hacía el desarrollo.

Por tanto, se procuró una modificación total a la política comercial que se había seguido durante tantos años, es decir, pasando de una estrategia de sustitución de importaciones a una abrupta apertura comercial y financiera que tendió a reducir los aranceles de manera drástica, convirtiendo al país en una de las naciones más abiertas al comercio internacional y a los flujos de capital foráneo.

La carta de intensiones firmada por nuestro país con el FMI a causa de la quiebra generada por el colapso financiero de 1982, presionó a la nación, a cambio de recibir ayuda económica para enfrentar los desequilibrios externos, para realizar los ajustes estructurales considerados vitales para retomar la senda del crecimiento.

Fueron, en suma, la situación adversa que encaraba la nación por el colapso de 1982, el arribo de los políticos neoliberales y la orientación del FMI fueron las acusas principales que impulsaron la liberalización comercial y financiera que a la larga actuaría en detrimento del crecimiento y desarrollo, generando resultados contrarios a los teóricamente planteados.

3.2. Características de la Liberalización Comercial y Financiera

Es a mediados de la década de los 80 cuando se intensificó la política de apertura comercial y la desregulación financiera. En 1986 la tasa arancelaria máxima fue reducida, pasando del 100% en 1985 al 45% en 1986, ésta tasa sufrió una reducción mayor en 1987 alcanzando el 20% la cual se ha mantenido a lo largo de la etapa neoliberal, (ver cuadro 31).

Por otra parte, las importaciones sujetas a permisos previos se redujeron considerablemente, pasando del 100% en 1983 a un 35.1% en 1985, dicho comportamiento se agudizó para alcanzar una tasa del 9.2% en 1991 y una del 3.60% en 1999, (ver cuadro 31).

Tales cifras evidencian la clara pretensión de acelerar la apertura comercial de una manera desmesurada y abrupta, no previendo consecuencias negativas para la planta productiva interna, todo ello por la miopía creada a partir de la adopción de una concepción ideológica basada en la teoría convencional que ve en la liberalización del comercio a la fuente de competitividad y productividad más viable para impulsar las condiciones de crecimiento y desarrollo.

En síntesis, México pasó en menos de una década de ser un país altamente protegido a uno desmedidamente liberalizado en materia comercial y financiera.

Adicionalmente, nuestra nación amplió su apertura por medio de la entrada en el GATT en 1986 y, posteriormente, con la firma del Tratado de Libre Comercio entre E.U.A., Canadá y México (TLCAN). La integración de nuestro país en dichos acuerdos comerciales corroboró la estrategia de comercio exterior y la intensión de confrontar a la planta productiva mexicana con la competencia internacional.

Por lo que respecta a la liberalización financiera, ésta se desarrolló a partir de 1988 e incluyó la apertura parcial del sistema financiero al capital extranjero, la reforma de la legislación bursátil y regulatoria de la inversión extranjera. La liberalización de los mercados financieros se convirtió en un instrumento esencial para la captación del ahorro extranjero requerido para cerrar la brecha en la cuenta corriente de la balanza de pagos.

Entre 1988 y 1989, se realizaron a marchas forzadas los procesos básicos de liberalización bancaria en sus tres vertientes:

1) La desregulación de las tasas de interés
2) La supresión de los cajones de asignación selectiva del crédito, y
3) La eliminación del sistema de encajes legales.

Posteriormente, se realizó la reprivatización de la banca comercial (entre 1991 y 1992) y se emprendió la apertura gradual del sistema bancario a la inversión extranjera, ésta última vinculada a las negociaciones del Tratado de Libre Comercio.[35]

Como resultado de las reformas expuestas, que estuvieron apegadas al *Consenso de Washington* y de manera específica al consenso de la comunidad financiera internacional, se esperaba el cumplimiento de dos objetivos:

1. Incrementar la generación de ahorro interno con el fin de recuperar el crecimiento estable y sostenido que había tenido la economía mexicana a lo largo de varias décadas, y
2. Construir un sistema financiero amplio, diversificado y moderno, capaz de apoyar y promover la productividad y competitividad de la economía nacional, mediante una mayor canalización de recursos y una intermediación más eficiente del ahorro.[36]

Sin embargo, los resultados arrojados de la liberalización tanto del comercio como del sector financiero distan mucho de constituir un panorama rentable que facilite la generación y distribución eficiente de recursos, la planta productiva nacional lejos de incrementar su productividad y competitividad ha visto recrudecer sus condiciones, actuando, a la postre, en perjuicio del mercado interno; ampliando la dependencia financiera y poniendo en riesgo la capacidad endógena para abastecer bienes y servicios.

3.3. Consecuencias de la Liberalización Comercial y Financiera

Los resultados generados en la economía mexicana a partir de las reformas estructurales bajo la óptica neoliberal predominante desde la década de los 80 no son alentadores y muestran la incapacidad del modelo actual para generar lo que en teoría pretende: crecimiento sostenido con baja inflación, altos niveles de empleo y estabilidad monetaria y cambiaria.

El crecimiento promedio anual de la economía de nuestro país ha sido raquítico desde 1980 hasta el presente año, con una tasa promedio anual del 2.30 %, (ver cuadro 32 y gráfica 6). A lo largo de 22 años de experimento neoliberal, el crecimiento nacional ha mostrado un ritmo irregular, pasando por períodos de espontáneo crecimiento, al cabo insostenible, y drásticas caídas.

Las caídas más estrepitosas se sufrieron en 1982, 1994 – 1995 y en el 2001 - 2002[37]. En 1980 el PIB alcanzó un crecimiento del 8.3% para posteriormente caer al –0.5%, esto debido, como ya ha sido previamente señalado, a la crisis de deuda desencadenada; en 1994 el PIB creció 4.4% y posteriormente descendió dramáticamente al –6.1% a causa de los problemas en la balanza de pagos que propiciaron una fuga masiva de capitales y el colapso del sistema financiero interno; en el año 2000 la nación logró generar un alto crecimiento, arrastrado por la expansión norteamericana a lo largo de una década, del 6.9%, sin embargo, a raíz de la desaceleración mundial encabezada por E.U.A. y ante la nula reacción del gobierno mexicano, el PIB descendió en el primer trimestre de 2002 hasta un –2%, (ver gráfica 6).

Uno de los objetivos centrales del modelo neoliberal a lo largo de su implantación ha sido el combate férreo de la inflación, en éste aspecto México ha presentado una tendencia a la baja, pasando del 131.83% en 1987 a un 34.38% en 1996, hasta alcanzar una inflación de un dígito en el año 2001 del 6.84%, (ver cuadro 33 y gráfica 7). En la gráfica podemos observar como el comportamiento de la inflación ha desarrollado una tendencia descendente importante, ello gracias a la implementación de políticas contraccionistas y al uso de tipo de cambio como ancla antiinflación.

La liberalización de la economía no ha logrado aumentar la competitividad que permita la generación de un superávit comercial, por el contrario se han acentuado los

desequilibrios comerciales a través de la sobrevaluación del peso, ésta gestada gracias a la elevada tasa de interés que capta recursos foráneos e incrementa las reservas internacionales, creando, por tanto, un clima de especulación y dependencia financiera que no logra construir un crecimiento sostenido.

Al cabo de la devaluación de 1982 el peso entró en una etapa de subvaluación (ver cuadro 31) que favoreció a la balanza comercial, ya que las importaciones se encarecieron y se hicieron más rentables las exportaciones. Así, entre 1983 y 1987 se desencadenó un proceso temporal de subvaluación cambiaria que apoyó la configuración de un superávit comercial hasta 1988, dicho superávit pasó en 1982 de un 3.61% del PIB a un 11.17% en 1983, para terminar en 1988 con un 0.16% del PIB, (ver cuadro 33-A).

La política cambiaria actuó en la primera parte de la década de los 80 a favor del sector exportador, con el objetivo de captar recursos que permitieran hacer frente a los grandes requerimientos de divisas de la balanza de pagos. Ésta política llevó a la subvaluación del peso, al superávit comercial y, consecuentemente, gracias a la captación de divisas, a la reducción en el déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos. Dicho déficit alcanzaba en 1982 el 3.44% del PIB, pasando a convertirse en superávit a partir de 1983 con un valor del 4.93% del PIB, éste desempeño de la cuenta corriente se sostuvo hasta 1987 cuando logró un 3.08% del PIB, (ver cuadro 33-A).

Ésta dinámica se ubicó dentro del marco de una estrategia, entre 1982 y 1987, que pretendió combatir los desequilibrios existentes en la balanza de pagos. Adicionalmente a la estrategia comercial y cambiaria expuesta previamente, se sumó la aplicación de una política fiscal contraccionista que redujo el gasto e inversión pública, pasando el primero del 11.9% en 1982 al 8.7% en 1988.

Por su parte, la inversión pública descendió del 10.4% del PIB al 4.9% del PIB, (ver cuadro 31). Entre 1982 y 1988 los dos objetivos prioritarios de las autoridades fueron reducir las presiones en la balanza de pagos y controlar la gran inflación desencadenada por la devaluación de la moneda nacional.

Con la restricción de los gastos e inversiones del sector público se procuró desestimular las presiones inflacionarias vía demanda y debilitar paulatinamente el poder del Estado en la conducción de la política económica, relegando su participación como promotor del desarrollo e incentivando, en su lugar, la participación y conducción de la economía por parte del sector privado al considerarlo el motor de crecimiento más viable y eficiente.

Con el afán de reducir la participación del Estado en la conducción de la economía, se empezó la política de privatización de empresas del sector público, así, éstas disminuyeron de 744 en 1982 a 437 en 1987[38], y, por otro lado, también se procuró la reducción de los programas públicos de fomento económico.

Adicionalmente y en respuesta al objetivo de reducir la inflación, se aplicó una política salarial contraccionista para diluir los aumentos de demanda que llevaron a estimular el crecimiento de los precios. Tal medida más la implementación de una política monetaria restrictiva, llevaron a restringir la liquidez y el dinero en circulación, impactando fuerte y negativamente a la tasa de interés, el crédito y la inversión.

La combinación de todas éstas políticas llevaron a generar un nulo crecimiento del 0.18% entre 1983 y 1988 (ver cuadro 34) lo cual generó severas críticas que desembocaron en el apelativo "el sexenio perdido". El crecimiento cero fue producto de un círculo recesivo formado a partir de la puesta en marcha de las políticas

contraccionistas en el ámbito fiscal, monetario, salarial y en la subvaluación del tipo de cambio. Dicho círculo recesivo consistió en la reducción del gasto, la caída en el ingreso, demanda, producción, utilidades, salarios y empleos, dicha dinámica se desarrollo de la siguiente manera (ver esquema 7):

Esquema 7

$$\begin{array}{l} \nabla O \rightarrow \Delta i \rightarrow \nabla Cr \\ \quad | \\ \nabla G \rightarrow \nabla Y \rightarrow \nabla D \rightarrow \nabla C \end{array} \rightarrow \nabla I \rightarrow \nabla S \rightarrow \nabla I \ldots$$

se recrea la condición de crisis

Donde, O = oferta monetaria; G = gasto público; i = tasa de interés; Cr = crédito; Y = ingreso (o producto); D = demanda; C = consumo; S = ahorro; I = inversión. La combinación de una contracción del gasto y de la oferta monetaria indujo una baja en el ingreso, en la demanda y el consumo, un aumento en la tasa de interés, una reducción del crédito y, consecuentemente, de la inversión. Al disminuir la inversión se impactó negativamente el ahorro ya que éste cayó, así, se generó un círculo vicioso que obstaculizó el crecimiento y prolongó la condición de subdesarrollo recreando la condición de crisis, dicho proceso se revirtió hasta la posterior implementación de una estrategia contracíclica.

Evidentemente la estrategia implementada entre 1982 y 1988 estuvo basada en la concepción ideológica convencional, la cual señala que un incremento en el gasto público estimula el consumo de las familias y guía a una caída del ahorro. Una menor tasa de ahorro de las familias presiona un aumento de la tasa de interés y reduce la inversión (*crowding out*) y el crecimiento económico.

Una contracción en los gastos públicos, desde la perspectiva convencional, conduce a un mayor ahorro, inversión y crecimiento. Otra vertiente de análisis por parte de la teoría neoclásica señala que el gasto del gobierno financiado por medio del endeudamiento guía a un incremento de la tasa de interés, al aumentar la demanda de fondos prestables por encima de la oferta, dicho aumento desplaza al sector privado para financiar la inversión lo cual, por tanto, reduce el crecimiento del producto.[39]

Ambas variantes de la teoría neoclásica implican que una mayor inversión, producción, empleo y una menor tasa de interés sólo puede ser obtenida a través de una reducción del déficit público. Ésta concepción ideológica del crecimiento fue implementada en México a partir de los 80 y hasta nuestros días bajo la administración del presidente Vicente Fox.

Sin embargo, resulta falso que un incremento del gasto público desplace al sector privado de financiamiento y, reduzca, por tanto, el crecimiento económico. Al contrario, insertados en un análisis keynesiano y poskeynesiano, el gasto público se encuentra muy lejos de generar *crowding out* y en su lugar estimula la generación de un ingreso adicional disponible en el sector privado, el cual bien puede tener la forma de ahorro o puede ser reinvertido. Con ese monto de ingreso adicional disponible, el cual es proporcional al incremento del déficit público[40], las empresas pueden adquirir bonos del gobierno o bien canalizarlo al sistema bancario, así, el déficit del gobierno resulta en un incremento de las reservas bancarias y del efectivo que posee el público.

En éste sentido Randall Wray[41] señala que "el déficit gubernamental siempre agrega ingreso disponible y riqueza al sector privado", en relación con éste planteamiento podemos afirmar que un aumento del gasto público vía déficit (endeudamiento) se traduce en una mayor demanda y gasto de bienes producidos internamente por el sector privado. Éste tiene efectos expansionistas siempre y cuando exista capacidad

ociosa y sea de carácter productivo, es decir, cuando se traduzca en inversión ya sea en infraestructura, educación, salud pública, investigación y desarrollo o todos aquellos gastos que conduzcan a un incremento de la productividad.

No se da ninguna presión alcista en la tasa de interés al aumentarse el gasto público si se ejecuta una adecuada política monetaria de carácter expansionista, en éste sentido es conveniente recordar las palabras de M. Kalecki[42] "si el banco central expande la base de efectivo, no aparecerá ninguna tendencia al aumento de la tasa de interés", es decir, si al momento de aumentar el déficit se implementa una política monetaria expansiva no se pueden generar movimientos ascendentes de la tasa de interés.

El gasto público, por tanto, no genera un incremento de la tasa de interés, si ésta aumenta es por la aplicación de una política monetaria restrictiva.

Así, tal concepción ideológica predominó en los hacedores de política económica desde los 80, y aun hasta nuestros días. Fue la ejecución de la visión convencional, basada en la teoría neoclásica, la que en el período 1982 – 1987 propició un crecimiento del 0.18%.

La segunda oleada del modelo neoliberal llegó a partir de 1988. En ésta uno de los objetivos centrales fue la estabilidad de precios y la disciplina fiscal, dejando un tanto de lado la búsqueda del equilibrio externo.

Con el afán de lograr tales fines fueron utilizados como instrumentos principales:

1) La aceleración de la apertura comercial
2) La utilización del tipo de cambio como ancla de los precios, y
3) La disciplina fiscal para reducir el déficit público

En primer lugar, como señale previamente, la tasa arancelaria fue reducida del 45% al 20% y las importaciones con permisos previos pasaron del 26.8% al 9.2% en 1991, (ver cuadro 31). Así fue como se procuró la liberalización acelerada del comercio, sin embargo, la abrupta e indiscriminada apertura comercial combinada con la utilización del tipo de cambio como ancla de los precios, ocasionó un enorme déficit comercial del 7.04% del PIB en 1994, y un gran déficit de cuenta corriente del 5.76% del PIB en el mismo año.

Entre 1989 y 1994 el PIB creció a un ritmo promedio anual del 3.9%, si bien es cierto que fue superior al crecimiento presentado en el sexenio precedente, también es innegable que éste fue insuficiente para resolver los grandes rezagos nacionales y aumentar el nivel de vida de la población.

A través de la implementación de políticas contraccionistas (fiscal y monetaria) se intentó combatir la inflación. Por un lado, la restricción de la política monetaria ocasionó un alza de la tasa de interés, éste mecanismo, a su vez, sirvió para incentivar la entrada de capitales. Ante un flujo masivo de capitales las reservas internacionales aumentaron y el tipo de cambio, al no ser ajustado debidamente con el diferencial de precios entre México y Estados Unidos, tendió a sobrevaluarse.

Al tener un tipo de cambio sobrevaluado más la contracción de la demanda, vía reducción del gasto, se logró abatir la inflación existente. Sin embargo, la sobrevaluación del peso precipitó el surgimiento de otros problemas que habrían de generar un círculo vicioso.

La balanza comercial recibió el primer impacto del irreal e insostenible valor del peso, ésta paso de un superávit en 1988 a un déficit creciente desde 1989 y hasta 1994. En 1989 el déficit comercial representó el 1.18% del PIB hasta alcanzar la cuantiosa cifra

del 5.69% del PIB en 1992 y sucumbir en 1994 con la tasa más elevada de todo el período: 5.76% del PIB.

Dichas cifras evidencian el acelerado crecimiento del desajuste comercial, esto se debió principalmente a que el tipo de cambio sobrevaluado abarató las importaciones y encareció las exportaciones, haciendo más viables las primeras que las segundas. Ante ello se configuró un fuerte diferencial entre ambas, propinando la gestación del déficit en la cuenta de comercio con el exterior.

También fue afectada enormemente la cuenta corriente de la balanza de pagos, ésta pasó de un superávit en 1987 a un déficit creciente a partir de 1988. En dicho año el desajuste en la cuenta corriente equivalió al 1.39% para posteriormente crecer aceleradamente y alcanzar un 7.04% del PIB en 1994, (ver cuadro 35).

Éste fenómeno económico se suscito gracias a la implementación del tipo de cambio como ancla inflacionaria, es decir, el incremento de la tasa de interés, generado a partir de la contracción monetaria, estimuló la captación de recursos foráneos y la sobrevaluación cambiaria.

Dicho aumento en la tasa de interés apoyó el crecimiento del déficit de la cuenta corriente al incrementar el costo del servicio de la deuda, y si a esto agregamos el desajuste comercial obtenemos la respuesta para explicar el por qué del surgimiento y expansión del déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos.

Para poder enfrentar los desequilibrios de la cuenta corriente de la balanza de pagos se incurrió a la captación de capital externo vía aumento de la tasa de interés tanto para hacer atractivo el ingreso a la nación como para cubrir el riesgo – país. Así, ante los crecientes requerimientos de capital para financiar el desequilibrio externo se vio en la

tasa de interés al mecanismo adecuado para acelerar la captación de capital financiero internacional, ante ello se indujo la sobrevaluación cambiaria al mandar la demanda por pesos al alza.

Tal sobrevaluación profundizó los desajustes existentes tanto en la balanza comercial como en la cuenta corriente de la balanza de pagos, en suma, se creó un círculo vicioso que, con el transcurrir del período, llevó a una dependencia financiera extrema, a un gran riesgo - país y a una vulnerabilidad e incertidumbre crecientes.

Las tasas de interés actuaron en detrimento de la balanza de pagos, de la canalización del crédito, la inversión y del sistema financiero en su conjunto. Éstas pasaron del 11.23% anual en 1991 al 23.52% en 1994. En este sentido José Luis Calva[43] señala que "la liberalización de las tasas de interés, en vez de producir un descenso en los márgenes de intermediación financiera, provocó el alza desmesurada de los márgenes y las tasas reales de interés hasta niveles impensables", esto fortalece el argumento planeado que indica que la gran tasa de interés actuó como un mecanismo generador de un colapso financiero endógeno.

Con el transcurrir del período en análisis los estragos en el sector externo se incrementaron. El déficit comercial ascendió a 24267 millones de dólares y el desajuste de cuenta corriente a 29662 millones de dólares en el mismo año, lo que provocó un dramático crecimiento de los pasivos externos que saltaron a 270196.9 millones de dólares, con un alto componente de capital volátil incluyendo los tesobonos, desembocando, por tanto, en el colapso financiero más grave de la historia de nuestra nación.

Con el afán de analizar y explicar el colapso financiero de 1994 recurrimos a la teoría de H. Minsky llamada "Hipótesis de la Inestabilidad Financiera"[44]

Las empresas financieras, según Minsky, pueden ser de tres tipos:

1) Empresas financieramente cubiertas (*Hedge*), que son aquellas cuyos ingresos siempre exceden a sus obligaciones, de modo que no requieren financiamiento adicional;
2) Empresas especulativas (denominadas por él como *speculative*), aquellas cuyas obligaciones en una etapa inicial exceden a los ingresos y precisan financiamiento adicional para cubrir sus amortizaciones de deuda, pero pasada ésta fase generan ingresos suficientes para cubrir todas sus obligaciones;
3) Empresas *Ponzi*, son aquellas que no sólo necesitan refinanciamiento para cubrir las amortizaciones de sus deudas en una fase inicial, sino incluso para pagar los intereses, aunque a largo plazo sus ingresos exceden a sus obligaciones.

Cada una de éstas empresas reciente en diferente grado la inestabilidad del mercado de crédito. Cuando las tasas de interés suben, las empresas financieramente cubiertas son las menos afectadas, pues sus obligaciones no aumentan ya que no requieren de créditos adicionales para operar. Sin embargo, su valor de mercado disminuye en virtud de que sus utilidades futuras se capitalizan a una tasa de interés mayor.

Por su parte, para las empresas especulativas un alza en los tipos de interés es más dañino, pues no sólo disminuye su valor de mercado por el alza en la tasa a la que se descuentan sus utilidades futuras, sino que ésta misma corriente de ingresos esperados disminuye al elevarse el costo del financiamiento adicional que requieren para continuar operando.

Las empresas *ponzi*, se ven en situación similar, agrabadas por el hecho de que necesitan créditos adicionales no sólo para pagar amortizaciones sino también para cubrir los intereses de las deudas contraídas con anterioridad.

Una economía donde predominan las empresas especulativas y *ponzi* tiene un sistema financiero frágil.

La hipótesis de la inestabilidad financiera establece que diversos factores influyen para que una empresa pase de ser financieramente cubierta a *ponzi*, en este sentido H. Minsky[45] escribió "al cabo de un período de expansión las economías tienden a moverse de una estructura financieramente dominada por empresas financieramente cubiertas a una estructura en la cual hay un fuerte peso de las empresas especulativas y *ponzi*."

Cuando la tasa de interés es menor a la tasa de ganancia esperada de las empresas se genera en éstas el incentivo para endeudarse, pero cuando la tasa de interés sube y el flujo de ingreso esperado cae se empuja a ciertas empresas a la posición *ponzi*, haciéndolas, por tal motivo, altamente vulnerables. Minsky estableció que éste suceso, es decir, el paso de un estado financiero estable a uno *ponzi*, es una precondición necesaria para un sistema financiero inestable.

En relación a esto Dr. Papadimitriou y Dr. Wray[46] establecen que "la tasa de interés puede subir endógenamente cuando aumenta el riesgo de los prestamistas, o exógenamente cuando el Banco Central empieza a combatir la inflación y por tanto instaura una política fiscal restrictiva", cuando se da el alza de la tasa de interés por cualquiera de estos dos motivos el estímulo a la inversión productiva desaparece; la demanda agregada se contrae, y esto produce una caída de las ganancias que impide a las empresas cumplir con sus obligaciones.

A la par de la tasa de interés se incrementa el servicio de la deuda lo cual puede causar que el gasto decline, ante la gran necesidad de canalizar recursos para cubrir la deuda, y junto con él, el ingreso, el ahorro y la inversión.

El descenso de los ingresos (o tasa de ganancia) hace que las empresas tengan que recurrir al refinanciamiento o a la venta de activos para pagar sus deudas. Así, ante la caída de las utilidades los prestamistas dejan de canalizar recursos a las empresas *ponzi*, por lo que los agentes económicos tratan de mejorar su posición a través de la vente de activos, al realizarse esto en cascada se genera un derrumbe de los precios y un proceso de deflación de deuda. Con la deflación de los activos, la suspensión de pagos es inevitable, lo cual afecta a un más la inversión, el ingreso, ahorro, tasa de ganancia, recreando un circulo vicioso que conduce a la crisis.

En el caso de la economía mexicana se gestó un proceso que colapsó al sistema financiero nacional, producto del circulo vicioso creado a partir de los enormes requerimientos de recursos para poder encarar el déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos.

Con la política monetaria contraccionista se impulsó al alza la tasa de interés lo que con el transcurrir del tiempo aceleró la formación de una estructura financiera dominada por empresas *ponzi*, lo que desembocó en una gran inestabilidad financiera.

El modelo económico incrementó su dependencia financiera con el exterior lo que aumentó la vulnerabilidad y las posibilidades de un shock interno. En el momento en el que se produjo la neutralidad de la tasa de interés, es decir, cuando el capital internacional se abstuvo de entrar al país, independientemente del alto valor de las tasas de interés, debido a la extrema volatilidad e incertidumbre surgida por el tremendo desajuste externo, se desató una profunda calamidad endógena.

En 1995 el entonces secretario de Hacienda anunció, en un garrafal error, un deslizamiento del peso, ante ello se desencadenó una gran efervescencia que se tradujo en una abrupta e intempestiva fuga de capitales.

Como resultado inmediato se sobrevino una devaluación del peso que incrementó a un más la deuda y el costo financiero de la misma, la inversión y gasto públicos se contrajeron de 1994 a 1995 del 3.47% del PIB al 2.88% del PIB y del 4.75% del PIB al 4.61% del PIB, respectivamente.

El tipo de cambio había alcanzado una sobrevaluación del 36.71% para pasar en 1995 a una subvaluación, gracias a la devaluación, del 5.15%.

Dicha devaluación eliminó el déficit comercial y dio paso al surgimiento de un superávit temporal del 0.75% del PIB, por su parte la cuenta corriente también resintió el efecto de la devaluación pasando de un déficit del 7.04% del PIB en 1994 a uno del 0.55% del PIB. Esto pudo ser posible gracias al encarecimiento de las importaciones y el abaratamiento de las exportaciones, motivando el crecimiento de las segundas, (ver cuadros 31 y 35).

La reducción del gasto e inversión pública en 1995, con el afán de enfrentar los estragos externos, desembocó en la profundización de la parálisis interna. El colapso financiero interno se desarrolló de la siguiente manera (ver esquema 8):

Esquema 8

$\nabla O \rightarrow \Delta i \rightarrow \nabla Cr$

$\nabla G \rightarrow \nabla Y \rightarrow \nabla D \rightarrow \nabla C \rightarrow \nabla S$

$\nabla I \rightarrow \nabla Y \rightarrow \nabla W \rightarrow \Delta Ds \rightarrow \nabla Va \rightarrow \nabla Lq \rightarrow Cv \rightarrow Ip \rightarrow Ib \rightarrow \Delta i \rightarrow \nabla I$

Donde, O = oferta monetaria; G = gasto público; i = tasa de interés; Y = ingreso; Cr = crédito; D = demanda; C = consumo; S = ahorro; I = inversión; W = salarios; Ds =

desempleo; Va = valor de los activos; Lq = liquidez; Cv = cartera vencida; Ip = incapacidad de pago; Ib = insolvencia bancaria.

La contracción de la oferta monetaria y del gasto público ocasionaron, por un lado, una caída en el ingreso, demanda y consumo. La reducción del consumo afectó directa y negativamente a las empresas, las cuales no pudieron realizar su producción, se incrementaron los inventarios, las ganancias bajaron impulsando, así, el recorte salarial o el despido masivo de trabajadores. Tal caída en las ganancias imposibilitó a las empresas hacer frente a sus obligaciones, generando una situación de cartera vencida y recreando la insolvencia bancaria. La menor liquidez producto de la reducción en los ingresos esperados de las empresas, desvalorizó los activos, el precio de las acciones cayó y se incrementó la insolvencia e inestabilidad bancaria.

En este sentido Jan Kregel[47] plantea que "una caída en el valor de los activos de capital... guiará a una disminución de confianza en las obligaciones de los bancos... a un colapso en su valor representado por un pánico bancario y a un colapso en el sistema." Las condiciones antes descritas contraen la disponibilidad crediticia elevando la tasa de interés y reduciendo la inversión, creando así, un circulo vicioso que configura el peor de los escenarios posibles.

México entre 1994 y 1995 experimentó la dinámica planteada que generó la peor crisis financiera de nuestra historia y que a la postre tuvo que ser absorbida por el gobierno.

Por otro lado, el gobierno a lo largo de ésta etapa (1988 – 1994) se planteó el objetivo de reducir el déficit público con el afán de configurar un superávit fiscal, ello en coordinación con la política monetaria restrictiva para disminuir la inflación y la participación del Estado en la economía.

Para el logro de esto se decidió reducir la inversión pública, acelerar el proceso de privatización de las empresas públicas las cuales disminuyeron de 437 en 1987 a 99 en 1993.

En suma, los resultados arrojados fueron devastadores, se avanzó en la estabilidad de precios a costa de la paralización del aparato productivo y del incremento del desempleo; se logró un superávit en las finanzas públicas del 0.98% del PIB[48] y el colapso financiero endógeno de 1995.

A partir de 1995 se puede decir que se suscitó el tercer oleaje del modelo neoliberal en el cual, en primera instancia, se procuró una estrategia de ajuste del sector externo a través de la contracción del gasto e inversión del gobierno, nuevas privatizaciones, contención salarial y una política monetaria y crediticia contraccionista.

Sin embargo, los resultados fueron devastadores, el PIB en 1995 fue del –6.1%, el desempleo aumentó un 75%, el poder adquisitivo de los salarios descendió un 16.3% y detonó a lo largo de dicho año la quiebra del sistema bancario.

Después de 1995 la estrategia neoliberal sufrió algunas modificaciones. Se continuó con las políticas contraccionistas, tanto fiscal como monetaria, la contención salarial y se regresó a la política cambiaria como ancla antiinflación. Los objetivos prioritarios fueron abatir la inflación y reducir el déficit público al nivel más bajo posible.

A lo largo del período 1996 – 2000 el país logró crecer a una tasa promedio anual del 5.48%, sin embargo, éste crecimiento se vio fuertemente influenciado por la expansión de la economía norteamericana más que por bases internas sólidas y sostenibles. A su vez, los Estados Unidos presentaron un proceso de expansión, creciendo a una tasa promedio anual entre 1996 – 2000 del 5.94%, (ver cuadro 36). El efecto del gran y

favorable crecimiento de nuestro vecino del norte impactó positivamente el desempeño de los sectores y ramas de la economía mexicana altamente vinculados con el exterior, y en particular con E.U.A.

Así, el sector exportador se benefició del incremento en la demanda externa impulsando la expansión productiva interna. Como resultado nuestra nación creció a tasas semejantes, (ver cuadro 37 y gráfica 8).

De igual forma, la inflación descendió de manera importante, pasando de un 34.38% en 1996 a un 9.99% en el 2000. Desafortunadamente esto fue posible por la ejecución de políticas restrictivas (fiscal, monetaria y salarial), así, a través de la contracción del gasto y del dinero en circulación se intentó con éxito frenar el incremento de la demanda y no producir presiones inflacionarias. Con el mismo objetivo se actuó sobre los salarios obstaculizando su aumento por encima de la inflación.

Por el lado fiscal entonces tenemos una contracción del gasto que desembocó en una reducción del ingreso, demanda y consumo.

Ante la merma del consumo las empresas no lograron realizar la producción incrementando, a consecuencia, los inventarios y reduciendo su ingreso esperado, es decir, su tasa de ganancia. Como resultado de esto, la producción bajó y junto con ella los salarios, en el mejor de los casos, o disparando el desempleo.

Por el lado monetario, la restricción llevó a la tasa de interés al alza atrayendo capital, sobrevaluando la moneda e impidiendo el aumento de precios.

La reducción de la inflación no se debió a un aparato productivo competitivo, es decir, a bases sólidas, sino a políticas conservadoras que no generaron crecimiento sostenido.

El modelo económico incurrió en la misma dinámica del período precedente, es decir, se recreó una sobrevaluación cambiaria que ocasionó déficit comercial y déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos, haciendo vulnerable al país y articulando las condiciones para un colapso financiero.

Consecuentemente, el acelerado crecimiento que se presentó entre 1996 y 2000 fue producto de la expansión externa y no de una estrategia interna que fomentara el fortalecimiento de la dinámica productiva. Se creó nuevamente un circulo vicioso por la sobrevaluación cambiaria y la dependencia financiera, obstaculizando la conformación de un escenario prospero.

La peculiaridad de éste modelo se concentró en el año 2000, al final de la administración de Ernesto Zedillo y en preámbulo del relevo en la presidencia de la República, cuando el gobierno saliente decide adquirir un crédito con el afán de sortear una crisis de fin de sexenio. Así, se pensaba que ante una fuga de capitales se podría hacer frente a los requerimientos financieros por medio de dicho crédito, el llamado blindaje económico.

En suma, la etapa que va de 1996 al 2000 confirmó la estrategia predominante desde la década de los 80, acentuó los rezagos e incurrió en los mismo errores de política económica de la etapa precedente. No se modificó el modelo y se recurrió a las mismas recetas contraccionistas que maquillaron la realidad y no atacaron los problemas de raíz.

Así, México veía una vez más frustradas sus esperanzas de caminar hacía la modernidad.

3.4. Políticas Neoliberales Pro – cíclicas de Estancamiento

Las políticas de ajuste, cambio estructural y estabilización pregonadas por el *Consenso de Washington* y aplicadas en nuestro país a partir de la década de los 80, no han logrado conciliar los grandes objetivos macroeconómicos: estabilidad de precios, finanzas públicas sanas, equilibrio externo, altos niveles de empleo y crecimiento económico.

Al contrario, éstas han provocado efectos tremendamente negativos sobre las cadenas productivas, la distribución del ingreso y el bienestar social.

El conjunto de políticas pro – cíclicas a lo largo del modelo neoliberal han sido: política fiscal, monetaria, crediticia y salarial contraccionistas, y una política cambiaria como ancla antiinflación. La combinación de éstas ha acentuado el debilitamiento de la competitividad de la planta productiva mexicana, ha actuado en detrimento del ahorro interno y de la inversión fija bruta, ha propiciado la apreciación real del peso desencadenando procesos recesivos bruscos a través de la gestación del déficit comercial y en la cuenta corriente de la balanza de pagos.

En suma, no han logrado construir un sistema financiero sólido ni un proceso de crecimiento y desarrollo real que conduzca al pueblo de México a estadios superiores de vida.

La ejecución de tales políticas no ha sabido resolver los problemas que se acarrean de años atrás y ha generado otros, es decir, no ha revertido el proceso recesivo que ha predominado en las últimas décadas, al contrario, éstas políticas han recrudecido los desajustes y no han atacado de raíz los obstáculos del progreso.

Al no corregir el ciclo las políticas contraccionistas características del modelo neoliberal se han alargado y profundizado los desequilibrios existentes inter e intrasectoriales e interregionales, dando como resultado un escenario con creciente desigualdad social. En este sentido Dr. Sawyer y Dr. Arestis[49] establecen que "el mecanismo de mercado refuerza las disparidades regionales más que eliminarlas." Por lo anterior podemos decir que hay fuerzas económicas, políticas y sociales, en el ambiente neoliberal, que generan disparidades y desigualdad entre individuos, sectores, regiones o países.

Por otro lado, la hipótesis neoliberal, según la cual a mayor apertura comercial correspondería un mayor crecimiento económico, un mayor coeficiente de inversión física, una mayor generación de empleos bien remunerados y mejores niveles de bienestar social, ha sido rotundamente desmentida en la practica, las evidencias empíricas así lo confirman.

La política fiscal contraccionista ha mermado el gasto en inversión pública, en su afán por abatir la inflación y desplazar al Estado de la conducción de la economía, afectando severamente la expansión del ingreso y la generación de ahorro interno.
Bajo la experiencia neoliberal, el ahorro interno cayó al 20.4% del PIB en 1999, inferior al alcanzado en 1980 (21.8% del PIB); mientras tanto, la Inversión Fija Bruta (IFB) apenas alcanzó el 19.5% del PIB en 1997 y el 21% del PIB en 1999, también por debajo de los coeficientes obtenidos bajo el modelo de sustitución de importaciones (24.8% del PIB en 1980 y 26.4% del PIB en 1981).

Sumado a ello, el crecimiento se desplomó: durante el período 1935 – 1982 el PIB creció a una tasa media anual del 6.1%; en el período 1980 – 2002, el PIB apenas alcanzó una tasa media anual de crecimiento del 2.3%.

Ambos casos, tanto la caída del ahorro y consecuentemente de la inversión como el menor crecimiento promedio anual, han sido producto de la miopía con la que se maneja la estrategia económica y de la mala interpretación de la teoría económica.

El recorte del gasto e inversión no guía a un incremento en la tasa de ganancia a largo plazo, la reducción indiscriminada de estos sólo exacerba la pobreza e inequidad tanto en el corto como en el largo plazo.[50]

Al estar en una etapa recesiva se magnifica el efecto negativo de la disciplina fiscal, tal estrategia hace inmanejable el corto plazo y no remedia en el largo plazo las causas estructurales de la recesión.

Con relación a la política monetaria contraccionista, ésta afecta al sistema financiero haciéndolo más vulnerable, incrementa la tasa de interés lo cual paraliza el crédito, desalienta la inversión y contrae el ingreso y la tasa de ganancia de los individuos y empresas. Actúa en detrimento de la competitividad nacional sobrevaluando el peso, gestando desequilibrios externos y una alta y peligrosa dependencia financiera.

La sobrevaluación real del peso ha estado precedida por:

1. Entradas cuantiosas de divisas al mercado de dinero (alentadas por las altas tasas de interés inducidas por el Banco de México para sostener al tipo de cambio como ancla de los precios).
2. Ingreso de divisas vía endeudamiento externo privado, bancario o del sector público no bancario.
3. Entrada masiva de inversión extranjera al mercado de capitales.
4. Entrada de inversión extranjera directa.
5. Flujos de divisas procedentes del boom petrolero.

Ha sido la sobreoferta de divisas, inducida en la gran mayoría de los casos por el Banco de Central (Banco de México) vía tasa de interés, lo que ha desencadenado procesos de sobrevaluación de la moneda nacional que si bien es cierto contienen a la inflación también es innegable que profundizan la dependencia y fragilidad financiera.

Para que México reencuentre la senda del crecimiento económico sostenido debe abandonar la ortodoxia neoliberal, e instrumentar una estrategia de desarrollo sistémico.

Los retos de una estrategia coherente para el desarrollo son:

1. Elevar de manera sostenida el ahorro interno para crear un circulo virtuoso de inversión – crecimiento.
2. Reducir la dependencia financiera.
3. Enfrentar eficientemente los choques externos que están fuera del alcance de la política interior.
4. Redistribuir eficientemente el ingreso.
5. Globalizar el progreso y desarrollo a lo largo de la República para aniquilar las desigualdades interregionales.
6. Construir una sociedad democrática, y no de mercado, a través de la edificación de una red sistémica de desarrollo.
7. Elevar los niveles de educación; entre otras cosas.
8. Fomentar un mayor grado de competitividad.
9. Alentar el despegue y crecimiento del sector primario.
10. Impulsar la tradición industrial.
11. Fomentar la cooperación para el desarrollo.
12. Estimular los niveles de ingreso per cápita.
13. Elevar el nivel de vida de los mexicanos.

En suma, si lo que se quiere en realidad es generar crecimiento económico sostenible con baja inflación y altos niveles de empleo, se deben abandonar las políticas contraccionistas que redundan en la prolongación del ciclo recesivo, profundizando el estancamiento y la condición de subdesarrollo.

3.5. Situación Económica al Inicio del Siglo XXI

Haciendo un balance de las acciones emprendidas por el presidente Vicente Fox se puede encontrar múltiples errores, pero el más grave y lacerante de ellos es el relacionado con la estrategia económica que intenta instrumentar en su sexenio.
La política económica ejercida hasta ahora por el nuevo gobierno, profundiza la vulnerabilidad nacional al privilegiar al capital financiero y abandonar al aparato productivo, delegando al mercado la conducción de la economía y olvidando las funciones esenciales del Estado.

Errar en la estrategia de desarrollo ancla al pueblo mexicano a una condición de estancamiento y marginación. Deslindar al Estado de la estrategia es atentar contra el presente y el futuro, ya que ha sido su participación la que, a lo largo de la historia, impulsó y generó el crecimiento económico. Aún en la globalización, los países más poderosos del mundo (Estados Unidos, Japón y Alemania, etc.) cuentan con una alta intervención del Estado en la economía.

El modelo económico del actual presidente tiene tres objetivos fundamentales[51]:

1. Reducir la inflación.
2. Eliminar el déficit público, y
3. Estabilizar el tipo de cambio.

Dejando en el olvido al aparato productivo, el sector industrial y agrícola, a las micros, pequeñas y medianas empresas, a los sectores más vulnerables y desprotegidos de la sociedad, etc.

En los últimos años la inflación se ha convertido en la prioridad de la política económica al ser considerada el más cruel de los impuestos.

Por tal motivo, el gobierno combate la inflación disminuyendo el gasto público, lo cual contrae la demanda, detiene la realización de la producción, los inventarios de las empresas se incrementan y sus ganancias caen presionando el despido masivo de trabajadores o la caída de los salarios en el mejor de los casos. Tal reducción de los salarios merma el poder adquisitivo de las familias, las cuales se ven obligadas a reducir su demanda ante su menor ingreso disponible. Dicha disminución de la demanda paraliza la creación de cadenas inflacionarias, sin embargo, tal mecanismo atenta contra el empleo y los salarios, los cuales se ven disminuidos.

Simplemente en el primer cuatrimestre del año 2001 se perdieron 400 mil empleos[52], lo cual viene a reforzar el argumento que señala la ineficiencia en el combate a la inflación y en la generación de empleos y equidad social.

La caída del gasto, con el objetivo de reducir el incremento de precios, evitar el *crowding out* (desplazamiento del financiamiento e inversión del sector privado) y disminuir el déficit, ha provocado la desaceleración de la dinámica productiva llevando a la disminución de la producción, ingreso y empleo, y si agregamos la recesión en los Estados Unidos que afecta directamente a las exportaciones mexicanas, se configura el peor de los escenarios posibles.

W. Vickrey[53] dice que "la principal dificultad con la inflación, no son sus efectos, sino

el desempleo que producen los intentos incorrectos para controlarla", por tal motivo, se asume que no es a través de la contracción del gasto como se debe abatir la inflación, por el contrario, es sólo el gasto, es decir, la inversión productiva la que puede articular eficientemente las cadenas de producción, impulsar el desarrollo tecnológico, reducir costos, aumentar calidad, competitividad y disminuir el componente importado de los productos nacionales y no generar, así, cadenas inflacionarias.

La estrategia actual considera al déficit público como el más grande pecado, olvidando que es una necesidad inevitable como mecanismo de financiamiento de las actividades productivas.

Absorber ingreso de la economía, a través de la restricción del gasto, produce condiciones adversas de financiamiento, induce la incapacidad de pago y lleva a la insolvencia e inestabilidad bancaria. Tal escenario se recrudece ante el incremento de la tasa de interés ocasionado por la política monetaria contraccionista que actúa en favor de la entrada de capitales y en pro de la estabilidad de la moneda.

Si los recursos obtenidos a través del endeudamiento público (déficit público) son cabalmente asignados a los sectores y regiones productivas, es decir, si se garantiza su inversión productiva, se crearan condiciones de reembolso para enfrentar el compromiso contraído y se generará un ingreso adicional que bien puede ser reinvertido. El déficit no representa una carga para las generaciones futuras cuando éste se traduce en canalización eficiente de recursos.

El incremento del déficit no desplaza a la inversión privada (*crowding out*), por el contrario, los fondos captados por el endeudamiento generan un ingreso disponible adicional en el sector privado y en las familias, con lo cual se incrementa la demanda,

los ingresos y la inversión privada, al final, es más redituable. Por tanto se construyen las condiciones financieras favorables para impulsar la dinámica económica.

Es importante resaltar que el *crowding out* es resultado de la política monetaria restrictiva y no es consecuencia del aumento del déficit público.

W. Godley[54] plantea que "las operaciones gubernamentales de política fiscal, a través de su impacto en el ingreso disponible y gasto, juegan un papel crucial para determinar el nivel y tasa de crecimiento de la demanda y producción total", de lo anterior se concluye que si lo que se quiere es generar condiciones endógenas para el crecimiento sostenido se deben abandonar las políticas contraccionistas y privilegiar las actividades dinámicas y rentables del país haciendo uso eficiente y racional de la política fiscal.

Al aplicar políticas contraccionistas (fiscal y monetaria), el país ha incrementado su dependencia financiera con el exterior.

Ante tal situación se hace imprescindible contar con tasas de interés elevadas (éstas han sido muy superiores a la media internacional, ver cuadro 41), para así poder atraer capital financiero y encarar el déficit comercial (mayores importaciones que exportaciones) generado por la apreciación cambiaria que la política monetaria restrictiva y la misma entrada de capitales generan.

La estabilidad de la moneda se vuelve indispensable para que el capital internacional fluya hacía el país, para ello se contrae la política monetaria y se elevan las tasas de interés.

En éste sentido R. Wray[55] establece que "la creciente tasa de interés debe ser atribuida

a una política monetaria restrictiva, en lugar de al financiamiento deficitario", con lo cual se evidencia que la política monetaria y cambiaria actúan en pro de la entrada de capitales y no como estimulo al crecimiento endógeno de largo plazo.

El mayor requerimiento de entrada de capitales se debe al déficit comercial, que ha sido provocado por la apreciación cambiaria, al pago del servicio de la deuda y para financiar la estabilidad del tipo de cambio. Ésta mayor necesidad de entrada de capitales aumenta la vulnerabilidad nacional, ya que una abrupta fuga de tales capitales nos llevaría al peor de los mundos posibles.

Por lo descrito anteriormente, el crecimiento que se alcanza o puede alcanzar guiados por la actual estrategia económica es mínimo e insuficiente, ya que ésta no crea un entorno de estabilidad, productividad y competitividad interna que pueda ser sostenible a largo plazo. Las evidencias así lo respaldan, hasta el momento se ha obtenido un raquítico crecimiento, el PIB en el 2001 fue del 0.4% para pasar a un paupérrimo nivel del –2% al primer trimestre del presente año, (ver cuadro 32).

Nuestra nación está expuesta a un colapso externo ya que los desequilibrios tanto en la balanza comercial como en la cuenta corriente están presentes y en crecimiento. El déficit comercial ha mostrado una tendencia creciente, en el año 2000 fue de 8003 millones de dólares y pasó al nivel de los 9953.6 millones de dólares en el año 2001. Al cabo del primer trimestre del año 2002 el déficit comercial asciende a 2874.2 millones de dólares, (ver cuadro 39).

Por su parte, la cuenta corriente ha experimentado un notorio deterioro a partir de 1996, con un saldo negativo creciente. Así, en 1996 el déficit en la cuenta corriente fue de 2330.3millones de dólares y ha venido creciendo desde entonces a pasos acelerados; en el año 2000 éste desajuste representó una cantidad significativa de

17736.9 millones de dólares. Al termino del primer trimestre del presente año dicho déficit alcanza los 3916.1 millones de dólares, (ver cuadro 40).

En suma, ambos desequilibrios, el comercial y en la cuenta corriente, hacen latente la posibilidad de una crisis en la balanza de pagos ya que ante tales desajustes se hace imprescindible la atracción de recursos externos para poder sortearlos, y en la medida que éste proceso se profundiza tiende a generar un ambiente de incertidumbre, vulnerabilidad, inestabilidad y dependencia creciente.

El presidente Fox ha cometido uno de los errores más fatídicos que una sociedad puede atestiguar. Equivocar la estrategia de desarrollo nubla las esperanzas de los mexicanos que aspiramos ha construir un México más justo y estanca al país a seis años más de frustrado crecimiento real y nos aísla del puente que conduce a la modernidad.

Resulta imperante cambiar el rumbo de nuestra patria, optando por un camino de equidad que atienda las reivindicaciones sociales del pueblo, que impulse una democracia participativa, una nueva regulación económica que elimine los privilegios del capital financiero internacional y que anteponga los intereses nacionales, que elimine o al menos desvanezca la divergencia ínterregional, que promueva e impulse un marco sistémico de competitividad para apoyar el desarrollo de las actividades productivas y así construir un espacio articulado, es decir, un crecimiento nacional homogéneo.

Para el logro de tal objetivo, habrá de replantearse y redefinirse el concepto del Estado y su intervención en la economía, es decir, habrá de conformarse un "Estado posmoderno", mediador, conciliador, que ayude a hacer siendo el promotor del crecimiento (sin retomar practicas populistas, anquilosadas en el pasado y ya caducas)

vinculando el accionar de los distintos agentes económicos e impulsando la edificación estructural del marco sistémico que incentive y estimule a las regiones, actividades productivas y a las micro, pequeñas y medianas empresas.

Retomar el sendero que conduce a la modernidad es inaplazable. Sólo la aplicación de políticas correctivas y compensatorias lograran modificar el panorama sombrío de nuestra nación, en aras de la justicia y equidad para el México del presente y del futuro.

CAPÍTULO IV

4. Más Allá del Mercado y la Globalización

4.1. Hacía una Estrategia Alternativa

Nuestro país atraviesa una de las etapas más críticas de su historia. La política económica predominante arribó al poder como una estrategia de desarrollo con supuesta capacidad para generar estabilidad macroeconómica, financiera, monetaria y para propiciar mejores condiciones de crecimiento. Hasta hoy tal estrategia ha fracasado en todos los ámbitos de la vida nacional y lejos de impulsar el desarrollo ha configurado y profundizado cadenas de pobreza y desigualdad que atan al pueblo de México al subdesarrollo.

El libre mercado no ha podido dar salida a los múltiples problemas que enfrenta la población y es el responsable de la baja productividad, desempleo, pobreza y no ha solucionado la crisis ambiental.

La creencia en la superioridad de las soluciones de mercado para los problemas económicos y el énfasis en la excesiva participación del sector privado en la dinámica económica como motor del crecimiento no inflacionario, ha resultado ser una de las más grandes falacias desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Las autoridades hablan de una política de ajuste exitosa por haber alcanzado los niveles más bajos de inflación en los últimos años, la estabilidad de la moneda y las finanzas públicas, pero no se consideran los problemas que se han generado tanto en el aparato productivo como en el sector externo, (ver cuadros 39 y 40).

El rol del gobierno se ha limitado a la promoción y regulación del libre mercado, a la provisión de los bienes y servicios que éste no puede generar, resolución de las

externalidades negativas, los monopolios, información asimétrica, marco legal para reforzar los derechos de propiedad y establecer el sistema de seguridad social.

Éste descaimiento en la participación del Estado en la economía se debe al enfoque neoliberal ortodoxo que ve en él al responsable de la inflación, desequilibrio externo y de la ineficiencia económica.

La espontaneidad del mercado no ha logrado controlar y regular la asignación eficiente y justa de los recursos, y a través de un proceso de deterioro social y ambiental sin precedentes nos ha llevado a un retroceso histórico y nos ha sumergido en un estancamiento profundo.

El deterioro ambiental y la pobreza (externalidades negativas de la acción del mercado) son efectos directos de éste modelo incongruente con la realidad nacional.

La dinámica actual por sus errores y contradicciones no genera crecimiento endógeno sostenible a largo plazo, lo cual obliga a la búsqueda de estrategias alternativas que den solidez y certidumbre al México de hoy y del mañana.

Toda política económica que no parta del análisis y diagnóstico de la realidad, sin dejar a la deriva ningún aspecto de la vida nacional, tropezará con el fracaso, la inviabilidad y el castigo de la historia.

Resulta inaplazable emprender la construcción de una política económica incluyente y acorde con la realidad del país, que responda a los intereses de las clases más desprotegidas. El nuevo proyecto económico debe empezar por entender y aceptar la importancia y necesidad de la activa participación del Estado en la economía.

4.1.1. Desarrollo Sistémico: una estrategia para encarar el subdesarrollo en México

El desarrollo es sistémico. Con esto se quiere decir que éste depende de la conjugación de varios factores. El modelo de desarrollo sistémico lo podemos definir como una estrategia de crecimiento basada en el desarrollo industrial y el fortalecimiento de la competitividad nacional, entendida ésta última como el proceso a través del cual un país puede, bajo condiciones de libre mercado y globalización, producir bienes y servicios que cumplan con los estándares de calidad, costos de producción y precios de los mercados internacionales (alta productividad), y, de manera simultánea, se mantengan y expandan los empleos, los ingresos reales de la población, actuando, por tanto, en detrimento de la pobreza.

El concepto de desarrollo y competitividad sistémicos busca abarcar tanto los determinantes políticos y económicos como los socioculturales, para generar una política de consenso y un desarrollo industrial exitoso, es decir, una estrategia en la cual el Estado y los distintos agentes económicos crean de manera deliberada las condiciones para un desarrollo industrial prospero.

Este modelo está compuesto por cuatro niveles, (ver esquema 9):

1) Nivel micro, de las empresas y las relaciones interempresariales.
2) Nivel meso, de políticas específicas, instituciones, participación del Estado en la economía y de la cooperación para el desarrollo.
3) Nivel macro, de las condiciones económicas generales y de las políticas cambiaria, monetaria, fiscal, comercial, de empleos y de ingresos.

4) Nivel meta, de valores socioculturales, gobernabilidad, orientación de la economía, la capacidad de los agentes económicos para formular estrategias y la capacidad de gestión.

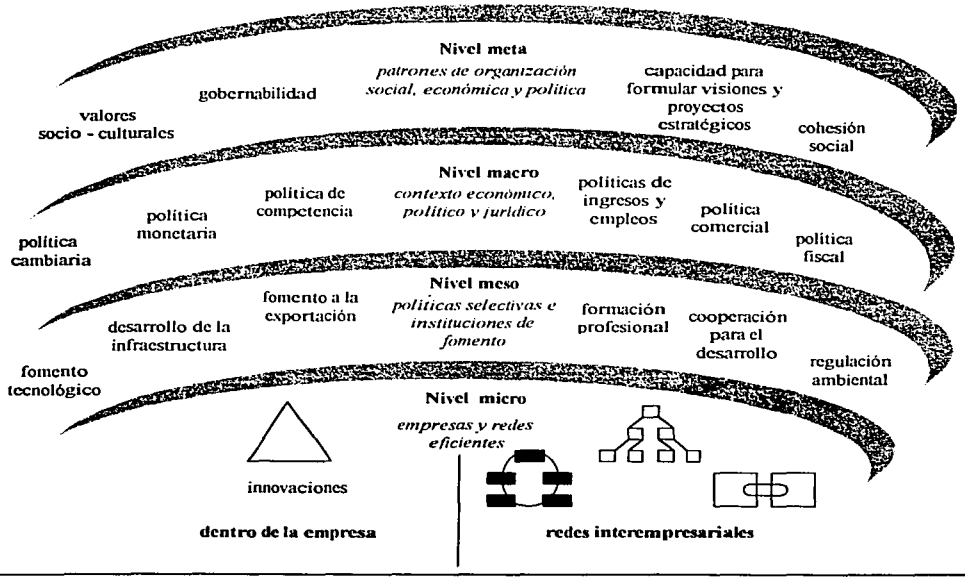
Es la interacción armónica de estos cuatro niveles lo que motiva e impulsa la generación de un desarrollo integral ínter e íntrasectorial e ínter e íntraregional. Sin embargo, para el desenvolvimiento exitoso de éste modelo, que es aplicable a los países en desarrollo como el nuestro, es indispensable estimular el dialogo y vinculación entre los distintos niveles, con el afán de generar consensos en materia de política económica y de los objetivos nacionales, (ver esquema 10).

Con el afán de crear una competitividad industrial efectiva, resulta imprescindible construir y fortalecer una interacción compleja y dinámica entre los cuatro niveles mencionados con anterioridad.[56] De ahí se deriva la gran importancia de la comunicación constante entre los agentes económicos, con el fin de construir y formalizar acuerdos y definir objetivos nacionales en pro del desarrollo del país.

La modernización económica y el desarrollo de la competitividad sistémica no pueden dar resultados sin la formación de redes de vinculación que incluyan e involucren a la sociedad entera. Sin ésta cualquier intento de reforma macroeconómica desencadenará una tendencia a la desintegración social. En este sentido Meyer-Stamer[57] señala que "la competitividad sistémica sin integración social es un proyecto sin perspectivas", de ahí se desprende que el modelo de desarrollo sistémico es un proyecto de transformación social que va más allá de la corrección del contexto micro y macroeconómico.

Esquema 9

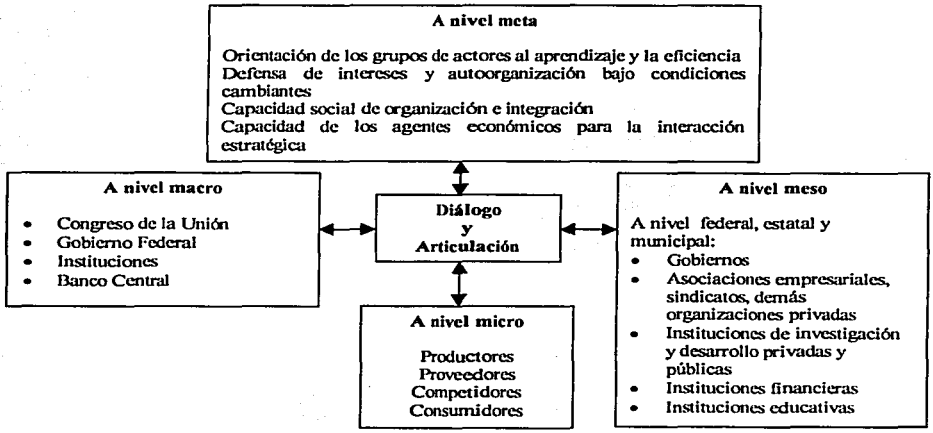
FACTORES DETERMINANTES DEL DESARROLLO Y COMPETITIVIDAD SISTÉMICOS



Fuente: Elaboración propia con información del Instituto Alemán de Desarrollo y propia.

Esquema 10

FACTORES DETERMINANTES DEL DESARROLLO Y COMPETITIVIDAD SISTÉMICOS: CAPACIDAD ESTRATÉGICA DE LOS GRUPOS DE ACTORES



Fuente: Elaboración propia.

4.1.2. Nivel Micro: empresas y redes eficientes

Para poder afrontar con éxito las nuevas exigencias emanadas de la globalización, las empresas necesitan readecuarse en gran medida, tanto a nivel interno como en su entorno inmediato. Para insertarse con éxito a la nueva dinámica global las empresas deben replantear estrategias y entender los beneficios de la cooperación para el desarrollo.

Las empresas tienen que optimizar cuatro factores para ser competitivas:

1. Costos eficientes
2. Calidad
3. Variedad
4. Capacidad de respuesta

La habilidad para ofrecer una gran variedad de productos sin sacrificar eficiencia y calidad, es necesaria para cumplir con la creciente y diferenciada demanda. La capacidad de respuesta se refiere a la habilidad para reaccionar rápidamente a los cambios en demanda, cambios tecnológicos, coyunturales y externos.

A nivel micro la estrategia de desarrollo sistémico busca la creación y el fortalecimiento de vínculos entre las empresas y al interior de éstas. Redes que conecten e interrelacionen a todas las empresas, independientemente del ramo o sector al que pertenezcan. Al interior de éstas es imprescindible el fortalecimiento de la unidad entre los distintos mandos de acción, es decir, entre trabajadores y directivos.

Por otra parte, es vital el establecimiento de un consenso sobre las políticas de las empresas, sus objetivos y su responsabilidad social y ecológica. De manera semejante

se deben incentivar e impulsar innovaciones en el proceso organizacional y productivo dentro de cada una de las mismas.

Los vínculos no deben ubicarse sólo en el circulo empresarial, estos deben procurarse, también, con los consumidores, proveedores e inclusive con los competidores.

La consecución simultánea de eficiencia, flexibilidad, calidad y velocidad de reacción supone introducir profundos cambios en tres planos diferentes[56]:

- Organización de la producción. El objetivo es acortar los tiempos de producción, sustituir las tradicionales cadenas de ensamblaje, para responder así con prontitud a los deseos del cliente.
- Organización del desarrollo del producto. La estricta separación entre desarrollo, producción y comercialización encarecía los costos que implicaba el diseño de los productos. La organización paralela de diferentes fases del desarrollo, y la reintegración del desarrollo, la producción y la comercialización contribuyen a disminuir los tiempos de desarrollo, a fabricar productos con mayor eficiencia y a comercializarlos con más facilidad.
- Organización de las relaciones de suministro. Las empresas reducen la profundidad de fabricación para poder concentrase en la especialidad que asegura su competitividad. Además, es imprescindible edificar redes de suministro a través de los proveedores y directamente con los consumidores.

El desarrollo sistémico busca la combinación creativa de innovaciones tanto de organización como sociales y técnicas, que conducen a un incremento de la competitividad en el plano nacional e internacional.

La eficacia en la configuración de las redes interempresariales depende del contacto estrecho y permanente con universidades, instituciones educativas, centros de investigación científica y tecnológica, entidades financieras, organizaciones sectoriales, con el Estado, entre otras entidades más.

Para el logro de un funcionamiento efectivo, es vital el dialogo y la interacción entre todos los actores que conforman este nivel, apoyados por el Estado y las distintas instituciones, y un claro consenso entre los agentes económicos participantes sobre la estrategia de crecimiento y desarrollo.

En suma, bajo condiciones de apertura creciente de los mercados, el crecimiento económico sostenido sólo puede ser posible a través de un sector privado competitivo.

4.1.3. Nivel Meso: políticas selectivas, Estado e Instituciones

El nivel meso está constituido por políticas selectivas, instituciones, participación del Estado en el desarrollo económico y la cooperación para el desarrollo.

Las políticas selectivas están destinadas a apoyar algún sector o actividad en particular, haciendo uso de una estrategia de proteccionismo selectivo, es decir, sustitución selectiva de importaciones, en todas aquellas áreas consideradas vitales para el desarrollo del país. Éstas están altamente vinculadas con las instituciones de fomento para su conocimiento e instrumentación.

Michael Porter[57] distingue cuatro factores que posibilitan un desarrollo industrial avanzado. Estos son: factores básicos, avanzados, generalizados y especializados.

1. Factores básicos: recursos naturales, clima, localización, trabajadores no cualificados y semicualificados.
2. Factores avanzados: infraestructura moderna, trabajadores altamente cualificados (ingenieros en sistemas y científicos) institutos de investigación en disciplinas sofisticadas.
3. Factores generalizados: sistema carretero, trabajadores con estudios de nivel medio superior.
4. Factores especializados: personal altamente cualificado, infraestructura avanzada con propiedades específicas, altos conocimientos en campos específicos.

En países en vías de desarrollo, como el nuestro, se suelen presentar los factores básicos y generalizados. A través del desarrollo sistémico nuestro país puede crear en mediano y largo plazo los factores avanzados y especializados que conduzcan a un desarrollo industrial avanzado autentico, completo e irreversible.

Las instituciones del nivel meso (públicas y privadas) juegan un papel trascendental para fomenta el progreso científico, social y empresarial. Para ello nuestra nación requiere de una reforma institucional profunda, que elimine los procesos burocráticos, que reduzca los costos administrativos, que genere innovaciones sociales, con estructuras organizacionales flexibles y dinámicas, que promueva una administración y canalización eficiente de recursos.

El Estado debe desempeñar un papel fundamental como emprendedor, mediador y moderador. En este sentido, nuestro país requiere de una reforma del Estado que redefina la interpretación moderna de éste y su participación en el desarrollo económico, político y social de México.

Por otra parte, la cooperación para el desarrollo debe interpretarse como el consenso indispensable entre todos los agentes económicos para procurar e impulsar la transformación nacional que conduzca a altos niveles de competitividad, progreso, crecimiento y desarrollo económico, político y social. En este aspecto, Tilman Altenburg[58] señala que "la cooperación para el desarrollo bien puede contribuir al mejoramiento del modelo requerido para el crecimiento económico", en nuestro país no existe consenso acerca de la estrategia económica, ni una autentica cooperación para el desarrollo.

El modelo de desarrollo sistémico reconoce la gran necesidad de establecer acuerdos y consensos en la búsqueda del progreso, por ello, el dialogo continuo es herramienta vital para concientizar, conciliar y establecer una cooperación veraz que induzca un crecimiento económico incluyente.

4.1.4. Nivel Macro: crecimiento sostenido, baja inflación y justicia social

A nivel macro el modelo de desarrollo y competitividad sistémicos pretende, a través del dialogo político entre los distintos agentes económicos, configurar un contexto económico, social y político estable. Esto será posible ejecutando una política macroeconómica de desarrollo progresista que anteponga los intereses nacionales a favor de un progreso con justicia social, es decir, donde los beneficios del crecimiento sean eficaz y justamente distribuidos a lo largo y ancho de la sociedad.

Para alcanzar un crecimiento y desarrollo incluyente, con baja inflación, sostenible y justo, es imprescindible comprender que esto sólo se puede lograr con el consenso nacional sobre la necesidad de una reforma económica profunda y la urgencia de una

política industrial exitosa, basada en la competitividad sistémica y acorde con la realidad del país.

Como señale previamente, el desarrollo es sistémico, es decir, éste es producto de la interacción dinámica de un conjunto de factores tanto económicos como políticos. Por tanto, hay que incorporar al modelo de desarrollo al sector agropecuario, entendiéndolo como un sector estratégico para el progreso nacional; la reforma del Estado; una reforma fiscal que combata la evasión con el afán de elevar los ingresos públicos, una modificación progresiva del impuesto sobre la renta a personas físicas y morales, proporcionando estímulos fiscales a los agentes económicos para que inviertan, entre otras cosas; una política comercial que ejerza una sustitución selectiva de importaciones; una política monetaria racional que favorezca la reducción de las tasas de interés; una política cambiaria acorde con el diferencial de precios con nuestro principal socio comercial, que fomente la competitividad de la planta productiva nacional; una política de competencia que impulse a las micros, pequeñas y medianas empresas, que apoye la configuración de redes empresariales y las innovaciones; una reforma institucional; canalización eficiente de recursos públicos y privados; una política de ingresos que distribuya justamente los frutos del crecimiento; una política de empleo a través de la inversión pública, la inversión privada, del establecimiento de un piso a los precios y salarios (ya que la deflación, más que la inflación, desestimula la inversión porque las empresas no pueden estar seguras de que sus gastos sean recobrados en un ambiente de caída de precios, ante la evidente caída de los ingresos) y por medio de la creación directa de empleos por parte del Estado[59].

En suma, a nivel macro se requiere incorporar un conjunto de políticas y factores, desplazados por las políticas neoliberales, que desempeñan un papel muy importante en la búsqueda de la modernidad.

4.1.4.1. Política Fiscal

En materia fiscal nuestro país está ávido de una reforma efectiva. Es indispensable encarar las presiones financieras del sector público mediante políticas que renuncien a la austeridad excesiva, y que se ejerza, en su lugar, una política racional de gasto productivo.

La política fiscal debe ser una herramienta estratégica para impulsar la reactivación del mercado interno, los niveles de demanda, consumo y el desenvolvimiento industrial. Por tanto, se debe abandonar la disciplina fiscal, que en aras del superávit en las cuentas públicas se ha venido ejecutando, para instaurar, en su lugar, una estrategia de gasto productivo orientado a la infraestructura, educación, salud e investigación y en todas aquellas actividades tendientes a incrementar la productividad.

Inyecciones de demanda a través de incrementos temporales en el nivel de gasto del gobierno (como estrategia permanente), producen efectos positivos en el corto plazo y sin efectos negativos en el largo plazo[60].

Así, México necesita una política fiscal racional que estimule a las actividades productivas. El déficit público debe ser visto no como un pecado económico o un lastre para las generaciones futuras, éste es, en esencia, una necesidad económica si lo que se pretende es crear condiciones para el crecimiento sostenido, (ver William Vickrey, 1993).

Como el mismo John M. Keynes reconoció (John M. Keynes, 1936), el crecimiento continuo e indiscriminado del gasto del gobierno eventualmente guía al pleno empleo y a niveles altos de inflación y *crowding out*. Cabe recordar que esto sucede cuando se llega a una situación de pleno empleo y plena capacidad. Por tanto, si se invierte en

infraestructura, ciencia y tecnología se pueden eliminar los límites de la capacidad productiva, lo cual aumentaría productividad, competitividad, reduciría costos y, consecuentemente, nulificaría presiones inflacionarias.

El gasto público no es inflacionario si éste está sustentado en una estrategia con visión industrial, planificada y correctamente ejecutada.

Un camino efectivo para incrementar la inversión, crecimiento y empleo requiere de la integración y coordinación entre una política macroeconómica y una estrategia industrial.

A su vez, se debe eliminar los gastos superfluos y privilegiar el gasto social, para impulsar la dinámica productiva interna, que avance en la reestructuración de la economía y combata efectivamente los desequilibrios existentes.

Las condiciones del sector público y del país en general, la escasa e insuficiente generación de ahorro interno y los altos requerimientos de capital hacen impostergable una reforma tributaria. En este aspecto se debe proceder a:

- Combatir la evasión para expandir la base gravable e incrementar los ingresos públicos derivados del pago de impuestos. Esto debe procurarse por medio de una serie de campañas de moralización del pago de impuestos, estableciendo duros castigos penales a los evasores, brindando incentivos a los causantes responsables, combatiendo la burocracia y los tramites excesivos, flexibilizando el sistema de cobros y pagos, innovando socialmente, por medio de una reforma institucional y haciendo un uso eficiente de los recursos captados, entre otras cosas.

- Instrumentar impuestos progresivos y selectivos en: a) empresas de servicios; b) operaciones financieras especulativas y de corto plazo; c) estratos altos de ingresos; d) a los bienes de lujo.
- Revisar el gravamen de las actividades productivas, para disminuir su carga tributaria, y establecer estímulos para incentivar el crecimiento de la inversión.

También, resulta imprescindible fomentar la generación de ahorro interno. Esto se debe hacer a través de estímulos al ingreso, invirtiendo en actividades y sectores productivos que redunden en altas tasas de ganancias.

Bajo el marco del modelo de desarrollo sistémico, insertado en la tradición keynesiana, el ahorro está en función del ingreso, y en algunos casos, como señala la teoría poskeynesiana, de la disponibilidad de crédito, pero nunca en función de la tasa de interés como señala la teoría neoclásica.

Si lo que se quiere es estimular el ahorro, se debe actuar sobre el ingreso, y éste último está directamente asociado a los niveles de demanda e inversión. Así, México requiere privilegiar la inversión productiva ya que ésta, por sus efectos multiplicadores, induce un aumento en el nivel de ingreso y, por lo tanto, de ahorro.

Y si a esto agregamos incentivos fiscales a los agentes económicos que decidan invertir, y ajustes progresivos en el impuesto sobre la renta, se podría construir un ambiente propio para la expansión de la planta nacional que produciría condiciones optimas para el reembolso del monto invertido más un excedente neto que permitiría solventar las obligaciones contraídas[61].

4.1.4.2. Política Monetaria y Financiera

Partiendo de la aceptación de que nuestro país está urgido de una reforma institucional y del papel económico del Estado, y enfundados en el marco sistémico de competitividad que el modelo de desarrollo aquí planteado presenta, e inmersos en la dinámica global, la política monetaria debe conducirse en coordinación con la política fiscal, industrial, cambiaria y crediticia.

Es menester analizar y replantear el papel del Banco de México, en particular su autonomía, ya que éste sólo vela por la estabilidad monetaria, procura baja inflación a través de una política contraccionista (por medio del *corto* retira de la circulación una cantidad específica de dinero que responde a los objetivos y expectativas inflacionarias) que atenta contra la producción, empleo, salarios, etc. El hecho de que no exista ningún compromiso formal del Banco de México para impulsar el desarrollo, imposibilita el funcionamiento correcto de la dinámica productiva.

En definitiva, el Banco Central de nuestra nación debe involucrarse eficaz y permanentemente en la construcción de una nación justa, procurando no sólo baja inflación sino también altos niveles de empleo, desterrando la frenética austeridad y comprometiéndose con el desarrollo; debe promover el desarrollo eficiente y diversificado del sector financiero privado.

México requiere de una política monetaria flexible y racional, que combata la inflación por medio del estimulo a la productividad y competitividad del aparato productivo interno constituido por micros, pequeñas, medianas y grandes empresas, y no anclando el tipo de cambio a los objetivos inflacionarios, ya que esto sólo genera procesos de sobrevaluación que conducen a desequilibrios crecientes en el sector externo y que

terminan desembocando en abruptos y dañinos ajustes cambiarios, como se ha observado en el pasado.

Con el afán de aumentar la productividad, es menester que la política monetaria sea racionalmente expansiva con el objetivo de reducir las tasas de interés, expandir el crédito y, consecuentemente, apoyar el crecimiento de la inversión.

La combinación de una estrategia que canalice eficientemente los recursos vía créditos con tasas de interés competitivas y una política de gasto en inversión (infraestructura, ciencia y tecnología), conducirá a una disminución de costos, a un incremento de la productividad, mejoras organizacionales, que desembocarán en niveles bajos o manejables de inflación.

Adicionalmente, los vínculos interempresariales, la edificación de redes intersectoriales y regionales, favorecerán la productividad y las innovaciones al interior de las empresas[62]. En este sentido el Dr. Huerta[63] señala que "para que la relación moneda – crédito – inversión, se realice y mantenga, tienen que incrementarse la productividad y la competitividad, y haber menores presiones sobre el sector externo", por lo tanto, se debe abandonar el control inflacionario vía anclaje del tipo de cambio, para no distorsionar más al sector externo.

Por otro lado, las políticas del sector financiero deben dirigirse a disminuir la especulación, que ha llevado a la existencia de altas tasas de interés y a presiones sobre las finanzas públicas, la inversión y sobre precios.

El déficit del sector externo ha generado un riesgo cambiario que continua latente, lo cual ha llevado a que la entrada de recursos externos sea de corto plazo o especulativa y a que los tenedores de recursos financieros demanden mayores tasas de interés. Por

ésta situación, es oportuno emprender una reforma financiera para que éste sector desempeñe eficientemente su papel de intermediario, esto sólo puede ser posible a través de la configuración de un contexto de estabilidad macroeconómica que despeje toda incertidumbre y posibilidad de fuga de capitales.

Para que el ingreso de recursos externos se concrete en depósitos de largo plazo, es imprescindible contar con un clima de estabilidad de precios y eliminar expectativas sobre una posible devaluación, sólo de ésta manera se logrará crear confianza en los agentes económicos que resulte en flujos crediticios a largo plazo y a bajas tasas de interés.

Por otra parte, se debe regular la movilidad de capitales de la esfera especulativa, para frenar la fuga masiva, así como establecer gravámenes a los ingresos derivados de operaciones financieras de muy corto plazo.

En suma, las políticas monetaria y financiera deben procurar, por un lado, la estabilidad de precios sin atentar contra la esfera productiva, la inversión, ingreso y empleos, al contrario, estimulando y favoreciendo a las variables reales. Por otro lado, éstas deben incentivar la canalización eficiente de recursos por medio de un sistema financiero que responda a las necesidades de la nación. En este sentido hay que cuestionar la privatización casi al 100% de la banca, ya que ésta está asociada, desde la lupa del premio nobel de economía 2001 J. Stiglitz, a la paralización del crédito y a la vulnerabilidad del sistema financiero.[64]

Así, la política monetaria del modelo de desarrollo sistémico debe desterrar las obsesiones de austeridad, ser racional y estimular la productividad y competitividad que desemboquen en bajos niveles reales de inflación.

4.1.4.3. Política Cambiaria

En materia de política cambiaria nuestro país necesita abandonar la estrategia de anclaje, que persigue la reducción de la inflación, ya que ésta sólo ha producido una severa sobrevaluación de la moneda nacional que, a la postre, se ha traducido en desajustes del sector externo. Dicha dinámica ha trastocado las exportaciones y la competitividad nacional, aumentando la fragilidad, vulnerabilidad y la dependencia financiera con el exterior.

Por medio del modelo de desarrollo sistémico se propone una política de tipo de cambio flexible que se ajuste al diferencial de precios con nuestro principal socio comercial, esto con el afán de apoyar la competitividad de las empresas nacionales.

El tipo de cambio es un reflejo del grado de productividad, competitividad y nivel de precios de un país, por tanto, es indispensable combinar una estrategia cambiaria con una política monetaria, fiscal e industrial tendientes a impulsar un grado mayor de productividad interna para que de ésta manera el valor del peso encuentre el respaldo idóneo para mantener un nivel competitivo, que promueva las exportaciones y disminuya las presiones del sector externo. En este sentido el Dr. Huerta[65] comenta que se requiere en el país de "una paridad cambiaria que estimule exportaciones y disminuya las presiones sobre el sector externo, y que por otro lado, no sea inflacionaria ni propicie fuga de capitales." Por ello, es necesario ajustar el tipo de cambio de nuestra moneda para que ésta responda y apoye las necesidades de la planta productiva y, en general, a los intereses de la República.

A su vez, la estrategia cambiaria debe colaborar en el ajuste de las cuentas externas a través del impulso a las exportaciones nacionales, lo cual favorecería a la esfera

productiva, la dinámica de acumulación y el crecimiento económico con estabilidad y certidumbre.

Los países que permiten períodos largos de sobrevaluación cambiaria conciben, a la postre, dos obstáculos para desarrollar un eficiente aparato productivo industrial: en primer lugar, las exportaciones se encarecen, lo cual conduce a una situación en donde las empresas no ven opciones reales para colocar sus productos en el mercado mundial; y en segundo lugar, a su vez, los precios artificialmente bajos de las importaciones implican que las empresas vean afectadas y mermadas su competitividad en el mercado interno, consecuentemente el capital es invertido en áreas de producción de bienes no comerciables o, éste, bien puede exportarse, es decir, refugiarse en mercados externos.[66]

Dicho lo anterior, México requiere frenar el circulo vicioso de sobrevaluación cambiaria para configurar niveles de competitividad superiores que le permitan insertase exitosamente en la dinámica global, y para contrarrestar los desequilibrios del sector externo, estimular la producción interna y encadenamientos productivos que lleven a estadios superiores de productividad, bienestar y progreso social incluyente.

4.1.4.4. Política Comercial y de Competencia

En materia comercial nuestro país presenta una serie de deficiencias ocasionadas y/o profundizadas por el modelo actual.

La nación necesita replantear la estrategia comercial anteponiendo los intereses del pueblo mexicano y desterrando las posturas entreguistas que saquean, exponen y desvirtúan el escenario de la República.

México está integrado de manera mayoritaria por micros, pequeñas y medianas empresas, las cuales fueron establecidas sin una previa planeación, un gran número de casos nacieron ante los problemas severos de la economía familiar, la falta de empleos, por tanto, se insertan a la competencia interna sin los conocimientos de mercado y estructuras propias y requeridas.

Ahora bien, si tenemos en consideración que vivimos tiempos de libre competencia y movilidad de capitales y mercancías, las micros, pequeñas y medianas empresas se enfrentan a la competencia interna y externa en desventaja.

El Estado, a través de las instituciones públicas, en coordinación con el resto de los agentes económicos, debe apoyar la creación de redes interempresariales en todos los niveles, sectores y regiones. Éstas, junto con una política fiscal, monetaria, crediticia, industrial y cambiaria estratégicas, que velen por el desarrollo interno, pueden generar un clima de rentabilidad que eleve la competencia tanto al interior del país como en los mercados internacionales.

Por otro lado, resulta inaplazable instaurar una política de sustitución selectiva de importaciones, protegiendo los sectores estratégicos para el país (como lo hacen los Estados Unidos, Alemania y los países asiáticos), como el agropecuario, etc.

Trabajar en pro de la productividad y competitividad de la planta nacional, como ha sido señalado en apartados anteriores, es vital para producir bienes de mayor calidad que respondan a las necesidades del mercado externo. Aquí la banca de desarrollo debe ser el pilar que sostenga y aporte soluciones y apoyos acordes con los requerimientos de las empresas, para ello, la reforma institucional ejerce una importancia considerablemente relevante con el objeto de eficientar e innovar en la

administración y distribución de los recursos, así como velar por su uso adecuado que reditúe en beneficios crecientes.

En otro ámbito de análisis, se debe buscar, negociar y alcanzar acuerdos comerciales que incorporen las asimetrías existentes, para tener acceso preferencial a la tecnología y a recursos financieros de los países desarrollados, así como a sus mercados, lo que ampliaría la producción y dinamizaría exportaciones.

Para insertarse en la economía mundial, México necesita buscar el crecimiento generalizado de la productividad y de la capacidad instalada, para disminuir los desequilibrios productivos y financieros, y generar efectos positivos sobre la balanza de pagos, como sobre el conjunto de la economía.

4.1.4.5. Políticas de Empleos y de Ingresos

En la actualidad – según cifras del INEGI – existen 54 millones 700 mil mexicanos en condiciones de pobreza, es decir, más del 50% de la población de la República. Ello evidencia el fracaso del modelo neoliberal para incrementar el nivel de vida de todo el pueblo mexicano, y remarca la urgente necesidad de abandonar las políticas asistencialistas que no resuelven el problema de la pobreza y aplazan el autentico bienestar de la sociedad.

Con el afán de llevar al pueblo de México a estadios superiores de vida, el modelo de desarrollo sistémico reconoce la gran necesidad existente de combatir la pobreza de raíz. Para ello es menester implementar, en coordinación con el resto de las políticas expuestas, políticas de empleos y de ingresos.

Para estimular el nivel de empleo y reducir a la mínima expresión la tasa de desempleo involuntario, se presentan las siguientes alternativas:

1. Inversión Pública. El gobierno debe abandonar las políticas contraccionistas (fiscal y monetaria) para ejecutar, en su lugar, una política fiscal racional estratégica. Se requiere aumentar el nivel de gasto productivo en educación, ciencia y tecnología; a su vez, en infraestructura.
2. Inversión Privada. Con el afán de apoyar el incremento en el nivel de la inversión privada, se requiere coordinar los esfuerzos con la política monetaria para reducir las tasas de interés y flexibilizar el crédito. Por otro lado, el ajuste del impuesto sobre la renta de las personas morales (manteniendo tasa progresivas) y brindando incentivos fiscales, son estrategias que pueden fomentar la inversión del sector privado.
3. Redistribución del Ingreso. Se debe avanzar decididamente en la redistribución del ingreso de las clases de ingresos altos a las de ingresos más bajos. Ello habrá de realizarse por medio de un ajuste al impuesto sobre la renta de las personas físicas, haciéndolo más equitativo; aumentando el impuesto a los bienes de lujo; reduciendo los impuestos indirectos sobre los artículos de primera necesidad o semi-necesarios.
4. Pisos a los Precios y Salarios. La deflación, más que la inflación, es la actual amenaza en las economías del mundo. Como el Dr. Wray y el Dr. Papadimitriou analizan, la deflación desestimula la inversión porque las empresas no pueden garantizar el reembolso de sus gastos en un ambiente de caída de precios. Ante éste fenómeno, se reducen los ingresos, demanda, consumo, producción, tasa de ganancia, salarios y empleos. Por tanto, establecer un límite a la reducción de los precios y salarios en coordinación con el Banco de México, permitiría nulificar cualquier proceso deflacionario que eleve el nivel de desempleo.[67]

5. Creación Directa de Empleos. Para el desarrollo sistémico, el empleo es un objetivo macroeconómico fundamental, en el cual el Estado tiene la responsabilidad de promover su crecimiento. Abba Lerner y H. Minsky sostenían que el pleno empleo (cero desempleo involuntario) podía alcanzarse a través de un programa de creación directa de empleos, en la forma de empleos públicos. Para el caso de nuestra nación, ésta estrategia podría ser implementada al cabo de una reforma fiscal real que resuelva los problemas de evasión e incremente los ingresos públicos. Así podría ejecutarse y autosostenerse.[68]

Por otra parte, el gobierno también debe ocuparse en ejecutar una política de ingresos, si lo que se quiere es elevar el nivel de vida de la población. En este ámbito de análisis, el desarrollo sistémico establece que para incrementar el nivel de ingreso se debe estimular la inversión pública y/o privada. Para ello, es menester trabajar en la reducción de las tasas de interés y flexibilizar el crédito, de ésta manera se lograran coeficientes de inversión que inducen niveles superiores de ingreso.

La inversión, a través de sus efectos multiplicadores, estimula el crecimiento. El esquema 11 nos muestra el proceso ante un incremento permanente de la inversión.

Esquema 11

$\Delta I \rightarrow \Delta Y \rightarrow \Delta D \rightarrow \Delta C \rightarrow \Delta Pr \rightarrow \Delta t.g. \rightarrow \Delta Ak \rightarrow \Delta E \rightarrow \Delta Y$... se recrea el proceso de expansión.

Donde Y = ingreso, I = inversión, D = demanda, C = consumo, Pr = producto, t.g. = tasa de ganancia, Ak = acumulación de capital, E = empleo. Así, un incremento permanente de la inversión conlleva a un aumento del ingreso, demanda, consumo,

producción, tasa de ganancia, acumulación de capital, nivel de empleo, nuevamente ingreso, recreándose el proceso de expansión.

De manera simultánea, es preciso procurar la distribución justa del ingreso, ello se logra por medio de una política fiscal que responda a las necesidades de los sectores de la sociedad más vulnerables y desfavorecidos. Así se logrará alcanzar un nivel de ingreso nacional acorde con los requerimientos de financiamiento, y un nivel de ingreso per cápita que haga factible el paso a la modernidad.

4.1.5. Nivel Meta: Estado y patrones de organización

Para optimizar la eficacia en los niveles micro, macro y meso son decisivas la capacidad estatal de conducción de la economía y la existencia de patrones de organización que permitan movilizar la capacidad creativa de la sociedad. El modelo de desarrollo sistémico no puede dar resultado sin la formación de estructuras en la sociedad entera, por ello, ésta es una estrategia, como ya se señaló, de transformación social, política y económica, en la cual el Estado juega un papel vital como interlocutor, mediador, emprendedor e innovador, que hace posible la configuración de redes interdisciplinarias e intersectoriales que interactúan para promover y generar un grado superior de competitividad y desarrollo.

Con el objeto de alcanzar la capacidad de gestión necesaria, es imprescindible contar con los siguientes elementos:

1. Consenso acerca del modelo de desarrollo
2. Coincidencia en el rumbo concreto de las transformaciones

3. Concordancia respecto a la necesidad de imponer los intereses del futuro a los del presente, así como anteponer los intereses nacionales a los del exterior

Tales son los requerimientos de orden general con miras a establecer reformas creativas en materia de gestión política.

En éste nivel, y como en todo el desarrollo sistémico, el Estado desempeña un papel vital en la configuración de la gobernabilidad y de los consensos en materia económica, política y social. Adicionalmente, se debe alimentar la capacidad del Estado, y del resto de los agentes económicos, para formular visiones y proyectos estratégicos.

Un elemento relevante para el buen accionar de éste nivel, y en general para el éxito del modelo, es la disposición al diálogo entre los distintos agentes económicos y con la sociedad. Éste elemento favorece la coordinación entre los distintos niveles del desarrollo sistémico, ayuda a cohesionar esfuerzos y a canalizar conjuntamente el potencial creador de la sociedad.

En suma, el logro del desarrollo y de una competitividad superior, exigen una elevada capacidad de organización, interacción y gestión por parte de los grupos nacionales de actores, que deben procurar una gestión sistémica que abarque a la sociedad en su conjunto.

4.2. Estado Emprendedor y con Calidad

Un aspecto trascendental para la ejecución y correcto accionar del desarrollo sistémico, y en general para garantizar la estabilidad futura de la nación, es la participación del Estado.

El Estado, entendido como un ente abstracto que sólo se objetiva a través de la constitución, debe ser una estructura organizada de preceptos que respondan a las grandes demandas y carencias sociales, a los desafíos que impone la globalidad y el neoliberalismo económico en el siglo XXI, y, a su vez, acordes con la vertiginosa evolución del pensamiento universal. Debe entenderse como un ente emprendedor y promotor de políticas justas y correctivas, comprendiendo que su eficiencia dependerá de la calidad de su ejercicio.

Así, el papel económico del Estado debe concentrarse en atender a todos los seres sociales con máximo empeño. Éste debe abandonar el intervencionismo y proteccionismo desmedido, y en su lugar practicar una participación planificada y selectiva, e impulsar un neoliberalismo social que construya una sociedad democrática en vez de una sociedad de mercado.

Su función esencial debe ser mediar la interrelación de los distintos agentes económicos, ayudar a hacer, ser la figura central en la edificación de un marco sistémico de competitividad y desarrollo, (ver esquema 12). Emprender proyectos de inversión productiva y redituable así como impulsar una cultura ecológica para la preservación ambiental y el uso racional y eficiente de los recursos.

Esquema 12

DESARROLLO SISTÉMICO:
EL PAPEL DEL ESTADO

Asociación de empresas o negocios

Estado emprendedor, mediador y moderador

Institución del Nivel Meso

Grupo de Empresas

Fuente: Elaboración propia.

Un auténtico desarrollo sostenible sólo puede ser concebido a través de la construcción de una red que vincule las cuestiones políticas, económicas, sociales y culturales de la sociedad, así como la integración de las necesidades ambientales para poder satisfacer las demandas básicas, elevar el nivel de la sociedad, conseguir una mejor protección y gestión de los ecosistemas y lograr un futuro más seguro y próspero.

Se precisa de mayor articulación entre el sector público y privado, para hacer factible el crecimiento de la inversión de largo plazo. El Estado y el sector privado deben unir esfuerzos para desarrollar conjuntamente el progreso técnico y la competitividad de la economía.

Es tarea fundamental reencausar y reanimar las instituciones públicas, para administrar y distribuir eficientemente los recursos, para actuar con agilidad, democracia y transparencia.

El orden social, la democracia y la justicia social no pueden desarrollarse en un ambiente donde predominan las obsesiones ideológicas. Se requiere un equilibrio para mantener una sociedad pluralista, por tanto, no se trata de confrontar al Estado y al mercado sino de ubicarlos en el área en la que puedan desempeñar justa y eficazmente su labor.

En éste sentido A. Giddens[69] señala que "la ideología del Estado mínimo ignora las limitaciones de los mercados con igual terquedad que la izquierda tradicional las patologías del Estado", por lo tanto, debemos renunciar a las frenéticas practicas del Estado benefactor y a la conducción absoluta y deliberada de la economía por las libres fuerzas del mercado, y en su lugar adoptar un Estado emprendedor, eficaz, innovador y justo, que medie y modere las interrelaciones de los distintos agentes económicos.

Un Estado emprendedor, es decir, que asuma riesgos y tome decisiones oportunas para procurar el crecimiento justo, haciendo uso de la inversión pública productiva, de manera racional y premeditadamente ejercida de manera estratégica. Un Estado innovador, es decir, que sea capaz de reaccionar ante las variaciones y evoluciones del entorno nacional e internacional, con capacidad de reacción y creatividad para brindar soluciones viables a los distintos problemas. La reducción de la burocracia, una reforma administrativa, la eliminación de jerarquías y la reforma institucional, habrán de desempeñar un rol significativo en la generación de innovaciones y en la eficiencia del ejercicio.

Un Estado justo que atienda las grandes demandas sociales, sin cabida a la exclusión, que retome los principios esenciales del nacionalismo, es decir, un Estado que mantenga un orden socialmente justo con prosperidad económica.

Las relaciones entre el Estado y el mercado, deben darse dentro de un clima de integración de esfuerzos para alcanzar la modernidad de la economía, incrementar la productividad, superar el atraso, incrementar la competitividad y mejorar el nivel de vida de todos los mexicanos.

A su vez, las funciones de la administración pública deben estar guiadas por criterios de eficiencia, en función de los objetivos nacionales, dando fin al entreguismo, nepotismo, despilfarro y a la burocracia.

Consecuentemente, el Estado debe:

a) Impulsar la construcción de redes sistémicas para el desarrollo.

b) Crear condiciones financieras que permitan hacer más dinámica la inversión productiva, así como promover una mayor articulación entre el sector financiero y productivo para propiciar condiciones de crecimiento sostenido.
c) Fomentar el desarrollo tecnológico y científico, el crecimiento de la productividad y competitividad de la economía.
d) Desarrollar permanentemente la infraestructura física y de capital humano que hagan posibles los procesos de integración e innovación.
e) Mejorar las negociaciones comerciales, tecnológicas y financieras con los países desarrollados que aseguren mercados para nuestros productos, y sobre todo, flujos de tecnología y capital para impulsar la reestructuración y modernización de la economía, y así encaminarse a una inserción eficiente a la economía mundial.
f) Sancionar y evitar practicas monopólicas y especulativas que atenten sobre el sector externo y financiero, y sobre el crecimiento productivo y el bienestar social.
g) Construir un clima de gobernabilidad y estabilidad para la atracción de inversión extranjera directa.
h) Crear consensos y negociaciones en lo económico, político y social, para apoyar la estrategia de crecimiento industrial.

En suma, el desarrollo sistémico propone un Estado democrático, innovador, emprendedor, eficiente y justo que incorpore los criterios de la sociedad para dar respuesta a los grandes rezagos de la República.

4.3. Financiamiento para el Desarrollo

H. Minsky[70], en su libro *Stabilizing an Unstable Economy*, señala que "el desarrollo de un país está en función de su capacidad de financiamiento." En este ámbito, México debe trabajar decididamente para reducir la dependencia financiera con el exterior, y generar, en su lugar, importantes coeficientes de ahorro interno.

En suma, una amplia capacidad financiera para responder a cualquier colapso externo, a los requerimientos internos e impulsar, de ésta manera, un circulo virtuoso de inversión – crecimiento.

Las opciones de financiamiento que debe analizar y adoptar nuestra nación son:

1. Generación de ahorro interno
2. Atracción de Inversión Extranjera Directa
3. Superávit comercial
4. Finanzas públicas para el desarrollo

4.3.1. Generación de Ahorro Interno

México necesita elevar su nivel de ahorro interno para estimular la inversión y el crecimiento económico.

Es oportuno recordar que desde la perspectiva teórica de éste estudio, el ahorro depende del nivel de ingreso, y no así de la tasa de interés como señala la teoría neoclásica. Por lo tanto, si se pretende aumentar el nivel de ahorro voluntario se debe

trabajar sobre el ingreso, ya que a mayores niveles de ingreso menor es la propensión a consumir y, consecuentemente, mayor el monto destinado al ahorro.

Para incrementar el nivel de ingreso hay que acelerar la participación de la inversión en las actividades productivas. Ello puede hacerse por medio del sector público o del sector privado. El primero puede hacer uso racional de una política fiscal expansiva, manejando un déficit moderado para estimular la actividad económica. Por otra parte, el gobierno puede otorgar incentivos fiscales para fomentar la inversión privada.

La política monetaria debe ser propicia para promover la inversión, esto a través de la reducción de las tasas de interés y la flexibilidad del crédito.

Así, una aceleración recurrente de la inversión guiará a una expansión del ingreso, acumulación de capital y del ahorro nacional.

No es a través de una política de gasto contraccionista como se logrará aumentar el nivel de ahorro, por el contrario, ésta lo desestimula y actúa en detrimento de las actividades productivas.

Sólo por medio de estímulos al ingreso se puede elevar el nivel de ahorro. En este sentido A. P. Thirlwall[71] establece que "el ahorro voluntario depende de la capacidad para ahorrar y del deseo para hacerlo. La capacidad para ahorrar está determinada principalmente por tres factores: el nivel de ingreso per cápita, el crecimiento del ingreso y su distribución", dicho argumento evidencia la necesidad no sólo de estimular el crecimiento del producto nacional, sino también la distribución justa del ingreso y riqueza generados en el ciclo virtuoso inversión – crecimiento.

Por su parte, la inversión depende de la tasa de ganancia, de la disponibilidad de crédito y de la tasa de interés. Por tanto, el sector financiero debe articularse con el aparato productivo en aras de aumentar la canalización del crédito a todas aquellas actividades que presenten expectativas de crecimiento y reembolso, las tasas de interés han de ser accesibles para alentar el desplazamiento de recursos a actividades rentables. La tasa de ganancia puede ser impulsada por la inversión. Así, la inversión favorecerá al incremento del ahorro nacional y se podrán encarar los grandes requerimientos de recursos.

4.3.2. Atracción de Inversión Extranjera Directa

Otra fuente de financiamiento es la inversión extranjera directa. En este aspecto nuestro país debe abandonar la captación de recursos foráneos vía altas tasas de interés, porque esto si bien es cierto que favorece la captación de recursos, también es innegable que atenta contra la inversión, el aparato productivo y aumenta el servicio de la deuda contraída, recreando un circulo vicioso.

Es imprescindible captar la inversión externa por otros medios. En este sentido el Instituto Alemán de Desarrollo (GDI, 1998) establece en un estudio tres mecánicas para captar inversión extranjera directa, (ver esquema 13):

1. Factores duros
2. Factores suaves directos
3. Factores suaves indirectos

Esquema 13

DESARROLLO SISTÉMICO:
ATRACCIÓN DE INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA

Factores Duros

* Infraestructura de transporte
* Infraestructura de telecomunicaciones
*Infraestructura de energía
*Incentivos fiscales
* Costo del trabajo
* Condiciones reales baratas

Factores Suaves -Directos-

*Procesos de licencia rápidos y transparentes
*Industrias de apoyo
*Apoyo de empresas de servicio
*Instituciones de soporte (tecnología, financiamiento)
*Servicios de orientación para la asociación de negocios
*Programas específicos de entrenamiento

Factores Suaves -Indirectos-

*Imagen
*Atmósfera propicia para los negocios
*Modelo económico legal y predecible
*Servicios públicos eficientes
*Respuesta positiva de la comunidad local
*Calidad de vida

Fuente: Instituto Alemán de Desarrollo.

Nuestra nación, a través del Estado y en coordinación con el sector privado, debe trabajar en la construcción de infraestructura moderna y en el otorgamiento de incentivos fiscales. Por otro lado, debe, por medio de la reforma institucional y administrativa, acelerar los procesos de licencia para el establecimiento de nuevas empresas, crear redes interempresariales (previamente expuestas en el nivel micro) para generar estructuras de apoyo.

A su vez, es menester que el Estado establezca condiciones de estabilidad y gobernabilidad, acuerdos y consensos en materia de la estrategia para el desarrollo y rediseñar (vía reforma institucional) instituciones públicas eficientes.

A través de todos estos instrumentos se logrará incentivar la entrada de inversión extranjera directa, que permita la generación de empleo y niveles de ingreso superiores.

4.3.3. Superávit Comercial

Con el afán de ampliar las fuentes de financiamiento, no imponer barreras al crecimiento, eliminar la dependencia financiera, presiones cambiarias, la incertidumbre y vulnerabilidad, es imprescindible configurar superávit en la cuenta de la balanza comercial.

Todas las crisis financieras han estado precedidas por procesos de sobrevaluación real del peso que generan crecientes desequilibrios en la balanza comercial y en la cuenta corriente de la balanza de pagos, con el consiguiente incremento de los requerimientos de capital externo para financiarlos.

Por lo tanto, resulta vital para el futuro de la nación, en aras de un crecimiento sostenido, reactivar la dinámica exportadora que conduzca a un superávit comercial. Para ello, es necesario ejecutar una estrategia selectiva de sustitución de importaciones (proteccionismo selectivo estratégico) como lo hacen los Estado Unidos, esto nos obliga a intentar replantear el tratado de libre comercio ya que bajo las condiciones predominantes no existe viabilidad alguna para modificar la estrategia comercial. Hay que dar un viraje en las relaciones comerciales con el exterior, actualmente existe un trato de iguales entre países desiguales.

Se deben firmar acuerdos comerciales que antepongan los intereses de la patria, que no vulneren la soberanía de la nación, que no repercutan negativamente en el aparato productivo interno y que eficazmente impulsen el crecimiento económico, la captación de divisas y, por ende, la autosuficiencia financiera de México.

Además, es necesario apoyar la política comercial con un tipo de cambio competitivo, acorde con el diferencial de precios con nuestro principal socio comercial, que incremente el nivel de competitividad interna e impulse la dinámica exportadora.

Análogamente, es de gran importancia, no sólo para la autosuficiencia alimentaria, para crear condiciones reales de crecimiento sostenido y desarrollo con justicia social, reactivar el sector agropecuario (por medio de inversiones públicas y privadas, educación y tecnificación) para que éste actúe como proveedor de materias primas a la industria, y ésta, a su vez, reduzca el componente importado de los productos elaborados.

El sector agropecuario debe estar altamente vinculado a la industria para que se configure una retroalimentación reciproca que lleve a un fortalecimiento intersectorial,

que impacte positivamente al mercado interno y estimule las exportaciones de los bienes internos.

Sólo con un sector primario funcional y eficiente, conectado al sector secundario, se podría edificar un mercado interno dinámico, acorde con las necesidades de la sociedad y un rentable proceso exportador que alimente al mercado mundial de bienes mexicanos y que absorba divisas que hagan posible la nulidad de la dependencia financiera, revirtiendo el ciclo haciéndonos capitalmente autosuficientes.

4.3.4. Finanzas Públicas para el Desarrollo

Un elemento indispensable para crear condiciones de crecimiento sostenido y desarrollo social, es la situación y el desempeño de las finanzas públicas.

Nuestro país presenta, en comparación con los países de la OCDE, asiáticos y sudamericanos, (ver cuadro 42), una raquítica recaudación tributaria que sólo alcanza el 11.3% del PIB, (López Tijerina, 2000).

Así, es vital para el presente y el futuro de nuestra nación, incrementar la recaudación del gobierno y, en general, los ingresos del sector público. Para ello, es menester abandonar las practicas contraccionistas que restringen el gasto del gobierno, absorbiendo ingreso y reduciendo la liquidez, porque esto sólo ha impactado adversamente al aparato productivo y a la misma recaudación del gobierno.

Si lo que se quiere, y debe, es expander los ingresos públicos, se requiere poner en practica una política racional de gasto público que estimula la demanda, la actividad

industrial, la inversión, el ingreso y el crecimiento económico. De ésta manera se logrará acrecentar el monto de la recaudación pública.

A su vez, se debe procurar la eficiencia y eficacia en la captación, distribución y ejercicio de los ingresos y gastos del gobierno. Esto podrá ser posible a través de una reforma institucional, como se ha indicado con anterioridad, que pugne por desintegrar la corrupción, el nepotismo, la burocracia, los tramites excesivos y que tenga cabida para la innovación social.

El gasto público debe adoptar un papel responsable, ser manejado con mesura y cabalidad. Se debe garantizar su uso productivo destinándose a impulsar el progreso económico, humano y ambiental, que atienda rezagos productivos y fomente sectores y áreas estratégicas y prioritarias, particularmente la formación de recursos humanos, la infraestructura económica y social, la industria energética, el desarrollo científico y tecnológico, las ramas de la industria y la agricultura con altos efectos multiplicadores sobre la actividad económica, procurando siempre la articulación interna del aparato productivo, la superación de desigualdades sectoriales y regionales, y promoviendo el uso racional de los recursos públicos, naturales y el desarrollo ambiental.

Por otro lado, en el afán de ampliar la recaudación tributaria también se requiere una reforma fiscal real que atienda las deficiencias en la recaudación, asignación y uso de los recursos.

En este aspecto, es inaplazable ampliar la base de contribuyentes y de ingresos sujetos a tribulación. Para evitar la especulación se debe gravar a los capitales golondrinos del exterior, gravar las ganancias bursátiles de personas físicas y se debe incorporar al pago de impuestos a la economía informal.

Adicionalmente, combatir la evasión es una tarea ineludible. Para ello se deben imponer severos castigos a los evasores, implantar una campaña de concientización y educación, así como garantizar el uso eficiente de los recursos para que la sociedad vea que los impuestos son administrados y ejercidos con responsabilidad y justicia.

También es necesario ampliar la progresividad del impuesto sobre la renta y de los impuestos al consumo, de tal manera que paguen más los que más tienen y ayudar, de ésta manera, a la distribución del ingreso y a la conformación de una sociedad verdadera y justa.

En este tema, y como en mucho otros ya mencionados, la cooperación para el desarrollo es insoslayable, a través de ésta y mediante el dialogo continuo entre los agentes económicos se puede avanzar en el depuramiento de las finanzas públicas y, consecuentemente, en el crecimiento económico y el desarrollo político y social.

En suma, por medio de éstas cuatro fuentes de financiamiento México puede emprender la instauración del modelo de desarrollo sistémico, construir las redes inter e intrasectoriales, inter e intraregionales, impulsar la cooperación para el desarrollo y emprender, de una vez por todas, bajo la lupa del Estado renovado, emprendedor, democrático, innovador, eficiente y justo, el camino hacia la modernidad y llevar a la sociedad mexicana a estadios superiores de vida.

4.4. Crecimiento Económico Sostenido con Baja Inflación, ¿Mito o Realidad?

La correcta implementación del modelo de desarrollo sistémico, bajo esquemas de cooperación, consenso y dialogo en lo político, económico y social por parte de los agentes económicos, conduce a un exitoso desarrollo industrial que genera crecimiento económico sostenido con baja inflación.

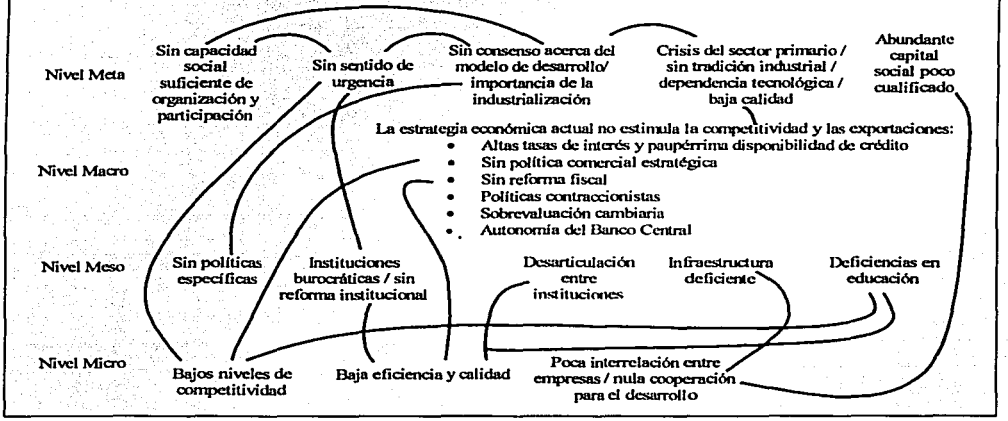
Sin embrago, para dar el paso a la modernidad guiados por el desarrollo sistémico es imprescindible revertir y nulificar los obstáculos actuales que se presentan para la implementación, ejecución y éxito de dicho modelo, (ver esquema 14).

México padece de varios problemas que hay que atacar (no sólo para el funcionamiento del modelo propuesto sino para cualquier otra estrategia). A nivel meta, la nación enfrenta una escasa capacidad social de organización y articulación en las ramas política y económica. No hay sentido de urgencia entre la sociedad y el resto de las agentes sobre la imperante necesidad de cambiar el modelo político – económico, e impulsar ya la transformación nacional que nos permita superar el subdesarrollo. No hay consenso acerca del modelo de desarrollo y en la importancia de la industrialización para poder enfrentar los rezagos y retos del siglo XXI que impone la globalidad.

El país presenta una crisis del sector primario, no hay tradición industrial y sí una lacerante dependencia tecnológica y baja calidad; abundante capital social pero poco cualificado.

Esquema 14

DESARROLLO SISTÉMICO: OBSTÁCULOS EN MÉXICO



Fuente: Elaboración propia.

A nivel macro, la estrategia económica predominante no estimula la competitividad y las exportaciones, tenemos una moneda sobrevaluada, altas tasas de interés, escasa disponibilidad de crédito, ejecución de políticas contraccionistas, sin política comercial estratégica, sin reforma fiscal efectiva y con un Banco Central autónomo que se desentiende del desarrollo nacional y sólo procura la estabilidad de precios.

A nivel meso, tenemos instituciones burocráticas, desarticulación entre instituciones, infraestructura deficiente, deficiencias en educación.

A nivel micro, existen bajos niveles de competitividad, baja eficiencia y calidad, poca interrelación de empresas y nula cooperación para el desarrollo.

Cuando todos estos obstáculos se conjugan impiden el funcionamiento preciso de toda estrategia que pretenda desarrollar íntegramente a la nación, por tanto, es apremiante e insoslayable eliminar dichas barreras y deficiencias, modificar la dinámica pro-ciclica actual y sustituir el modelo neoliberal de desarrollo por la estrategia de desarrollo sistémico.

Para crear condicione de crecimiento con estabilidad de precios debemos poner fin a las fuentes de procesos inflacionarios, es decir, corregir el tipo de cambio ya que la sobrevaluación cambiaria ha desencadenado, en las crisis pasadas, fuertes devaluaciones y cadenas de inflación severas. Por ello, es necesario mantener un tipo de cambio real permanentemente competitivo.

Es necesario evitar, también, manejos desmesurados de la política fiscal, como sucedió a mediados de la década de los 70 y principios de los 80, el ejercicio racional del gasto público colaborará no sólo en el crecimiento sino para mantener cordura en el nivel de precios.

Y, como plantea José Luis Calva[72], retomar la concertación como método para inducir el componente inercial de la inflación, coordinando y armonizando las expectativas.

Como criterio general, en palabras del mismo Dr. Calva, "es necesario otorgar la mayor atención a las variables reales de la economía y no sólo a las variables financieras: gobernar la economía con la atención puesta en la producción, la inversión física, el empleo, el bienestar social y los equilibrios macroeconómicos de largo plazo, en vez de gobernar la economía con la mira sumisamente orientada hacía las expectativas de corto plazo de los mercados financieros."[73]

En suma, el crecimiento económico sostenido con baja inflación no es un mito, es una realidad factible para el caso de la economía mexicana. El desarrollo sistémico tiene como objetivo central el desarrollo integral de las fuerzas productivas, vía industrialización, donde los distintos agentes económicos y el Estado renovado interactúan para brindar a la sociedad en su conjunto condiciones justas para una vida digna.

Es momento de transformar el presente y construir el futuro, sin volver al pasado, sin utopías, rediseñar el sistema de economía mixta guiados por el desarrollo sistémico.

No renunciemos a la esperanza de construir un México próspero, moderno y justo.

Notas Bibliográficas

[1] Noyola V, Juan F. "El Desarrollo Económico y la Inflación en México y Otros Países Latinoamericanos", La *economía mexicana*, selección de Leopoldo Solís, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
[2] Ibidem.
[3] Medina, Luis. "Historia de la Revolución Mexicana. Período 1940 – 1952. Del cardenismo al avilacamachismo", El Colegio de México, México, 1978, p.p. 229 – 281.
[4] Mántey, Guadalupe. "Lecciones de Economía Monetaria", Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997.
[5] Ibídem.
[6] Rivero, Martha. "La Política Económica Durante la Guerra", Rafael Loyola (Coord.), "Entre la Guerra y la Estabilidad Política". Grijalvo – Conaculta, México, 1990, p.p. 13 – 47.
[7] Calva, José Luis. "México: Entre el Estado y el Mercado."
[8] López, Julio. "Teoría del Crecimiento y Economías Semiindustrializadas", UNAM-FE, México, 1991.
[9] Ortiz Mena, A. "Desarrollo Estabilizador. Una década de Estrategia Económica en México." El Mercado de Valores # 44, México, 1969.
[10] Ibídem.
[11] Ibídem.
[12] Ver Huerta, Arturo. "Economía mexicana más allá del milagro." Ediciones de Cultura Popular, México, 1987.
[13] Ver Ayala, José. "Estado y Desarrollo: La Formación de la Economía Mixta mexicana." FCE, 1988.
[14] Ver Ortiz Mena, Antonio. "El Desarrollo Estabilizador: Reflexiones sobre una Época", Capítulo 3 "El Entorno Internacional". Fondo de Cultura Económica, México.
[15] Ibídem.
[16] Huerta, Arturo. Op Cit. p.p. 28 – 32.
[17] Ortíz Mena, Antonio. Op Cit. p.p. 723 – 724.
[18] Ortíz Mena, Antonio. Op Cit. p.p. 725.
[19] Huerta, Arturo. Op. Cit. p.p. 23 – 40.
[20] Huerta, Arturo. Op. Cit. p.p. 25 – 26.
[21] Huerta, Arturo. Op. Cit. p.p. 28 – 36.
[22] López, Julio. Op. Cit. p.p. 143 – 157.
[23] Ortiz Mena, Antonio. Op. Cit. p.p. 728 – 730.
[24] Ortíz Mena, Antonio. Op. Cit. p.p.731.
[25] Ros, Jaime. "La Desaceleración de la Expansión Industrial en los Setenta", Investigación Económica 150, octubre - diciembre de 1979, p.p. 237 – 253.
[26] Ver Levy, Santiago; Bazdresch, Carlos. "El Populismo y la Política Económica de México, 1970 – 1982." En: Rudiger Dornbusch y S. Edwars, "Macroeconomía del Populismo en América Latina." El Trimestre Económico, lecturas 75, FCE, México 1992, p.p. 255 – 300.
[27] Ibidem.
[28] Minsky, H.P. "The Financial Instability Hypothesis", working paper # 74, Annandale – on – Hudson, N.Y.: The Jerome Levy Economics Institute, May, 1992.

[29] Ibídem.
[30] López, Julio. Op. Cit. p.p. 212 – 213.
[31] Minsky, H. "Stabilizing an Unstable Economy", New Haven, Conn.: Yale University Press, USA, 1986.
[32] Calva, José Luis. "México Más Allá del Neoliberalismo", ed. Plaza janes, México, 2000.
[33] Williamson, John. "El Cambio en las Políticas Económicas de América Latina", Gernika, México, 1991.
[34] Huerta, Arturo. "La Dolarización, Inestabilidad Financiera y Alternativa, en el fin de sexenio", ed. Diana, México, 2000.
[35] Calva, José Luis. Op. Cit. p.p. 228 – 240.
[36] Aspe Armella, Pedro. "El Camino Mexicano de la Transformación Económica", FCE, México 1993.
[37] Hasta el primer trimestre de 2002.
[38] Calva, José Luis. Op. Cit. p.p. 25 – 31.
[39] Moudud K., Jamee. "Government Spending in a Growing Economy", Public Policy Brief, The Jerome Levy Economics Institute of Bard College, No. 52, 1999.
[40] Wray, L. Randall. "Surplus Mania: A Reality Check", Policy Notes, 1999/3. The Jerome Levy Economics Institute of Bard College.
[41] Ibídem.
[42] Kalecki, M. "Tres Vías al Pleno Empleo", en: Gonzáles, Eduardo. Coord. "Lecturas de Política Económica". División de estudios de posgrado, F.E. UNAM, México 1982.
[43] Calva, José Luis. Op. Cit. p.p. 228 – 240.
[44] Minsky, H. Op. Cit. working paper no. 74.
[45] Ibídem.
[46] Papadimitriou, Dimitri; Wray, Randall. "Minsky's Analysis of Financial Capitalism", working paper no. 275. The Jerome Levy Economics Institute, July 1999.
[47] Kregel, Jan. "Minsky's Two Price Theory of Financial Instability and Monetary Policy", en: "Financial Conditions and Macroeconomic Performance", S. Fazzari y D.B. Papadimitriou (eds.), New York, 1992. M.E. Sharpe Inc. New York, 1992.
[48] Calva, José Luis. Op. Cit. p.p. 28 – 31.
[49] Arestis, Philip; Sawyer, Malcolm. "The Macroeconomics of Industrial Strategy", The Jerome Levy Economics Institute, working paper # 238, June 1998. U.S.A.
[50] Moudud, K. Jamee. Op. Cit. 20 – 28.
[51] Ver los "Criterios Generales de Política Económica 2001" y "Criterios Generales de Política Económica 2002", en: Secretaria de Hacienda y Crédito Público.
[52] Ver: El Financiero, 2 de julio de 2001.
[53] Vickrey, William. "Fifteen Fatal Fallacies of Financial Fundamentalism", working paper no. 1, October 5, 1996. University of Missouri – Kansas City, U.S.A.
[54] Godley, Wynne. "Seven Unsustainable Processes", special report. The Jerome Levy Economics Institute, 2000, U.S.A.
[55] Wray, Randall. "A Keynesian Presentation of the Relations Among Government Deficit, Investment, Savings and Growth", Journal Economic Issues, vol. 23, no. 4, 1989.

[56] Altenburg, Tilman; Hillebrand W.; Meyer-Stamer, Jörg. "Building Systemic Competitiveness. Concept and Case Studies from Mexico, Brazil, Paraguay, Korea and Thailand." German Development Institute, reports and working papers 3/1998, Berlin 1998.
[57] Esser Klaus; Hillebrand, W.; Messner, Dirk; Meyer-Stamer, Jörg. "Competitividad sistémica: nuevo desafío para las empresas y la política." Revista de la Cepal, núm. 59, Agosto 1996.
[56] Ibídem Pág. 43 – 44.
[57] Porter, M.E. "The Competitive Advantage of Nations", New York, 1990.
[58] Altenburg, Tilman. "Promoting the Private Sector for Employment and Poverty Reduction – a Central Task of Development Cooperation", German Development Institute, Briefing Paper 4/2000, Berlin 2000.
[59] Bell, S. "Causes and Cures for Unemployment: Assessing the Mainstream View", University of Missoury-Kansas City, Center for Full Employment and Price Stability.
[60] Moudud, J.K. Op. Cit. Pág. 20 – 28.
[61] Wray, R. "Surplus Mania: A Reality Check", The Jerome Levy Economics Institute, policy notes 1999/3, U.S.A. 1999.
[62] Altenburg, T.; Hillebrand, W.; Meyer-Stamer, Jörg. Op. Cit. 7 – 16.
[63] Huerta, Arturo. "La Política Neoliberal de Estabilización Económica en México", Ed. Diana, pág. 184. México, 1994.
[64] Ver: "Cuestiona Stiglitz Agenda Económica", El Universal, miércoles 28 de agosto de 2002, Finanzas, pág. 1. México, 2002.
[65] Huerta, Arturo. Op. Cit. Pág. 190.
[66] Altenburg, T.; Meyer-Stamer, J. Op. Cit. Pág. 8.
[67] Bell, S. Op. Cit. pág. 7.
[68] Wray, Randall. "Understanding Modern Money. The Key to Full Employment and Price Stability", Ed. Edward Elgar, U.S.A, 1998.
[69] Giddens, A. "La Tercera Vía y sus Críticos", Ed. Taurus, pág. 65 — 94. 2000.
[70] Minsky, H. "Stabilizing an Unstable Economy", Yale University; New York, 1986.
[71] Thirlwall, A. P. "La Movilización del Ahorro para el Crecimiento y el Desarrollo en los Países en vías de Desarrollo", Investigación Económica, vol. LXI: 236, abril – junio de 2001, pp. 13 – 44.
[72] Calva, J.L. "México más allá del Neoliberalismo", Ed. Plaza Janes, pág. 104 – 110. México, 2000.
[73] Calva, J.L. Op. Cit. Pág. 110.

CONCLUSIONES

5. Conclusiones

A lo largo de la presente investigación hemos estudiado y analizado tres etapas trascendentales en la historia económica de nuestro país: a) el desarrollo estabilizador, 1959 – 1969; b) la etapa de transición, 1970 – 1982; c) el modelo neoliberal mexicano de desarrollo, 1982 – 2002. El objetivo de ésta fue analizar las políticas exitosas del pasado y del presente, estudiar las fallas y los aciertos para poder proponer una estrategia alternativa que le permita a la nación superar su condición de subdesarrollo.

Por tanto, ésta investigación arroja las siguientes conclusiones:

1. La expansión que experimentó nuestra nación a lo largo de la década comprendida entre 1959 – 1969, fue impulsada por la dinámica productiva de la etapa precedente, por los efectos favorables que el gasto en inversión del sector público tuvo sobre la actividad económica, concentrándose primordialmente en el fomento industrial; el sector agrícola, hasta 1965, colaboró propiciando condiciones de expansión para la industria al proveerla de insumos; y por la tendencia ascendente experimentada por los Estados Unidos.
2. La desaceleración de la expansión industrial se debió al desequilibrio de la balanza de pagos, a la alta tasa de interés que paralizó la canalización del crédito y la inversión, a la caída de la inversión pública dentro del gasto público, a la sobrevaluación cambiaria, a la desarticulación ínter e íntrasectorial y a la contracción de la inversión privada.
3. En consecuencia, no se crearon condiciones óptimas para el crecimiento sostenido, el proceso de industrialización se truncó y se precipitó una crisis de grandes proporciones en 1976.
4. El modelo de sustitución de importaciones propició el desarrollo de las fuerzas productivas internas de manea temporal, no concluyó y consolidó la

industrialización, no atendió los desajustes generados en la etapa precedente y gestó otros que, a la postre, impidieron el crecimiento sostenido con baja inflación.

5. El desarrollo estabilizador no distribuyó justamente los frutos del crecimiento. A mediados de la década de los 70 existía una gran brecha social, es decir, una desigualdad social evidente.
6. El modelo de desarrollo compartido (1970 – 1976), no logró resolver los desequilibrios de la época y profundizó los rezagos en la distribución del ingreso y en el sector externo. No corrigió la dinámica pro-ciclica que dominaba en aras de evitar altas tasas de inflación, sin embargo, el desequilibrio del sector externo fue insostenible y se hizo, consecuentemente, inevitable una fuerte devaluación.
7. En la etapa que corrió de 1976 a 1982, se actuó irresponsable y desmesuradamente. No se emprendieron acciones que detuvieran la inestabilidad en la balanza de pagos, y se sentaron las bases del posterior cambio estructural. La estrategia utilizada profundizó los conflictos en el sector externo de la economía mexicana, y aceleró el inmenso colapso financiero de 1982.
8. Los profundos problemas del sector externo así como las concepciones ideológicas predominantes a finales de la década de los 70 y principios de los 80, que veían en la reforma estructural a la única solución viable para retomar la senda del crecimiento, se constituyeron en los elementos vitales que llevaron a la reestructuración de la economía mexicana a partir de la década de los 80.
9. El modelo neoliberal mexicano no ha generado condiciones endógenas para el crecimiento sostenido. Si bien es cierto que se ha reducido la inflación a niveles históricos, también es innegable que esto ha sido a costa de sobrevaluar la moneda, paralizar el mercado interno, profundizar la dependencia financiera, aumentar la pobreza y frenar el crecimiento del país.
10. La liberalización de la economía no ha logrado aumentar la competitividad que permita la generación de un superávit comercial, por el contrario, se han acentuado los desequilibrios comerciales a través de la sobrevaluación del peso, ésta gestada

gracias a la elevada tasa de interés que capta recursos foráneos e incrementa las reservas internacionales, creando, por tanto, un clima de especulación y dependencia financiera que no logra construir un crecimiento real de largo plazo.

11. Las políticas de ajuste, cambio estructural y estabilización pregonadas por el *Consenso de Washington* y aplicadas en nuestro país a partir de la década de los 80, no han logrado conciliar los grandes objetivos macroeconómicos: estabilidad de precios, finanzas públicas sanas, equilibrio externo, altos niveles de empleo y crecimiento económico.
12. Nuestra nación está expuesta a un severo colapso ya que los desequilibrios tanto en la balanza comercial como en la cuenta corriente están presentes y con tendencia ascendente.
13. No se ha logrado construir un sistema financiero sólido ni un proceso de crecimiento y desarrollo real que conduzca al pueblo de México a estadios superiores de vida.
14. La hipótesis neoliberal, según la cual a mayor apertura comercial correspondería un mayor crecimiento económico, un mayor coeficiente de inversión física, una mayor generación de empleos bien remunerados y mejores niveles de bienestar social, ha sido rotundamente desmentida, las evidencias empíricas así lo confirman.
15. Al cabo del siglo XX, del cual diez años fueron de revolución, 45 del modelo de sustitución de importaciones y 22 de la experiencia neoliberal, México aún continúa en la búsqueda del desarrollo, de un modelo económico que lleve de una vez y por siempre a la modernidad que conocen los países del famoso primer mundo.
16. Es imperante e impostergable modificar el rumbo de la nación, optando por un camino de equidad que atienda las reivindicaciones sociales del pueblo, que impulse una democracia participativa, una nueva regulación económica que elimine los privilegios del capital financiero internacional y que anteponga los intereses del país, que elimine o al menos desvanezca la divergencia interregional y

sectorial, que ataque de raíz las causas de la pobreza, que resguarde el medio ambiente, que promueva e impulse un marco sistémico de competitividad para apoyar el desarrollo de las actividades productivas y así construir un espacio articulado, es decir, un crecimiento nacional homogéneo con impactos socialmente favorables.

17. No existe *trade off* entre baja inflación y altos niveles de empleo. Ambos objetivos, aunados a altas tasas de inversión y crecimiento, son simultáneamente posibles en la economía mexicana, guiada ésta por el modelo de desarrollo sistémico.

18. El desarrollo sistémico es un modelo político – económico de transformación social, en el cual los consensos, la cooperación y el dialogo entre los agentes económicos y un Estado renovado posmoderno, son piezas claves para el correcto accionar de éste, es decir, para elevar la competitividad, estabilizar al país y construir un entorno óptimo para el crecimiento sostenido con baja inflación y altos niveles de empleo.

Anexo Estadístico

Cuadro 1		
Producto Interno Bruto a precios constantes de 1960 (Millones de pesos)		
Año	Nivel	Variación Anual (%)
1940	46693	1.4
1941	51241	9.7
1942	54116	5.6
1943	56120	3.7
1944	60701	8.2
1945	62608	3.1
1946	66722	6.6
1947	69020	3.4
1948	72864	4.1
1949	75803	5.5
1950	83304	9.9
1951	89746	7.7
1952	93315	4
1953	93571	0.3
1954	102924	10
1955	111671	8.5

Fuente: Guillén R. Héctor. "Orígenes de la Crisis en México", Ed. Era, 1989, México.

Cuadro 2		
Índice de Precios del PIB (1960 = 100)		
Año	Nivel	Variación Anual (%)
1940	16.6	4.4
1941	17	2.4
1942	18.6	9.4
1943	21.9	17.7
1944	29.2	33.3
1945	31	6.2
1946	39.5	27.4
1947	42.4	7.3
1948	43.4	2.4
1949	45.3	4.4
1950	47.7	5.3
1951	57.1	19.7
1952	61.6	7.9
1953	61.1	0.8
1954	67.7	10.8
1955	76	12.3

Fuente: Guillén R. Héctor. "Orígenes de la Crisis en México", Ed. Era, 1989, México.

Cuadro 3		
Masa Monetaria Promedio Anual (Millones de pesos)		
Año	Nivel	Variación Anual (%)
1940	905.1	12.1
1941	1172.7	29.6
1942	1445.6	23.3
1943	2247.3	55.5
1944	2982.7	37.7
1945	3534.7	18.5
1946	3480.1	-1.5
1947	3367.8	-3.2
1948	3563.2	5.8
1949	3970.8	11.4
1950	4857.4	22.3
1951	6290.3	29.5
1952	6544.1	4
1953	7042.4	7.6
1954	7791.2	10.6
1955	9442	21.2

Fuente: Guillén R. Héctor. "Orígenes de la Crisis en México" ed. Era, 1989, México.

Cuadro 4	
Tasa de Cambio del Peso Promedio Anual	
Año	Promedio
1940	5.4
1941	4.85
1942	4.85
1943	4.85
1944	4.85
1945	4.85
1946	4.85
1947	4.85
1948	5.74
1949	8.01
1950	8.65
1951	8.65
1952	8.65
1953	8.65
1954	11.34
1955	12.5

Fuente: Guillén R. Héctor. "Orígenes de la Crisis en México", ed. Era, 1989, México.

Cuadro 5									
Componentes y Fuentes de Crecimiento de la Oferta Monetaria, 1939-1947 (Millones de pesos)									
	1939	1940	1941	1942	1943	1944	1945	1946	1947
Oferta monetaria	882	1060	1270	1750	2673	3310	3540	3461	3439
Reservas Internacionales	215	342	302	525	1176	1356	1808	1327	790
Crédito del Banco Central	499	539	716	937	1050	1493	1224	1531	1943

Fuente: Elaboración propia con base en datos de Medina, Luis. "Historia de la Revolución mexicana. Período 1940-1952. Del Cardenismo al Avilacamachismo, El
Colegio de México, México, 1978, pp. 229-281.

Cuadro 6			
Variables Macroeconómicas, 1939-1949 (Tasa de crecimiento anual, porcentaje)			
	1939 - 1942	1942 - 1945	1945 - 1949
PIB real	5.5	5	4.3
Reservas Internacionales	37.8	51	-15.6
Exportaciones (dólares corrientes)	8.3	15.6	7.3
Importaciones (dólares corrientes)	10.3	29.3	-5

Fuente: Elaboración propia con base en datos de Medina, Luis. "Historia de la Revolución mexicana. Período 1940-1952. Del Cardenismo al Avilacamachismo, El Colegio de México, México, 1978, pp. 229-281.

Cuadro 7						
Estructura de la Producción (porcentaje del producto nacional bruto, a precios de 1960)						
	1940	1945	1950	1955	1962	1967
Producción Agrícola	23.2	18.6	20.8	20.3	17.2	15.8
Producción Industrial	31	34	31	31.3	33.9	36.7
manufacturas	17.8	20.8	20.7	21.1	23.3	26.5
minería	4.6	3.5	2.4	2.2	1.6	1.5
electricidad	0.9	0.8	0.9	1	1.3	1.5
petróleo	2.8	2.4	2.7	2.7	3.2	3.2
construcción	4.9	6.5	4.3	4.3	4.5	3.9
Servicios	45.8	47.4	48.2	48.4	48.9	47.5
Total	100	100	100	100	100	100

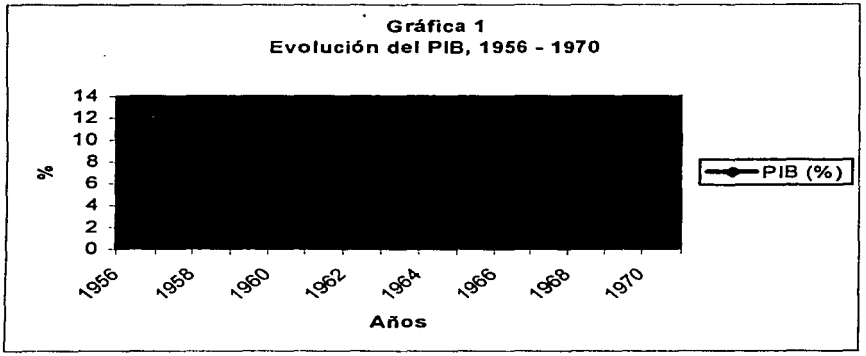
Fuente: Hansen, Roger. "La Política del Desarrollo Mexicano." Siglo XXI editores. México, 1973.

Cuadro 8			
Crecimiento de México, 1940-1968 (tasa de crecimiento promedio anual)			
	1940 - 1950	1950 - 1960	1960 - 1968
Producto Nacional Bruto	6.7	5.8	6.4
Población	2.8	3.1	3.3
Producto per cápita	3.9	2.7	3.1
Producción Agrícola	8.2	4.3	4
Producción Manufacturera	8.1	7.3	8.2

Fuente: Hansen, Roger. "La Política del Desarrollo Mexicano." Siglo XXI editores. México.

Cuadro 9	
Evolución del PIB, 1956 - 1970	
Años	%
1956	6.8
1957	7.6
1958	5.3
1959	3
1960	8.1
1961	4.9
1962	4.7
1963	8
1964	11.7
1965	6.5
1966	6.9
1967	6.3
1968	8.1
1969	6.3
1970	6.9

Fuente: Elaboración propia con datos del Banco de Información Económica.



Cuadro 10	
PIB DE E.U.A., 1959 - 1969	
Años	%
1959	8.4
1960	3.9
1961	3.5
1962	7.5
1963	5.5
1964	7.4
1965	8.4
1966	9.6
1967	5.7
1968	9.3
1969	8.1

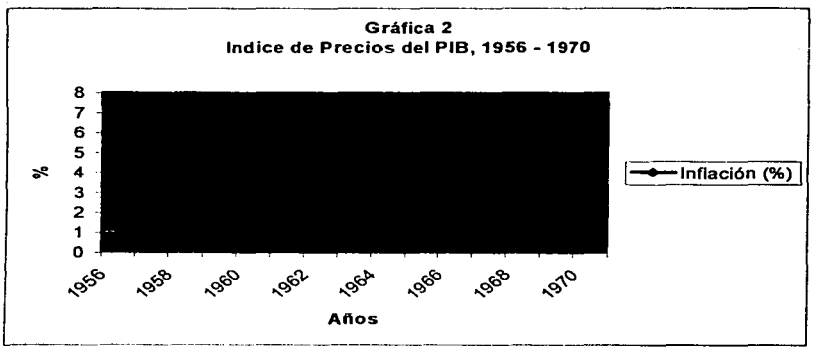
Fuente: Elaboración propia con datos del Bereau of Economic Analysis (BEA).

Cuadro 11		
PIB de México y E.U.A., 1959 - 1969		
Años	E.U.A	México
1959	8.4	3
1960	3.9	8.1
1961	3.5	4.9
1962	7.5	4.7
1963	5.5	8
1964	7.4	11.7
1965	8.4	6.5
1966	9.6	6.9
1967	5.7	6.3
1968	9.3	8.1
1969	8.1	6.3

Fuente: Elaboración propia con datos del Bereau of Economic Analysis (BEA).

Cuadro 12	
Indice de Precios del PIB, 1956 - 1970 (1960 = 100)	
Año	%
1956	7
1957	6.8
1958	5.5
1959	4
1960	4.9
1961	3.4
1962	3
1963	3.1
1964	5.6
1965	2.3
1966	4
1967	3.9
1968	2.4
1969	3.9
1970	4.5

Fuente: Guillén, H. "Orígenes de la Crisis en México, Ed. Era, 1989, México.

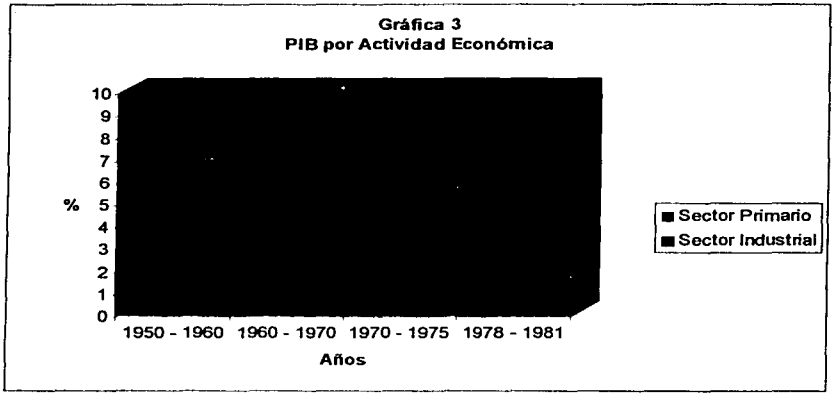


Cuadro 13			
PIB por ramas de actividad económica			
Años	Agricultura	Manufacturas	Electricidad
1950 - 1960	3.8	6	12.5
1960 - 1970	3.6	8.9	13.5
1970 - 1975	2.6	7.1	9.9
1978 - 1981	3.8	8	8.4

Fuente: Huerta, Arturo. "Economía Mexicana más allá del milagro."

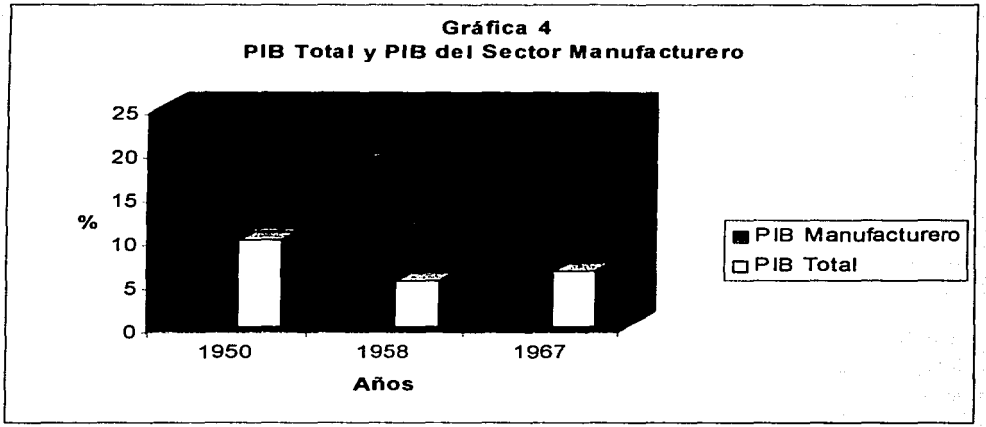
Cuadro 14		
PIB por actividad económica		
Años	Sector Primario	Sector Industrial
1950 - 1960	4.5	6.5
1960 - 1970	3.7	8.8
1970 - 1975	3	7.1
1978 - 1981	3.6	9.7

Fuente: Huerta, Arturo. "Economía Mexicana más allá del milagro."



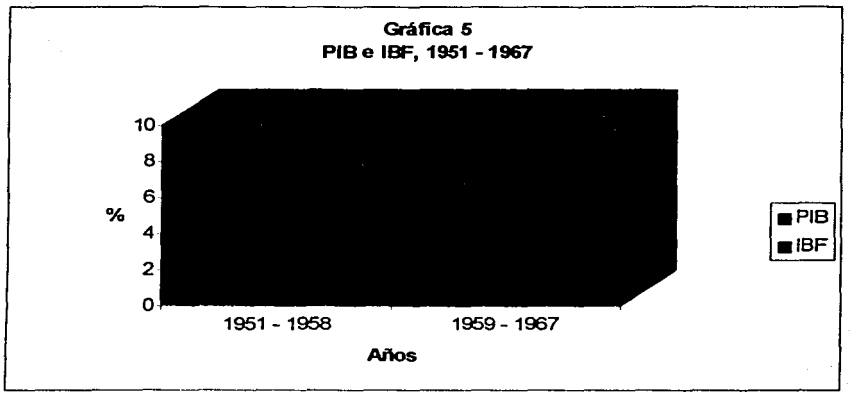
Cuadro 15		
PIB Total y PIB del Sector Manufacturero, 1950 - 1967		
Años	PIB Manufacturero	PIB Total
1950	18.5	9.9
1958	18.4	5.3
1967	20.7	6.3

Fuente: Huerta Arturo. "Economía mexicana más allá del milagro", Ediciones de cultura popular. México, 1987.


Gráfica 4
PIB Total y PIB del Sector Manufacturero
25
20
15
%
10
5
0
1950
1958
1967
Años
PIB Manufacturero
PIB Total

Cuadro 15-A		
PIB e Inversión Bruta Fija, 1959 - 1967		
Años	PIB	IBF
1951 - 1958	5.6	6.4
1959 - 1967	6.5	9.1

Fuente: Guillén, H. "Orígenes de la Crisis en México", Ed. Era, 1989. México.



Cuadro 16			
Estructura Productiva de la Industria Manufacturera, 1960 - 1970 (en porcentaje)			
			Tasa de crecimiento promedio anual
	1960	**1970**	**1960 - 1970**
1) Alimentos y similares; textiles y derivados.	55.5	45.8	6.5
2) Madera y derivados	8.1	7.6	8.1
3) Industria quimica	11.2	13.5	10.9
4) Materiales no métalicos; refinación de metales; productos metálicos	13.8	15.1	9.9
5) Industria metalmecánica	9.1	15.6	15
6) Otras Industrias	2.2	2.3	9.4
Total	100	100	8.9

Fuente: Huerta, Arturo. "Economía Mexicana más allá del milagro", Ed. Ediciones de Cultura Popular, México, 1987.

Cuadro 17			
	porcentaje del PIB a precios corrientes		
Concepto	**1950**	**1958**	**1967**
Endeudamiento total	11.4	10.2	20.9
Interno	4.8	4	11.9
Externo	6.7	6.2	9

Fuente: Ortiz Mena, A. "Desarrollo Estabilizador. Una década de Estrategia Económica en México." El Mercado de Valores, no. 44, México, 1969.

Cuadro 18	
Participación del Gasto Público en el PIB, 1959 - 1970	
(%)	
Años	%
1959	10.06
1960	12.62
1961	11.75
1962	10.82
1963	9.76
1964	11.52
1965	23.94
1966	22.23
1967	24.44
1968	23.18
1969	24.64
1970	24.59

Fuente: Ayala, José. "Estado y Desarrollo Económico en México."

Cuadro 19	
Participación de la Inversión Pública en el PIB, 1959 - 1970	
(%)	
Años	%
1959	4.64
1960	5.24
1961	5.99
1962	5.79
1963	6.65
1964	7.1
1965	6.1
1966	6.95
1967	6.48
1968	6.48
1969	6.62
1970	6.57

Fuente: Ayala, José. "Estado y Desarrollo Económico en México."

Cuadro 20			
Estructura del destino de la Inversión Pública Federal (en porcentaje)			
	1945 - 1955	**1956 - 1964**	**1965 - 1970**
Inversión al fomento industrial	27.2	37	40.1
Inversión al fomento agrícola	17.8	11	10.9
Inversión para el beneficio social	12.2	22.8	25
Transportes y comunicaciones	40.1	26.6	22

Fuente: Huerta, Arturo. "Economía mexicana más allá del milagro", ediciones de cultura popular, México, 1987.

Cuadro 21	
Participación de la Inversión Pública en el Gasto Público, 1959 - 1970 (en porcentaje)	
Años	**%**
1959	46.14
1960	41.57
1961	50.94
1962	53.53
1963	68.1
1964	61.64
1965	25.46
1966	31.29
1967	26.5
1968	27.95
1969	26.88
1970	26.73

Fuente: Ayala, José. "Estado y Desarrollo Económico en México."

Cuadro 22		
Distribución del Ingreso por Deciles (porcentajes)		
Deciles	1958	1970
I	2.32	1.42
II	3.21	2.34
III	4.06	3.49
IV	4.98	4.54
V	6.02	5.46
VI	7.49	8.24
VII	8.29	8.24
VIII	10.73	10.44
IX	17.2	16.61
Xa (5%)	10.24	11.52
Xb (5%)	25.46	27.69
Total	100	100

Fuente: Blanco, José. "Genesis y Desarrollo de la Crisis en México, 1962 - 1979." Investigación Económica 150. 1979, p.p. 21 - 88.

Cuadro 23								
Indicadores de la Balanza de Pagos (en porcentajes)								
	1950	1959	1965	1969	1970	1975	1981	1982
Déficit de cuenta corriente de balanza de pagos / PIB	1.2	1.2	1.6	1.6	2.8	5	4.9	1.5
Servicio de la deuda externa / Exp. de bienes y servicios	4.7	12.8	21.5	22.6	26	32.5	49.1	53.7
Intereses / Serv. De la deuda externa	38.7	14.5	14.5	25.9	30.2	54.7	63.6	74.3

Fuente: Huerta, Arturo. "Economía mexicana más allá del milagro", ediciones de cultura popular, México, 1987.

Cuadro 24			
Evolución del endeudamiento externo (millones de dólares)			
	1962	1966	1970
Servicio de la deuda	306.9	544.9	765.1
Endeudamiento	283.8	638.5	1281.6

Fuente: Blanco, José. "Genesis y Desarrollo de la Crisis en México, 1962 - 1979." Investigación Económica 150, 1979, p.p. 21 - 88.

Cuadro 25	
PIB de E.U.A., 1970 - 1980	
Años	%
1970	5.5
1971	8.6
1972	9.9
1973	11.7
1974	8.3
1975	8.9
1976	11.5
1977	11.4
1978	13
1979	11.8
1980	8.9

Fuente: Elaboración propia con datos de Bereau of Economic Analysis (BEA).

Cuadro 26				
Indicadores macroeconómicos básicos				
Años	Tasa de crecimiento del PIB (%)	Tasa de crecimiento per cápita (%)	IPC nacional (%)	Deuda externa total*
1977	3.4	0.5	28.9	32.34
1978	8.2	5.2	17.5	36.4
1979	9.2	6.1	18.2	41.12
1980	8.3	5.4	26.3	49.03
1981	8.8	6.3	28	74.35
1982	-0.6	-2.9	58.9	92.41

Fuente: Bazdresch, Carlos; Levy, Santiago. "El Populismo y la política económica de México, 1970 - 1982." El Trimestre económico, lecturas 75, FCE, México 1992, p.p. 255 - 300.
* Miles de millones de dólares.

Cuadro 27	
Tasas de crecimiento anual del sector agropecuario	
Años	%
1971 - 1977	3.3
1978 - 1981	4.1
1982 - 1986	0.7
1987 - 1991	-0.1

Fuente: López, Julio. "México: la nueva macroeconomía."

Cuadro 28					
Indicadores Macroeconómicos, 1977 - 1982 (porcentajes)					
Años	Tasa de crecimiento del PIB	PIB per cápita	Tasa de inflación (IPC)	Inversión pública	Inversión privada
1977	3.4	0.5	28.9	7.8	11.8
1978	8.2	3.2	17.5	9.5	11.6
1979	9.2	6.1	18.2	10.3	13.2
1980	8.3	5.4	26.3	10.7	14.1
1981	8.8	6.3	28	12.1	14.3
1982	-0.6	-2.9	58.9	10.2	12.8

Fuente: Elaboración propia con datos de INEGI.

Cuadro 29		
Tasas de interés en México y E.U.A. 1971 - 1982 (porcentajes)		
Años	México	E.U.A.
1977	16.62	6.45
1978	17.52	8.47
1979	17.73	10.68
1980	24.58	11.7
1981	34.3	14.66
1982	46.43	12.13

Fuente: Elaboración propia con datos de NAFIN, La Economía mexicana en cifras, 1984, p.p. 282.

Cuadro 30		
Balanza Comercial y de Cuenta Corrienta (porcentajes del PIB a precios corrientes)		
Años	**Balanza Cuenta Corriente**	**Balanza Comercial**
1977	-1.9	-1.06
1978	-2.54	-1.58
1979	-3.49	-2.02
1980	-5.36	-1.97
1981	-6.5	-1.94
1982	-3.44	3.61
1983	4.93	11.17

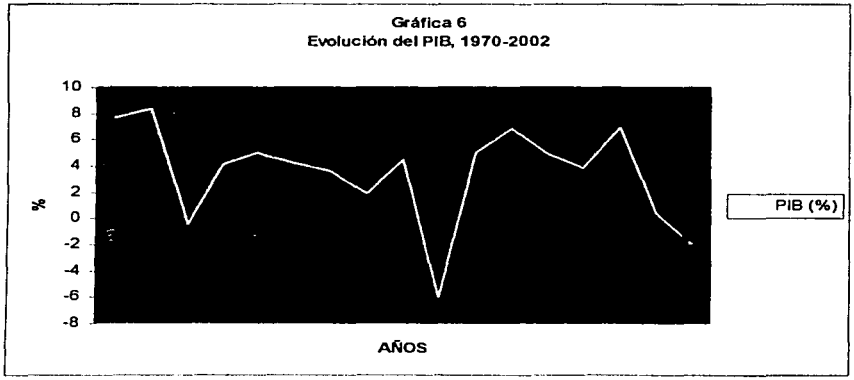
Fuente: Elaboración propia con datos de Calva, José Luis. "México más allá del Neo-liberalismo", ed. Plaza janes, México, 2000.

Cuadro 31						
Instrumentos de la estrategia neoliberal, 1982 - 1999 (porcentajes)						
Años	Valor de las importaciones controladas	Arancel máximo	Arancel promedio ponderado	Inversión pública (porcentaje del PIB)	Gasto público en fomento industrial (porcentaje del PIB)	Subvaluación (-) o sobrevaluación del peso
1982	100	100	16.4	10.37	11.93	2.84
1983	100	100	8.2	7.64	10.82	-25.09
1984	83.4	100	8.6	7.68	11.2	-0.59
1985	35.1	100	13.3	6.39	9.93	-12.28
1986	27.6	45	13.1	6.12	9.89	-21.97
1987	26.8	20	5.6	5.57	9.18	-20.89
1988	22.1	20	6.1	4.88	8.65	0
1989	14.1	20	10.1	4.06	6.72	5.48
1990	13.6	20	10.5	4.62	6.4	10.98
1991	9.2	20	11.2	4.18	5.62	22.85
1992	10.8	20	11.4	3.9	5.07	34.63
1993	10.7	20	11.4	3.3	4.61	41.66
1994	10.6	20	5.7	3.47	4.75	36.71
1995	7.2	20	3.4	2.88	4.61	-5.15
1996	6.9	20	2.9	3.04	4.69	4.48
1997	8.9	20	2.6	3.21	4.43	18.03
1998	4.4	20	2.6	3	4.14	16.78
1999	3.6	20	2.8	2.77	3.76	27.31

Fuente: Calva, José Luis. "México más allá del neoliberalismo", ed. Plaza janes, p.p. 27, México, 2000.

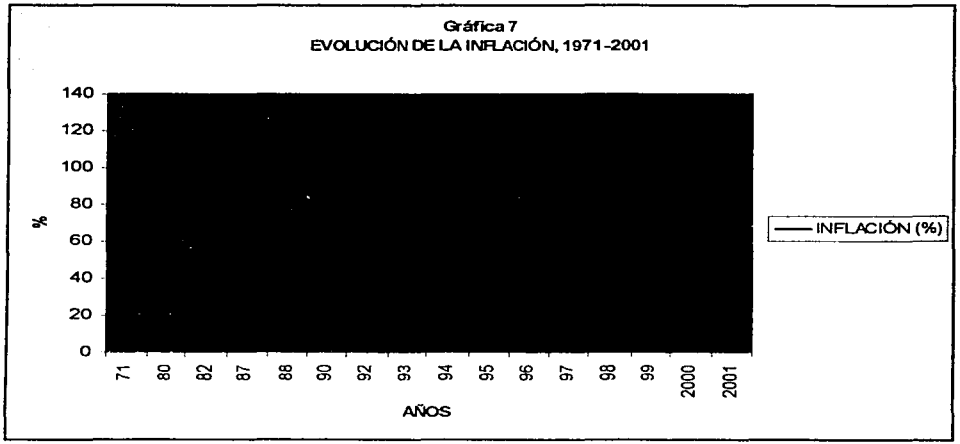
Cuadro 32	
Evolución del PIB, 1970 - 2002*	
(porcentajes)	
Años	**PIB**
1970	7.6
1980	8.3
1982	-0.5
1989	4.1
1990	5
1991	4.2
1992	3.6
1993	1.9
1994	4.4
1995	-6.1
1996	5
1997	6.8
1998	4.9
1999	3.8
2000	6.9
2001	0.4
2002	-2

Fuente: Elaboración propia con datos de SHCP.
* Hasta el 1er. trimestre de año 2002



Cuadro 33	
Evolución de la inflación, 1971-2001	
Años	**Inflación**
1971	5.45
1980	27.16
1982	58.99
1987	131.83
1988	114.16
1990	26.65
1992	15.51
1993	9.75
1994	6.97
1995	35
1996	34.38
1997	20.63
1998	15.9
1999	16.7
2000	9.49
2001	6.84

Fuente: Elaboración propia con datos de SHCP.



Cuadro 33-A		
Balanza Comercial y de Cuenta Corriente (porcentajes del PIB a precios corrientes)		
Años	Balanza Comercial	Balanza de Cuenta Corriente
1982	3.61	-3.44
1983	11.17	4.93
1984	7.56	2.63
1985	4.67	0.52
1986	2.99	-1.1
1987	5.22	3.08
1988	0.16	-1.39

Fuente: Elaboración propia con datos de Calva, José Luis. "México más allá del neoliberalismo", ed. Plaza janes, México, 2000.

Cuadro 34	
Tasas de crecimiento del PIB por períodos (porcentajes)	
Períodos	PIB
1983 - 1988	0.18
1989 - 1994	3.9
1995 - 1999	2.73
2000- 2002*	1.76

Fuente: Elaboración propia con datos de INEGI
*Hasta el 1er. trimestre del 2002.

Cuadro 35		
Balanza Comercial y de Cuenta Corriente (porcentajes del PIB a precios corrientes)		
Años	Balanza Comercial	Balanza de Cuenta Corriente
1989	-1.18	-2.65
1990	-1.71	-2.88
1991	-3.62	-4.75
1992	-5.69	-6.83
1993	-4.68	-5.8
1994	-5.76	-7.04
1995	0.75	-0.55

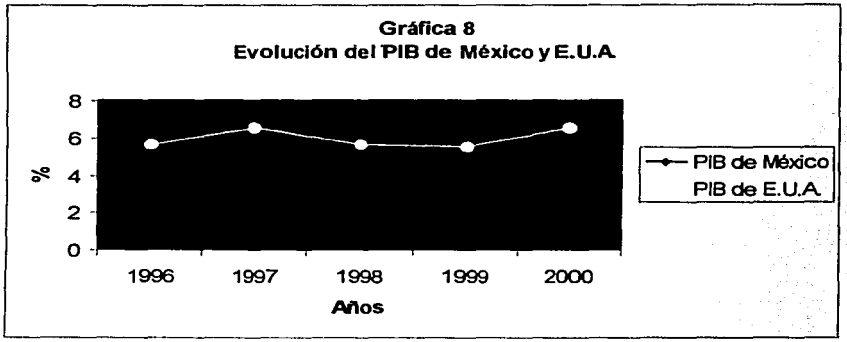
Fuente: Elaboración propia con datos de Calva, José Luis. "México más allá del neoliberalismo", ed. Plaza janes, México, 2000.

Cuadro 36	
PIB de E.U.A., 1980-2001 (porcentajes)	
Años	PIB
1980	8.9
1981	12.0
1982	4.1
1983	8.5
1984	11.3
1985	7.1
1986	5.7
1987	6.5
1988	7.7
1989	7.5
1990	5.7
1991	3.2
1992	5.6
1993	5.1
1994	6.2
1995	4.9
1996	5.6
1997	6.5
1998	5.6
1999	5.5
2000	6.5
2001	3.3

Fuente: Elaboración propia con datos del Bereau of Economic Analysis (BEA).

Cuadro 37		
PIB de México y E.U.A., 1996 - 2000 (porcentajes)		
Años	PIB de México	PIB de E.U.A.
1996	5	5.6
1997	6.8	6.5
1998	4.9	5.6
1999	3.8	5.5
2000	6.9	6.5

Fuente: Elaboración propia con datos del Bereau of Economic Analysis (BEA).



Cuadro 38	
PIB per cápita, 2000 (precios corrientes, dólares)	
Países	**PIB per cápita**
Canada	23000
México	6000
E.U.A.	35600
Japón	37500
Luxemburgo	43000
Alemania	22700
Suiza	33300
Reino Unido	23900

Fuente: Elaboración propia con datos de la OCDE, 2002.

Cuadro 39			
Balanza Comercial, 2000 - 2002 (millones de dólares)			
Concepto	**2000**	**2001**	**2002***
Saldo Balanza Comercial	-8003	-9953.6	-2874.2

Fuente: Elaboración propia con datos de SHCP-BdM-INEGI, 2002.

Cuadro 40													
Balanza de pagos, 1990 - 2002 (millones de dólares)													
Concepto	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002
Saldo Cuenta Corriente	-7451	-14647	-24439	-23399	-29662	-1576.7	-2330.3	-7448.4	-16090	-13996	-17737	-17681	-3916.1
Saldo Cuenta de Capital	8297.2	24507.5	26418.8	32482.3	14584.2	15405.6	4069.2	15762.7	17652.1	13848.6	16929.9	22707	5705.5
Variación Reservas Internacionales	3547.9	7378.3	1007.6	5983.3	-18389.3	9592.8	1768.2	10493.7	2136.9	593.6	2821.5	7325	n.d.

Fuente: Elaboración propia con datos del Banco de México, 2002.

Cuadro 41							
Tasas de Interés de México, E.U.A. Y Londres, 1995 - 2001 (depósitos a 1 mes)							
Países	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001
México	42.5	25.4	15.7	27.7	15.1	13.9	5
E.U.A.	5.7	5.5	5.8	5.2	6.1	6.5	1.8
Londres	5.8	5.6	6.2	5.3	5.3	6.7	1.9

Fuente: Elaboración propia con datos del Banco de México, 2002.

Cuadro 42	
Comparación de la carga fiscal total */	
Países	**% del PIB**
Promedio OCDE	**29.1**
Alemania	22.6
Canadá	30.8
España	21.6
Estados Unidos	21.5
Francia	26
Gran Bretaña	29.8
Italia	28.5
Suiza	21.7
Promedio Asia	**19.6**
Corea	21.1
Japón	18.1
Promedio América Latina	**18.1**
Argentina	16.5
Brasil	21.3
Colombia	16.3
Chile	21.8
México	**11.3**

*/ La carga fiscal se define como la proporción de la recaudación tributaria entre el PIB.
Fuente: López Tijerina, G. "Propuesta de Reforma Fiscal." Cuadernos de Investigación 5, Facultad de Economía, UNAM, México, 2000.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera Verduzco, Manuel. *Una Lectura Keynesiana del Liberalismo de los Ochenta.* Facultad de Economía; México, 1992.

Altenburg, Tilman. *Building Systemic Competitiveness. Concept and Case Studies from Mexico, Paraguay, Korea and Thailand.* German Development Institute, reports and working papers 3/1998, Berlin, 1998.

Altenburg, Tilman. *Promoting the Private Sector for Employment and Poverty Reduction. A central Task of Development Cooperation.* German Development Institute, briefing paper 4/2000.

Andjel, Eloísa. *Keynes: teoría de la demanda y el desequilibrio.* Facultad de Economía, UNAM, México, 1988.

Arestis, Philip; Sawyer, Malcolm. *Reasserting the Role of Keynesian Policies for the New Millennium.* The Jerome Levy Economics Institute, Working Paper núm. 207, 1997. New York, E.U.A.

Arestis, Philip; Sawyer, Malcolm. *The Macroeconomics of Industrial Strategy.* The Jerome Levy Economics Institute, Working Paper núm. 238, 1998. New York, E.U.A.

Argyrous, George. *Can Expenditure Cuts Eliminate a Budget Deficit? The Australian Experience.* The Jerome Levy Economics Institute, Working Paper núm. 248, 2000. New York, E.U.A.

Aspe Armella, Pedro. *El Camino de la Transformación Económica.* Ed. FCE. México, D.F.

Ayala Espino, José. *Límites del Estado. Límites del Mercado.* Economía Informa, 1994, Facultad de Economía, UNAM. México D.F.

Ayala Espino, José. *Economía del Sector Público.* Facultad de Economía, UNAM, México, 1999.

Ayala Espino, José. *Estado y Desarrollo: La Formación de la Economía Mixta mexicana (1920 – 1982).* Fondo de Cultura Económica, cap. I, pp. 21 – 47, México, 1988.

Ayala E., José. *Mercado, Elección Publica e Instituciones. Una revisión de las Teorías Modernas del Estado.* Facultad de Economía, 1996, UNAM, México.

Ayala E., José. *Economía Pública: una guía para entender al Estado.* Facultad de Economía, 1997, UNAM, México.

Bazdresch, Carlos; Levy, Santiago. *El populismo y la política económica de México, 1970 – 1982.* En: Dornbusch, R.; Edwards, S. Macroeconomía del populismo en América Latina. El Trimestre Económico, lecturas 75, FCE, México, 1992, pp. 255 – 300.

Bell, Stephanie. *Causes and Cures for Unemployment: assessing the mainstream view.* Center for Full Employment and Price Stability, University of Missouri – Kansas City. U.S.A.

Bibow, Jörg. *Reflections on the Current Fashion for Central Bank Independence.* The Jerome Levy Institute of Bard College, working paper No. 334, July, 2001.

Blanco, José. *Genesis y Desarrollo de la Crisis en México, 1962 – 1979.* Investigación Económica 150, octubre – diciembre de 1979, pp. 21 – 88.

Calva, José Luis. *Más Allá del Neoliberalismo. Opciones dentro del cambio global.* Ed. Plaza Janes. México, D.F. 2000.

Carrillo Arronte, Ricardo. *Los Retos del Desarrollo Regional mexicano en el siglo XXI.* Economía Informa núm. 291/Octubre 2000. Facultad de Economía, UNAM, México.

Carpenter, Robert. *Hard Times, easy money? Countercyclical Stabilization in an Uncertain Economy.* The Jerome Levy Economics Institute, Policy Note núm. 9, 2001. New York, E.U.A.

Carlin, W.; Soskice, D. *Macroeconomics and the Wage Bargain. A Modern Approach to Employment, Inflation and the Exchange Rate.* Oxford University Press, 1990.

Casar, José T.; Ros, Jaime. *Problemas Estructurales de la Industrialización en México.* Investigación Económica 164, abril – junio de 1983, pp. 153 – 186.

Dussel Peters, E. *La Economía de la Polarización. Teorías y Evolución del Cambio Estructural de las Manufacturas mexicanas (1988 – 1996).* Ed. Jus, UNAM, México, 1997.

Esser, K.; Hillebrand, W.; Messner, D.; Meyer – Stamer, J. *Competitividad Sistémica: nuevo desafío para las empresas y la política.* Revista de la CEPAL 59, Agosto 1996.

Forstater, M. *Unemployment in Capitalist Economies: A History of Thought for Thinking about Policy.* Center for Full Employment and Price Stability.

Giddens, Anthony. *La Tercera Vía y sus críticos.* Ed. Taurus, Madrid, 2000.

Godley, Wynne. *Seven Unsustainable Processes: Medium-Term Prospects and Policies for the United States and the World.* Special Report 2000. The Jerome Levy Economics Institute, New York, E.U.A.

Guillen Romo, Héctor. *La Contrarrevolución Neoliberal.* Ed. Era, México, D.F. 1997.

Guillen Romo, Héctor. *Orígenes de la Crisis en México.* Ed. Era. México, D.F. 1989.

Hansen, Roger. *La Política del Desarrollo Mexicano.* Siglo XXI editores, capítulos 2, 3, 4, pp. 19 – 56, 57 – 96, 97 – 128, respectivamente. México, 1973.

Huerta, Arturo. *Economía mexicana más allá del milagro.* Ed. Ediciones de Cultura Popular. México, D.F. 1987.

Huerta, Arturo. *La Dolarización, Inestabilidad Financiera y Alternativa en el fin de sexenio.* Diana; México, 2000.

Huerta, Arturo. *La Política Neoliberal de Estabilización Económica en México.* Diana; México, 1994.

Huerta, Arturo. *Riesgos del Modelo Neoliberal Mexicano*. Diana; México, 1992.

Huerta, Arturo. *Carteras Vencidas, Inestabilidad Financiera*. Diana; México, 1997.

Huerta, Arturo. *La Política Monetaria y Cambiaria de la Globalización en los Países en Desarrollo. Facultad de Economía*, 1999, UNAM, México.

Huerta, Arturo. *Las Razones de la Política Contraccionista y sus Consecuencias*. Investigación Económica, vol. LIX: 230, Octubre – Diciembre de 1999, pp. 15 – 54.

Huerta, Arturo. *Globalización, Vulnerabilidad, Recesión y Alternativas*. Economía Informa núm. 297/mayo 2001. Facultad de Economía, UNAM, México.

Kalecki, M. *Tres Vias al Pleno Empleo*. En: González, Eduardo. Lecturas de Política Económica. División de Estudios de Posgrado. Facultad de Economía, UNAM, México, 1982.

Keynes, J. M. *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. FCE, México, 1958.

López, Julio. *México: La Nueva Macroeconomía*. Nuevo Horizonte Editores, S.A. De C.V; México, 1994.

López, Julio. *Teorías del Crecimiento y Economías Semiindustrializadas*. Facultad de Economía; México, 1991.

López Tijerina, J. Gildardo. *Propuesta de Reforma Fiscal.* Cuadernos de Investigación 5, 2000. Facultad de Economía, UNAM. México, D.F.

Mántey, Guadalupe. *Lecciones de Economía Monetaria.* Facultad de Economía; México, 1997.

Mántey, Guadalupe y Levy, Noemí. *Desorden Monetario Mundial y su Impacto en el Sistema Financiero Mexicano.* Universidad Nacional Autónoma de México; México, 1998.

Medina, Luis. *Historia de la Revolución Mexicana. Período 1940 – 1952. Del cardenismo al avilacamachismo.* El colegio de México, México, 1978, pp. 229 – 281.

Minsky, H. *Stabilizing an Unstable Economy.* Yale University; New York, 1986.

Minsky, H. *Can "it" Happen again?: Essays on Instability and Finance.* M.E. Sharpe; New York, 1982.

Minsky, H. *Las Razones de Keynes.* FCE; México, 1987.

Minsky, H. *New Perspectives in Monetary Macroeconomics: Explanations.* University of Michigan; Ann Arbor, 1990.

Minsky, H. *The Financial Instability Hypothesis.* Working paper No. 74, Annandale – on – Hudson, N.Y. The Jerome Levy Economics Institute of Bard College, May, 1992.

Moudud K., Jamee; Zacharias, Ajit. *Whither the Walfare State? The Macroeconomics of Social Policy.* The Jerome Levy Economics Institute, Public Policy Brief núm. 61, 2000. New York, E.U.A.

Moudud, Jamee K. *Government Spending in a Growing Economy. Fiscal Policy and Growth Cycles.* The Jerome Levy Economics Institute, Plublic Policy Brief núm. 52, 1999. New York, E.U.A.

Noyola Vázquez, Juan F. *El Desarrollo Económico y la Inflación en México y otros países latinoamericanos.* Ed. Facultad de Economía, Investigación Económica, pp. 603-616. México, 1965.

Ortiz Mena, A. *Desarrollo Estabilizador. Una Década de Estrategia Económica en México.* El Mercado de Valores, Semanario de nacional Financiera, año XXIX, núm. 44, 3 de Noviembre de 1969.

Ortiz Mena, A. *Reflexiones sobre el Modelo de Desarrollo Estabilizador.* Ed. FCE, México, 1999.

Papadimitriou, D. *Full Employment Has Not Been Achieved. Full Employment Policy: Theory and Practice.* The Jerome Levy Economics Institute of Bard College, Public Policy Brief No. 53, 1999.

Papadimitriou, Dimitri B. *Minsky's Analysis of Financial Capitalism.* The Jerome Levy Economics Institute, Working Paper núm. 275, 1999. New York, E.U.A.

Pigeon, Marc-André; Wray R., L. *Demand Constraints and Economic Growth.* The Jerome Levy Economics Institute, Working Paper núm. 269, 2000. New York, E.U.A.
Porter, M. *The Competitive Advantages of Nations.* New York, 1990.

Reynolds, Clark W. *Por qué el desarrollo estabilizador de México fue en realidad desestabilizador.* En: El Trimestre Económico, vol. XLIV (146), FCE, México, 1977, pp. 997 – 1023.

Rivero, Martha. *La Política Económica Durante la Guerra.* En: Rafael Loyola (coord.), Entre la Guerra y la Estabilidad Política. El México de los 40. Grijalbo – Conaculta, México, 1990, pp. 13 – 47.

Ros, Jaime. *La Desaceleración de la Expansión Industrial en los Setenta.* Investigación Económica 150, Octubre – Diciembre de 1979, pp. 237 – 253.

Stiglitz E, Joseph. *Economía.* Quinta parte, capitulos 33, 34 y 35. Ariel; Barcelona, España, 1994.

Stiglitz, J. *Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia el Consenso Post-Washington.* En: Revista del CLAD Reforma y Democracia. No. 12, Octubre, Caracas, 1998.

Stiglitz, J. *The Economic Role of the State.* Edited by Arnold Heertje, part I On the Economic Role of the State.

Stiglitz, J. *Whither Reform. Ten Years of the Transition.* World Bank, Annual Bank Conference on Development Economics, keynote address. April, 1999.

Stiglitz, Joseph. *Globalization and Its Discontents*. Ed. W.W. Norton & Company. New York, U.S.A., 2002.

Thirlwall, A.P. *La Movilización del Ahorro para el Crecimiento y el Desarrollo en los Países en Vías de Desarrollo.* Investigación Económica, vol. LXI: 236, Abril – Junio de 2001, pp. 13 – 44.

Thorbecke, Willem. *Who Pays for Disinflation?* The Jerome Levy Economics Institute, Public Policy Brief # 38, 1997. New York, USA.

Valenzuela Feijóo, José. *Critica del Modelo Neoliberal.* Facultad de Economía; México, 1991.

Vernon, R. *El Dilema del Desarrollo de México.* Siglo XXI editores, México, 1977, cap. IV, pp. 105 – 139.

Vickrey, William. *We Need a Bigger "Deficit".* Center for Full Employment and Price Stability, Working Paper # 2. University of Missuri, Kansas City, U.S.A.

Vickrey, William. *Fifteen Fatal Fallacies of Financial Fundamentalism. A Disquisition on Demand Side Economics.* Center for Full Employment and Price Stability, Working Paper # 1. University of Missouri - Kansas City, U.S.A.

Wray, Randall. *Money and Credit in Capitalist Economies.* E. Elgar; England, 1990.

Wray L, Randall. *Surplus Mania: A Reality Check.* The Jerome Levy Economics Institute, Policy Notes 1999/3. New York, E.U.A.

Wray, L. Randall. *Can the Expansion Be Sustained? A Minskian View.* The Jerome Levy Economics Institute, Policy Notes 2000/5. New York, E.U.A.

Wray, Randall. *Government as Employer of Last Resort: Full Employment Without Inflation.* The Jerome Levy Economics Institute, Working Paper núm. 213, 1999. New York, E.U.A.

Wray, Randall. *Understanding Modern Money. The Key to Full Employment and Price Stability.* Ed. Edward Elgar, USA, 1998.

Wray, R. *Public Service Employment: Full Employment Without Inflation.* Center for Full Employment and Price Stability, working paper # 3, January, 2000.

Wray, R. *A Monetary and Fiscal Framework for Economic Stability.* Center for Full Employment and Price Stability, policy note No. 02, 2002.

HEMEROGRAFÍA

Calva, José Luis. *Crisis del modelo agrícola neoliberal.* El Universal, septiembre 21, 2001. México.

CEPAL. *Una Década de Luces y Sombras.* Notas de la CEPAL, núm. 15, marzo de 2001.

El Universal. *Cuestiona Stiglitz agenda económica.* Finanzas, pág. 1, Agosto 28, 2002. México.

Secretaria de Hacienda y Crédito Público. *Criterios Generales de Política Económica para la Iniciativa de Ley de Ingresos y el Proyecto de Presupuesto de Egresos de la Federación correspondiente al año 2001.* SHCP, México, 2001.

Secretaria de Hacienda y Crédito Público. *Criterios Generales de Política Económica para la Iniciativa de Ley de Ingresos y el Proyecto de Presupuesto de Egresos de la Federación correspondiente al año 2002.* SHCP, México, 2002.

World Bank. *Securing our Future in a Global Economy.* World Bank, report 2000.

OTRAS FUENTES

Banco de México. www.banxico.gob.mx

Center for Full Employment and Price Stability. www.umkc.com/economics

German Development Institute. www.die-gdi.de

Secretaria de Hacienda y Crédito Público. www.shcp.gob.mx

The Jerome Levy Economics Institute of Bard College. www.levy.org